

TODAVÍA EXISTE ESPERANZA

*La solución para los
problemas de la vida*

ENRIQUE CHAIJ

Edición internacional
10 millones
de ejemplares vendidos

TODAVÍA EXISTE ESPERANZA

*La solución para los
problemas de la vida*



Enrique Chaij

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Contenido

<i>Prefacio:</i>	El Autor de la esperanza	7
1	Esperanza para ti	10
2	La Esperanza de los siglos	14
3	Un amor incomparable	24
4	El Maestro de la esperanza	30
5	Palabras de esperanza	37
6	Valores eternos	43
7	Verdades esenciales	52
8	La Fuente de la felicidad	59
9	Milagros prodigiosos	66
10	Nacido para morir	75
11	El mayor regalo	83
12	Vida para siempre	89
13	Amigos de la esperanza	98
14	La esperanza del futuro	103
<i>Conclusión:</i>	El camino de la esperanza	110

Prefacio

El Autor de la esperanza

El 12 de enero de 2010 el mundo fue sacudido por un terremoto que devastó Haití, el país más pobre de América, y dejó cerca de 230.000 muertos, sin contar a los más de un millón de desamparados. Como ese país ya había sido castigado por huracanes y tempestades, el periodista Leonard Pitts Jr., del *Miami Herald*, se preguntó si el planeta no estaba “atentando contra esta pequeña y humilde nación”.¹

Sí, Leonard, a veces el planeta es cruel. Pero no existe tal conspiración contra Haití. Poco después, el 27 de febrero, le tocó a la República de Chile sufrir un sismo de magnitud 8,8 en la escala de Richter, el cual mató a más de 700 personas y afectó a un millón y medio de viviendas. ¡El temblor fue tan fuerte que los sismólogos estiman que podría haber acortado la duración del día en 1,26 microsegundos y alterado la inclinación del eje terrestre en 8 centímetros! Luego, en abril, las lluvias llegaron a Río de Janeiro, República del Brasil, y mataron a más de 230 personas. Y las catástrofes naturales continúan... ¿Todavía existe esperanza para el planeta?

En 1948 la Declaración Universal de los Derechos del Hombre proclamó que la alimentación es un derecho básico del ser humano. En 1969 la Declaración sobre el Progreso y Desarrollo en el Campo Social afirmó que es necesario “eliminar el hambre y la desnutrición, y garantizar el derecho a una nutrición adecuada”. En 1974 fue el turno de la Declaración Universal para la Eliminación Definitiva del Hambre y la Desnutrición. Entonces se dijo que cada individuo “tiene el derecho inalienable de ser librado del hambre y la desnutrición”. Como si esto no bastara, en 1992 la Declaración Mundial sobre Nutrición reafirmó que “el acceso a alimentos seguros y nutritivos” constituye un derecho universal. Documentos, declaraciones, palabras... A pesar de las buenas intenciones, ¡la desnutrición castiga a más de mil millones de personas alrededor del mundo! ¿Todavía existe esperanza para los pobres?

Durante el primer siglo de la Era Cristiana, la población mundial oscilaba entre los 200 y los 300 millones. En el siglo XVI llegó a 500 millones. En 1804, debido al rápido crecimiento demográfico, dio un salto a mil millones. En 1927 alcanzó los 2 mil

¹ Leonard Pitts Jr., “Cruel as it is, we somehow go on” [Por más cruel que parezca, de alguna forma debemos continuar], *Miami Herald*, disponible en <http://www.miamiherald.com/2010/01/14/1424766/cruel-as-it-is-we-somehow-go-on.html>

millones; en 1960, 3 mil millones; en 1974, 4 mil millones; en 1987, 5 mil millones; en 1999, 6 mil millones. Hoy (2011) la población está alcanzando los 7 mil millones. Las estimaciones indican, en números redondos, que llegará a los 8 mil millones en 2025, 9 mil millones en 2040 y 10 mil millones en 2060. Al mundo le tomó 123 años alcanzar sus primeros mil millones de habitantes (de mil millones a 2 mil millones), demoró solamente doce para ir de 5 mil millones a 6 mil millones, y el mismo tiempo para pasar de 6 mil millones a 7 mil millones.² Entonces, ¿todavía existe esperanza para el mundo?

Podríamos continuar enumerando tragedias y estadísticas en varias áreas, por cientos de páginas, pero ya has captado la idea. La gran pregunta es: ¿Existe esperanza para este mundo, con todos sus problemas, y para cada uno de nosotros, con nuestras crisis? Si hay esperanza, ¿dónde se encuentra? ¿Está en la política, en la religión, en la educación, en la ciencia, en la tecnología, en la creatividad...? Creemos que existe esperanza, pero que no se encuentra en esas cosas. Sólo existe una verdadera fuente de esperanza para el mundo, y este libro fue escrito para ayudarte a conocerla.

No sé cómo llegó este libro a tus manos. Tal vez alguien te lo prestó o te lo obsequió, o lo adquiriste en alguna parte. Esto no es lo importante. Lo que sí realmente importa es que el contenido de este libro te resulte atractivo y provechoso. Para ello, léelo con calma hasta el final, y descubrirás en sus páginas un alimento saludable para tu corazón.

Solemos estar tan ocupados con nuestras obligaciones, o tan absorbidos por la carga misma de la vida, que nos cuesta encontrar un momento adecuado para la reflexión espiritual, ¿verdad? Y, sin darnos cuenta, nos puede suceder como a ese conocido político europeo al que le preguntaron si había visto el eclipse de Sol del día anterior. Y su respuesta fue: “Estoy tan ocupado con los problemas de la Tierra que no tengo tiempo para mirar al cielo”. ¡Qué respuesta!...

¿Puede ser que a veces vivamos una vida tan horizontal que no tengamos tiempo para levantar la mirada del alma? ¿Puede ser que una filosofía terrena y secular de la vida nos robe la capacidad para cultivar los valores superiores del espíritu? Como resultado, ¿cuánta paz y alegría podemos llegar a perder!

Este libro, pequeño como es, nos introduce en el terreno de la fe, la esperanza y el amor, las tres máximas virtudes que dan plenitud y felicidad al corazón. Pero, especialmente, nos pone en contacto con la esperanza, la gran fuerza creativa y sustentadora del alma.

² “Total Midyear Population for the World: 1950-2050”, www.consus.gov/ipc/www/idb/worldhis.html y www.consus.gov/ipc/www/idb/worldpop.php (ver además, www.consus.gov/ipc/www/idb/worldpopinfo.php).

Prefacio

¿Qué es una persona sin esperanza? Es alguien sin sueños, sin ideales, sin porvenir... en quien está enfermo el optimismo, y donde no hay ganas de luchar ni de perseverar en el esfuerzo. Cuando no hay esperanza, la desesperanza ocupa su lugar. Entonces el espíritu derrotista se apodera de la persona y sobreviene el fracaso...

¿Qué es una persona con esperanza? Es alguien que tiene mente positiva y optimista, que cree en el triunfo del bien sobre el mal... Es quien no desfallece en la lucha, que se levanta cuando cae, que conserva el entusiasmo de vivir y que confía en la dirección divina sobre su vida.

En este mundo sumergido en la desesperanza, ¿todavía existe esperanza? En las páginas de este libro iremos presentando respuestas. Respuestas que te harán disfrutar de un viaje espiritual en compañía del Autor de la verdadera y suprema esperanza.

Esperanza para ti

Comentando con franqueza la difícil situación de su vida, una joven decía: “Deseaba ser popular entre los muchachos. Pero un día cedí a la tentación en el asiento trasero de un automóvil. Al tiempo tuve un hijo. Luego perdí al niño que tanto llegué a amar, y me volví drogadicta. Ahora soy una prostituta”. Y la mujer terminaba su relato preguntando: “¿Hay esperanza para mí?”

La historia inquietante de esta mujer no es única. De un modo u otro nos representa a todos, ya sea en nuestras horas de opresión o frente a nuestras más variadas situaciones problemáticas. ¡Cuántas son las personas que sienten y sufren como la citada mujer! Se trata de seres que, en medio de sus angustias, ansían una salida de paz para sus corazones atribulados. Y todos se formulan la gran pregunta: “¿Hay esperanza para mí?” Desde aquí tengo el placer de expresar una respuesta favorable: *Sí, ¡hay esperanza!* Hubo esperanza para la mujer que venció su vida libertina y hoy es una nueva persona. Sigue habiendo esperanza para el muchacho que perdió el rumbo, y para el adulto que sueña con una vida plena y radiante.

Con esta visión positiva y optimista, en las siguientes páginas iremos viendo el enorme valor de la esperanza y cómo ella puede colmar de felicidad nuestro corazón. La verdadera esperanza es mucho más que una simple perspectiva o un mero anhelo. *Es la certeza de que todo lo malo puede vencerse y todo lo torcido puede enderezarse.* Es una actitud mental tan renovadora, que se la llama una “firme y segura ancla del alma” (Hebreos 6:19).³ Es el “ancla” que sujeta, retiene y pacifica la vida; el que da seguridad en la tormenta; el que quita la desesperanza del espíritu angustiado...

Dos pacientes del interior del país acababan de ser atendidos por el mismo médico. Y cuando este tuvo en sus manos los resultados de los análisis que había ordenado, hizo el diagnóstico de cada caso. Uno de los pacientes estaba seriamente enfermo, con pocas probabilidades de sobrevivir. El otro no tenía nada serio, y se

³ Las citas bíblicas de esta obra pertenecen a la Nueva Versión Internacional, salvo donde se indique otra versión de la Biblia, como la versión Reina-Valera Revisada de 1960 (RVR). Además, la cursiva en todo/una parte de un versículo/porción bíblica sirve para enfatizar o remarcar una idea.

esperaba que sanara en poco tiempo.

Debido a la gran distancia en que vivían los dos enfermos, se les enviaron por correo los respectivos diagnósticos, pero con tan mala suerte que los nombres fueron intercambiados. Y la consecuencia fue que el enfermo que tenía pocas probabilidades de sanar siguió viviendo, mientras que el otro murió, a pesar de su leve enfermedad.

La *esperanza* salvó al enfermo grave, y la *desesperanza* mató al enfermo leve. Como se ve, la genuina esperanza comunica valor y optimismo, asegura la fortaleza espiritual y aumenta las defensas naturales del organismo. ¡Cómo, entonces, no cultivar esta extraordinaria virtud!

Pero, lo que es cierto en el estrecho ámbito del corazón humano, es igualmente cierto en la sociedad y en el mundo.

El mundo de hoy

Como está el hombre, así está el mundo. Con problemas de toda índole y sin una salida cierta a la vista. El planeta mismo está siendo sacudido por violentos terremotos, devastadores huracanes, destructivas inundaciones y sequías, peligrosas erupciones volcánicas, además del temible “efecto invernadero”, el cual está modificando el clima en diversas regiones de la Tierra. Y a este cuadro se le suma la obra predatoria del hombre, que contribuye a alterar el equilibrio ecológico de la corteza terrestre. Sin embargo esta realidad física, preocupante como pueda ser, no es la más relevante entre los problemas que sufre la humanidad.

Lo que más afecta a nuestro mundo no son los desastres naturales; son las *acciones contaminadas* de los seres humanos: las *injusticias* que se cometen contra los más indefensos; el *espíritu belicoso* de los más fuertes; la *moral permisiva* que arruina a millones de familias; los *vicios* que degradan y acortan la vida; la *inseguridad* que instala el robo y la muerte en las calles de las grandes ciudades... Estos son los peores enemigos que dominan la Tierra, como resultado del egoísmo y la maldad sin restricción.

En las palabras del antiguo profeta Isaías, al mundo de hoy se le podría decir: “Ustedes tienen las manos manchadas de sangre... Sus labios dicen mentiras; su lengua murmura maldades... Así se le vuelve la espalda al derecho, y se mantiene alejada la justicia; a la verdad se le hace tropezar en la plaza, y no le damos lugar a la honradez” (Isaías 59:3, 14). Pero, sin importar cuál sea la condición espiritual de nuestro mundo, una esperanza luminosa se cierne en el horizonte...

El siguiente relato ilustra cuán cerca puede estar esa esperanza. Cierta noche, de densa oscuridad, un hombre caminaba por un solitario sendero montañoso; pero lo hizo con tan mala suerte que, al llegar a un recodo del camino, se resbaló y cayó al precipicio. Sin embargo, en su caída quedó enganchado en la gruesa rama de un ár-

bol, con sus pies colgando en el vacío. Desesperado, el pobre hombre procuró trepar por el árbol, pero le fue imposible.

Allí estaba el infortunado viajero: colgado de sus brazos, con los músculos en extrema tensión y su corazón cargado de terror. Finalmente, cuando sus fuerzas ya no le respondían más, el desdichado se dejó caer en el abismo. Pero, para su increíble alegría, su caída fue de ¡sólo 20 centímetros! Estaba apenas a escasos centímetros del suelo firme... y no lo sabía.

Muchas personas, y el propio mundo, pueden hoy encontrarse al borde mismo del precipicio y con la convicción de estar en vísperas de la tragedia final. Pero ¿por qué no pensar también que existe una esperanza alentadora? ¿Por qué no considerar también que la solución está muy cerca? ¡Tan cercana como la corta distancia que le salvó la vida al viajero de la montaña!...

Nuestra mayor esperanza

La verdadera esperanza no se limita a una actitud mental positiva. Es mucho más que el sueño de un optimista. Tampoco está basada en las promesas halagüeñas de los grandes líderes de la Tierra. En realidad, no existe acción alguna, ni persona alguna, que pueda encender una esperanza estable en el fondo del corazón humano.

Entonces, ¿dónde está el secreto? ¿Dónde está la fuente de tan elevada virtud? ¿Es una utopía hablar acerca de ella o es un bien alcanzable? A lo largo de la historia, la humanidad ha depositado su confianza en sistemas políticos, sólo para quedar totalmente desencantada, frustrada y sin esperanza. Durante siglos se pensó que la razón y la inteligencia humanas (los sistemas filosóficos) traerían esperanza para este planeta; pero, en lugar de ello, sólo ayudaron a aumentar la crisis existencial de la gente. En contraposición, millones de personas han testificado que la mayor esperanza del mundo ha sido y sigue siendo Jesucristo. Él es la Fuente de esperanza para el planeta y para cada uno de sus habitantes en forma individual.

Busca donde gustes, pero no encontrarás a otro que se parezca a él. Te invito a conocerlo como tu amigable Redentor. Acércate a él, aunque más no sea para saber de quién se trata. Y en su persona descubrirás al ser más maravilloso; como una vez yo también lo descubrí. Si prefieres, no creas inicialmente en él. Pero, con tu corazón sincero y con objetividad, analiza la vida y la obra de este supremo Personaje de ayer, de hoy y de siempre. Te asombrarás al ir conociéndolo mejor...

He preparado esta obra con actitud coloquial, para sentir que estoy conversando contigo acerca del tema más trascendente de todos. Me agradecería decirte que, además de ser nuestra mayor esperanza, Jesús es también nuestro constante Ayudador.

Durante los días de la Primera Guerra Mundial se practicó la conocida "prueba

de Kitchener”, por medio de la cual se examinaba a los regimientos ingleses con el fin de ver si estaban preparados para ir al frente de batalla. La prueba consistía en caminar un largo trayecto por los peores caminos; al final, cada soldado debía encontrarse en su respectivo lugar y en correcta formación.

Cierto regimiento de infantería que fue sometido a esta dura prueba tenía, entre sus soldados, a un muchacho inexperto y de poca fortaleza física. La prueba se realizaba en el norte de la India, sobre un camino desértico de arena, un día de mucho viento y calor. Durante los primeros quince kilómetros todo anduvo bien. Pero luego el joven principiante comenzó a flaquear.

Felizmente su compañero era un soldado experimentado y fornido, a quien el joven le dijo:

–Me estoy cansando.

–¡Ánimo, que falta poco! –le respondió el avezado compañero–. Si tú fallas, nos reprueban a todos. ¡Pásame tu fusil!

Más tarde, le dijo:

–¡Dame tu mochila!

Y así, poco a poco, el agotado joven fue aligerando su carga. Por fin, cuando la difícil prueba fue aprobada, entre todos los soldados había uno con sus espaldas vacías. Su aguerrido compañero había llevado la carga por él.

Cuando en el camino de la vida la carga se nos hace pesada, y tenemos dificultad para continuar, conviene recordar que nosotros también tenemos a nuestro lado al Compañero fuerte y vencedor: Jesús, el Hijo de Dios. Él puede quitar de nuestro corazón toda carga, todo dolor, toda frustración, todo fracaso... Él nos alivia el peso de la vida y nos llena de renovadas esperanzas. ¡Nadie podría ayudarnos tanto como él!

Este ha sido el comienzo de la obra. La historia continúa. Ahora viene lo mejor...

***El niño de Belén
vino a revelar el
amor más profundo
del universo...***

PARA RECORDAR

1. SIN IMPORTAR NUESTRA SITUACIÓN, SIEMPRE EXISTE ESPERANZA (JEREMÍAS 17:7).
2. LA ESPERANZA ES MÁS QUE UNA ACTITUD MENTAL POSITIVA. ES UNA MIRADA CONFIA DA QUE NOS PERMITE VER MÁS ALLÁ DE LA REALIDAD VISIBLE (ROMANOS 8:24).
3. LA FUENTE DE LA VERDADERA ESPERANZA ES JESUCRISTO (EFESIOS 2:12, 13).

La Esperanza de los siglos

Durante largos siglos el pueblo de Israel estuvo esperando la llegada del Mesías y Redentor prometido. Todas las familias hebreas alentaban la esperanza de que en su seno naciera el Hijo de la promesa. Hasta que por fin nació en la humilde aldea de Belén, en un pesebre rústico y maloliente, con la sola compañía de algunos animales...

No hubo allí nadie para darle la bienvenida, o para acompañar a los solitarios padres. Ningún amigo, ningún pariente, ningún alma solidaria, ningún comunicador para difundir la noticia... Y si alguno se enteró del nacimiento, habrá pensado que se trataba de un niño más sobre la Tierra. Pero, peor aún, cuando el rey Herodes intuyó que podía tratarse del Mesías prometido, hizo cuanto pudo para darle muerte, y "...mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y en sus alrededores..." (S. Mateo 2:16).

Jesús no vino al mundo por casualidad, ni tampoco en un momento cualquiera de la historia. Vino "*cuando se cumplió el plazo*" (Gálatas 4:4), cuando el reloj divino marcó la hora precisa, según los sabios y eternos planes del Altísimo. Alguien podría decir que Jesús tardó demasiado en llegar. Sin embargo, Dios estaba (y está) en el control del tiempo y los acontecimientos. La escritora Elena G. de White comenta: "...como las estrellas en la vasta órbita de su derrotero señalado, los propósitos de Dios no conocen premura ni demora".⁴

Jesús nació en un momento en que el mundo estaba preparado para la llegada del Salvador. Las naciones estaban unidas bajo un mismo gobierno y se hablaba extensamente el idioma griego en casi cada rincón del Imperio. Los romanos habían establecido un complejo sistema de caminos que permitía viajar con mucha más facilidad, y el sistema de correos por ellos creado aceleraba las comunicaciones. Había una especie de globalización, proceso que se iniciara cuando Alejandro Magno in-

⁴ Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana [ACES], 2008), p. 23.

tentó “unir en un solo Imperio [el de Grecia] y bajo una sola cultura [la griega] a todos los hombres”,⁵ dando como resultado el helenismo.

A su vez, las religiones de misterio habían perdido gran parte de su esplendor, y los hombres se hallaban cansados de ceremonias y fábulas. Después de tantos siglos de oscuridad, el deseo de ver luz era evidente. Las personas anhelaban algo nuevo y estaban preparadas para recibir al Salvador. El mal había alcanzado un clímax en este planeta, y era tiempo de que Dios realizara una intervención espiritual y señalara un nuevo horizonte para la humanidad.

Como los judíos estaban dispersos, la expectativa de la venida del Mesías era, hasta cierto punto, conocida y compartida por personas de varias naciones. Además, la misma Biblia hebrea ya había sido traducida al griego (versión conocida como Septuaginta). Esto era importante, porque el plan de Dios consistía en alcanzar al mundo con las buenas noticias de la llegada del Salvador. Finalmente, las condiciones para la divulgación del evangelio se hicieron más favorables, y Dios vio que ese era el momento ideal para el nacimiento de Jesús.

El historiador Justo González agrega: “La ‘plenitud del tiempo’ no quiere decir que el mundo estuviera listo para convertirse al cristianismo, como una fruta madura lista para ser cosechada del árbol; sino que quiere decir que, en los designios inescrutables de Dios, había llegado el momento de enviar a su Hijo al mundo para sufrir ‘muerte de cruz’ y dispersar a los discípulos por ese mismo mundo, con el fin de que ellos también diesen su valioso testimonio de fe en el Crucificado”.⁶

El día más grande

Cuando los astronautas de la nave Apolo XI pisaron suelo lunar el 21 de julio de 1969, Richard Nixon, entonces presidente de Estados Unidos, declaró: “Este es el día más grande de la historia, la mayor hazaña de los hombres”. Pero, el día más importante de la historia ¿no habrá sido cuando Jesús pisó la Tierra a partir de aquel escondido pesebre de Belén?

Sin embargo, mientras que la llegada del hombre a la Luna fue anunciada jubilosamente en todo el mundo, la llegada de Cristo a nuestro planeta fue anunciada de noche a unos pastores intrascendentes que estaban cerca de una modesta aldea de Palestina.

Así nació el Prometido de Dios: del modo más inesperado, en el lugar menos pensado y ante la indiferencia menos merecida; el poderoso Dueño del universo na-

⁵ Justo L. González, *Historia del pensamiento cristiano* [Buenos Aires: Methopress, 1965], t. 1, p. 41.

⁶ Justo L. González, *Uma História Ilustrada do Cristianismo: A Era dos Mártires* [Una historia ilustrada del cristianismo: La era de los mártires] [San Pablo: Vida Nova, 1980], t. 1, p. 30.

ciendo en el sitio más humilde, identificándose con las carencias humanas de todos los tiempos, y mostrando la excelencia incomparable de la humildad como la virtud que hace realmente grandes a los hombres. ¡Qué lección tan gráfica: que *la verdadera grandeza siempre ha de vivirse con humildad!* De lo contrario, la grandeza deja de ser para convertirse en orgullo, sed de fama o ambición de poder.

Buena parte de las realizaciones más importantes del mundo han tenido un comienzo muy humilde. Y la vida y la obra trascendentes de Jesús así lo demuestran, a partir de su humilde y oscuro nacimiento. ¡Lo pequeño de hoy, mañana puede ser grande en tu vida; y tu modestia actual puede preceder a tus mejores logros del mañana!

Realmente, ¿sabía el pueblo quién había nacido en Belén? Las opiniones estaban muy divididas. Como hasta hoy. Aun entre los llamados “cristianos”, muchos ven en Jesús sólo a un profeta iluminado o a un mártir incomprometido... Y no faltan las ideologías sociales y políticas que se lo disputan como su real precursor. ¿Cuánto de cierto tienen estas pretensiones?

Un hombre no común

Napoleón Bonaparte se encontraba cautivo en la isla de Santa Elena, donde murió en 1821. Y cierto día le comentó a su fiel colaborador, el general Bertrand: “Escúcheme, Jesucristo no es un hombre. Su nacimiento, la historia de su vida, la profundidad de su doctrina, su evangelio, su imperio, su marcha a través de los siglos... todo eso es para mí una maravilla, un misterio inexplicable.

“Alejandro, César, Carlomagno y yo fundamos imperios; pero ¿en qué descansan las creaciones de nuestro genio? En la fuerza. Sólo Jesucristo fundó un imperio sobre el amor, y en esta misma hora millones de personas morirían por él”.

Mientras que los grandes guerreros y conquistadores se movieron por el amor al poder, Jesucristo actuó con el poder del amor. Y, en respuesta a su entrega redentora, ¡cuántos millones de hombres y mujeres le entregan su vida!

Por eso, Napoleón siguió diciendo: “Sólo Cristo ha conseguido conquistar de tal manera la mente y el corazón de los hombres que para él no hay barreras de tiempo ni de espacio... Demanda lo que el filósofo en vano busca de sus adeptos; el padre, de sus hijos; la esposa, del esposo. Demanda el corazón... ¡Lo maravilloso es que su demanda es atendida!...

“Todos los que sinceramente creen en Cristo experimentan este amor sobrenatural hacia él; fenómeno inexplicable, superior a las posibilidades humanas... *Esto es lo que más me sorprende; lo que me hace meditar con frecuencia; lo que me demuestra, fuera de toda duda, la divinidad de Jesucristo*”.

Napoleón tuvo que llegar al cautiverio y al destierro para pronunciar estas reflexivas palabras. La trayectoria de su vida habría sido muy diferente si hubiese pensado en Jesús mientras conquistaba y destruía arbitrariamente, en busca de una gloria vana y tan pasajera.

Al testimonio de Napoleón podríamos añadir muchos otros del mismo tenor; gente que durante toda su vida ignoró a Cristo y hasta se le opuso tenazmente, pero que al fin del camino dieron la vuelta. Allí está, por ejemplo, la actitud de Voltaire (1694-1778), el célebre escritor francés que hizo gala de su agnosticismo. Se esforzó por desprestigiar el cristianismo y a su Fundador. Hasta se animó a predecir que la fe cristiana iba a desaparecer...

Pero en la hora de su muerte Voltaire abandonó su ateísmo, pidió perdón a Dios y exclamó: "¡Cristo! ¡Cristo!" De cuántas bendiciones se privó este gran incrédulo, a lo largo de muchos años, por haberse levantado contra la persona de Jesús. Pudo tener paz, pero no la tuvo. Pudo tener alegría, pero tampoco la tuvo. Pudo tener esperanza, pero careció de ella... Pudo sentirse un hijo de Dios, pero apenas fue hijo de sus propias ideas anticristianas...

Y terminemos esta sección recordando las palabras del oficial romano que estuvo frente a Jesús durante la crucifixión. Impresionado por la dignidad de Cristo y por los dichos que pronunció desde la cruz, el soldado exclamó así cuando Jesús expiró: *"¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!"* (S. Marcos 15:39).

¡Tanto negarlo, y hasta crucificarlo, para reconocer al fin que el Crucificado "era el Hijo de Dios"! ¿Tanta obstinación puede haber en el corazón humano para que insista en rechazar las evidencias de la divinidad de Jesucristo? Aceptar a Jesús como el Mesías divino nos asegura la rica bendición que sólo él puede dar al creyente. ¡Subraya en tu alma esta hermosa verdad!

La imagen del Dios invisible

El apóstol San Pablo declaró que *"él [Cristo] es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra... Él [Cristo] es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente"* (Colosenses 1:15-17).

Si Jesús creó "todas las cosas", y él "existía antes de todas las cosas", se desprende una sola gran verdad: *que él es Dios*, integrante de la Trinidad, eterno y sin comienzo en el tiempo. Y como declara San Juan, "...el Verbo [Jesús] era Dios. Él estaba con Dios en el principio. *Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir*" (S. Juan 1:1-3). Y Jesús se encarnó, tomó nuestra naturaleza "y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad" (1:14).

Más tarde, nuevamente el discípulo Juan toca el mismo tema, y dice que “estamos con el Verdadero, con su Hijo Jesucristo. *Éste es el Dios verdadero y la vida eterna*” (1 S. Juan 5:20).

Es también San Juan el que registra las palabras del discípulo Tomás, quien inicialmente no creyó en la resurrección de su Maestro. Pero, cuando vio por sí mismo al Señor resucitado, exclamó: “¡Señor mío y *Dios mío!*” (S. Juan 20:28). Tomás llamó *Dios* a Jesús, y no estuvo equivocado. De haber cometido un error al llamarlo así, Jesús lo habría corregido. ¿No te parece?

Las realizaciones más importantes del mundo han tenido un comienzo muy humilde.

Y volviendo a San Pablo, él dice que Cristo “*es Dios sobre todas las cosas*. ¡Alabado sea por siempre! Amén” (Romanos 9:5). El mismo que por amor a nosotros tomó la naturaleza humana, y se hizo totalmente hombre para colocarse en nuestro lugar, fue también y sigue siendo nuestro Dios omnipotente, Autor de nuestra redención.

Si Jesús no hubiese sido Dios, ¿qué valor o qué significado tendría su muerte en la cruz? No sería la ofrenda del Dios humanado que murió en nuestro lugar, sino apenas la muerte de un mártir inocente. “Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, *Cristo murió por nosotros*” (Romanos 5:8). “*Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos*” (S. Juan 15:13).

Predicciones cumplidas

En las páginas del Antiguo Testamento existen numerosas profecías acerca del esperado Mesías. Profecías formuladas con muchos siglos de anticipación, algunas de las cuales no fueron entendidas claramente. Pero cuando se cumplieron con admirable precisión, entonces se advirtió en ellas su contenido mesiánico. Citemos sólo unas pocas de estas profecías:

1. *El Mesías nacería en Belén* (Miqueas 5:2). San Mateo dice, de manera explícita, que Jesús nació en “Belén de Judea en tiempos del rey Herodes” (S. Mateo 2:1; ver también S. Lucas 2:4–6). San Justino, nacido en Palestina hacia el año 100 d.C., menciona, unos 50 años más tarde, que Jesús nació en una cueva cerca de Belén (*Diálogo* 78).

2. *Nacería de una virgen y se llamaría Emanuel* (Isaías 7:14). Esto se cumplió en Jesús, según San Mateo 1:22, 23 y 25. Emanuel significa “Dios con nosotros”, y la encarnación de Jesús es la prueba del deseo de Dios de morar con sus hijos.

3. *Sería llevado a Egipto* (Oseas 11:1). Cuando el rey Herodes, monarca de Judea, se enteró de que había nacido un niño a quien algunos identificaban como futuro

“rey de los judíos”, decidió matar a todos los niños menores de 2 años que había en Belén [S. Mateo 2:14, 15]. Pero los padres de Jesús alcanzaron a huir hacia Egipto, para salvar la vida del recién nacido.

4. Juan el Bautista sería su precursor (Isaías 40:3; Malaquías 3:1). Juan el Bautista fue un profeta que generó un gran reavivamiento espiritual entre el pueblo judío, preparando así el camino para la llegada del Mesías [S. Mateo 3:1-3; 11:10].

5. Realizaría una vasta labor espiritual mediante el ungimiento del Espíritu Santo (Isaías 61:1, 2). Según esta profecía, Jesús vendría a aliviar a los quebrantados de corazón y dar vista a los ciegos. Al comenzar su ministerio, Cristo afirmó ser el cumplimiento de esta promesa [S. Lucas 4:18-21]. A partir de entonces no dejó de consolar a los tristes y sanar a los enfermos.

6. Hablaría en parábolas (Salmo 78:2). En San Mateo 13:34 y 35 leemos que Jesús hablaba “estas cosas en parábolas. Sin emplear parábolas no les decía nada”. De hecho, en los evangelios aparecen más de 50 parábolas que Jesús pronunció.

7. Sería nuestro Pastor (Isaías 40:11). Jesús mismo asumió ese título. Él afirmó: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas” [S. Juan 10:11].

8. Sería traicionado por uno de sus discípulos (Salmo 41:9). Los evangelios narran que Judas, uno de sus discípulos, entregó a Jesús para ser juzgado, traicionándolo [S. Juan 18:2, 3].

9. Sería vendido por 30 piezas de plata (Zacarías 11:12). Treinta piezas de plata era el precio que se pagaba por un esclavo (Éxodo 21:32), y equivalían a 120 días de salario de un trabajador. En San Mateo 26:14 y 15 se afirma que Judas recibió 30 piezas de plata a cambio de traicionar a Jesús.

10. Serían horadados sus manos y sus pies en la crucifixión (Salmo 22:16). Según el historiador Flavio Josefo, la crucifixión era una práctica común en Palestina. Esta era una de las peores formas de tortura y uno de los métodos de ejecución más cruel que jamás se hubiera inventado. Con respecto a las heridas que dejaron los clavos en sus extremidades, Jesús afirmó: “Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme y vean...” [S. Lucas 24:39].

11. Se burlarían del Mesías (Salmo 22:7, 8). Los evangelios nos cuentan que los judíos “blasfemaban contra él”, “se burlaban de él”, y los que estaban crucificados con él “lo insultaban” [S. Marcos 15:29-32].

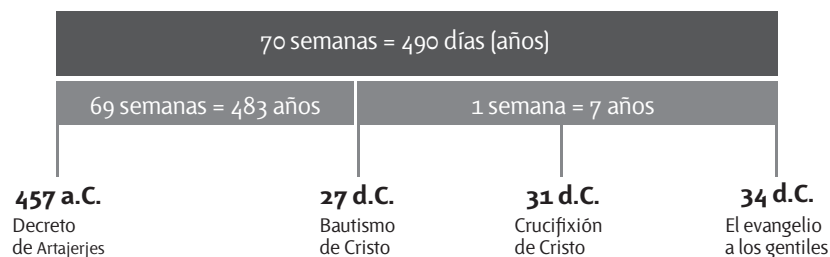
12. Le darían a beber vinagre con hiel (Salmo 69:21). Un soldado romano le ofreció vinagre con hiel a Jesús en la cruz [S. Mateo 27:34, 48]. La mezcla de vinagre con hiel producía en el crucificado un cierto adormecimiento. Sin embargo, Jesús lo rechazó, ya que no quería nada que nublara la lucidez en un momento como ese.

13. Partirían sus vestidos y echarían suertes sobre su ropa (Salmo 22:18). La “capa”

de Cristo (S. Juan 19:23) era sin costura; de allí que, en el momento de la crucifixión, los soldados romanos decidieran echar suertes sobre ella antes que dividirla en partes (S. Mateo 27:35).

14. El Mesías sufriría para consumir nuestra salvación (Isaías 53:4-9). Sería azotado, herido, abatido, menospreciado; llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca. Se cumplió dramáticamente cuando Cristo ofrendó su vida, según la narración detallada en los evangelios.

15. El Mesías nacería en el tiempo determinado por Dios y predicho por la profecía (Daniel 9:24-27). En síntesis, esta profecía dice que el Mesías (es decir, Cristo, el Ungido) aparecería 483 años después del decreto emitido en el 457 a.C. para restaurar Jerusalén, lo que equivale al año en que Jesús fue bautizado y comenzó su ministerio público: 27 d.C. Al comenzar su obra, Jesús proclamó: “Se ha cumplido el tiempo... El reino de Dios está cerca” (S. Marcos 1:15). Esta referencia al tiempo indica que tenía conciencia de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, y en especial de esta profecía de Daniel. Sin duda, la misión del Salvador se desarrolló en armonía cronológica y teológica con el cuidadoso plan profético (ver gráfico).



Esta profecía de Daniel tiene una precisión matemática tan grande que el mismo Sir Isaac Newton (1643-1727), el genio inglés de las matemáticas, quedó fascinado por ella. Poseedor de una vasta biblioteca de filosofía y teología, el formulador de la Ley de la Gravedad tenía un gran interés no solamente por las experiencias científicas sino también por el estudio profundo de la Biblia, y llegó a escribir un comentario sobre las profecías de Daniel y el Apocalipsis.

En su obra *Las profecías del Apocalipsis y el libro de Daniel*, el científico expresa su confianza en las profecías, destacando las de Daniel. “La autoridad de los emperadores, de los reyes y de los príncipes es humana; la autoridad de los concilios, de los sínodos, de los obispos y de los presbíteros es humana. Pero la autoridad de los profetas es divina y abarca a todas las religiones”, escribió. “La predicción de eventos

futuros refiere a la situación de la iglesia en todas las épocas: entre los profetas antiguos, Daniel es el más específico en materia de fechas y el más fácil de comprender. Por esto, lo que dice en relación con los últimos tiempos debe ser tomado como la llave para los demás". Para Newton, rechazar las profecías de Daniel significaba "rechazar la religión cristiana, porque esta religión está fundada en las profecías respecto del Mesías".⁷

Como declara el teólogo Gleason Archer con referencia a la profecía de Daniel 9:24 al 27, "solamente Dios podría predecir la venida de su Hijo con tan admirable precisión; ella desafía toda y cualquier explicación racionalista".⁸ Más de cinco siglos antes Dios anunció el tiempo exacto del inicio del ministerio de Cristo y la fecha de su muerte. ¿Cómo es posible esto? Vamos a entender mejor esta predicción.

Hacia el fin de los 70 años de la cautividad de Israel en Babilonia, que se inició en el año 586 a.C., Dios le reveló a Daniel que el Mesías aparecería luego de 69 semanas: "Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos" (Daniel 9:25, RVR). Este decreto, que concedía autonomía plena a los judíos, fue emitido durante el séptimo año de Artajerjes, el rey persa, y se hizo efectivo en torno al año 457 a.C. (Esdras 7:8, 12-26; 9:9). Después de la 69ª semana, "se le quitará la vida al Mesías" (Daniel 9:26, RVR), lo que representa una referencia a la muerte vicaria de Jesús. Él debía morir a la mitad de la 70ª semana, y así poner "fin a los sacrificios y ofrendas" (9:27).

La clave que permite comprender el tiempo profético reside en el principio bíblico de que, en la profecía, un día equivale a un año solar literal (Números 14:34; Ezequiel 4:6). Por tanto, de acuerdo con el principio de día por año, las 70 semanas (o 490 días proféticos) representan 490 años literales. Siendo que este período debía comenzar con la orden para restaurar y edificar Jerusalén en el 457 a.C., los 483 años (69 semanas proféticas) nos llevan al otoño del año 27 d.C., año en que Jesús fue bautizado y comenzó su ministerio público.

En ocasión de su bautismo en el río Jordán, Jesús fue ungido por el Espíritu Santo y recibió de Dios el reconocimiento de "Mesías" (en hebreo)

⁷ Sir Isaac Newton, *As Profecias do Apocalipse e o Livro de Daniel* (San Pablo: Pensamento, 2008), pp. 26, 33. La edición original de este libro fue lanzada en 1733 bajo el título *Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John*.

⁸ Gleason L. Archer, *Encyclopaedia of Bible Difficulties* (Grand Rapids: Zondervan, 1982), p. 291.

o “Cristo” (en griego). Ambos títulos tienen el mismo significado: el Ungido (S. Lucas 3:21, 22; Hechos 10:38). A la mitad de la 70ª semana, es decir, en la primavera del año 31 d.C., exactamente 3 ½ años después de su bautismo, el Mesías haría cesar el sistema de sacrificios al ofrecer su propia vida como sacrificio por la humanidad. En la fecha exacta indicada por la profecía, durante la festividad de la Pascua, Jesús murió. Esta profecía, asombrosamente exacta, presenta una de las evidencias más fuertes de la verdad histórica fundamental de que Jesucristo es el Salvador del mundo, verdad predicha mucho tiempo antes.⁹

¿Notas cómo estas predicciones relativas al Mesías se cumplieron fielmente en la persona y en la obra de Jesucristo? Bien dijo el discípulo Andrés acerca de Jesús:

Cristo Jesús es el Mesías y Salvador prometido.

“Hemos encontrado al Mesías” (S. Juan 1:41). Sí, Jesús fue el Mesías que esperaba ansiosamente el pueblo. Sólo que cuando vino lo rechazaron (1:10, 11).

Amigo, amiga descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, quiero decirte con todo respeto y afecto: no sigas esperando la llegada del Mesías, porque el

Mesías ya vino. Examina detenidamente el tema, y verás que todo lo que el Antiguo Testamento decía acerca de él se cumplió en la persona de Cristo, tal como lo narran las páginas del Nuevo Testamento. Acepta a tu compatriota Jesús como el Mesías prometido y el Salvador del mundo. “De hecho, *en ningún otro hay salvación*” (Hechos 4:12), dijo el destacado Pedro, otro buen coterráneo tuyo.

Superior a todos

Cuenta la leyenda que un hombre se encontraba atrapado en arenas movedizas. Cuanto más luchaba para salir de ella, más se hundía. Entonces un líder religioso que pasaba por el lugar dijo, filosóficamente: “Esto es prueba de que los hombres deben evitar sitios como este”. Poco después pasó por allí mismo otro religioso que, al ver al hombre en desgracia, se limitó a decir: “Que esta sea una lección para los demás”, y siguió tristemente su camino.

Mientras el hombre se iba hundiendo cada vez más en la arena, otro religioso dijo, al pasar: “¡Pobre hombre! Será la voluntad de Dios”... Luego otro pensador religioso alcanzó a gritarle al infortunado: “¡Cobra ánimo! ¡Volverás a la vida en otro estado!” Finalmente pasó por allí Jesús. Y al ver que el hombre hundido no tenía salida, se incli-

⁹ Adaptado de *En esto creemos* (Buenos Aires: ACES, 2006), pp. 46, 47.

nó, le extendió la mano y le dijo: *“Dame tu mano, hermano, que te sacaré de aquí”*.

La leyenda ilustra el carácter sobresaliente de Jesús. Así fue el poderoso Mesías de ayer, y así sigue siendo el amante Maestro y Salvador Jesucristo. Todas sus acciones son obras de amor. No pudo ni puede pasar junto a un alma desvalida sin ofrecerle su ayuda de amor. No hay quien pueda igualarse a él. Él nos levanta cuando estamos caídos, nos indica qué hacer cuando nos sentimos extraviados, nos da un corazón radiante cuando las nubes eclipsan el sol de la alegría...

Jesús fue ciertamente el Enviado de Dios y el Mesías tan esperado. El recibirlo como tal en nuestro corazón trae paz, gozo y salvación. Su vida incomparable es *más amplia que la vastedad de los mares, más sublime que el alto cielo y más profunda que el insondable océano...* Con razón, al término de su Evangelio, el discípulo Juan dijo acerca de las obras del Maestro: *“Jesús hizo también muchas otras cosas, tantas que, si se escribiera cada una de ellas, pienso que los libros escritos no cabrían en el mundo entero”* (S. Juan 21:25).

Pero esto no es todo. Hay mucho más. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. JESÚS, LA ESPERANZA DE LOS SIGLOS, NACIÓ EN EL MOMENTO JUSTO (GÁLATAS 4:4, 5).
2. EL CUMPLIMIENTO PRECISO DE LAS PROFECÍAS CONFIRMA QUE JESÚS ES EL MESÍAS PROMETIDO. CUANDO ÉL NACIÓ, UN MENSAJERO CELESTIAL ANUNCIÓ A LOS PASTORES DE LA REGIÓN DE BELÉN QUE EL NIÑO ERA EL SALVADOR (S. LUCAS 2:10, 11).
3. MÁS QUE UN PROFETA ILUMINADO, JESÚS ES EL HIJO DE DIOS, EL UNGIDO POR EL ESPÍRITU SANTO PARA REALIZAR EL PODEROSO TRABAJO DE LIBERAR A LOS SUFRIENTES (HECHOS 10:38).

Un amor incomparable

En la ciudad de Dublín, Irlanda, el joven Henry Moorhouse vivía hastiado de sí mismo. Con sus 20 años de edad y su vida libertina, solo y sin esperanza de mejorar, estaba a punto de quitarse la vida. Pero mientras sostenía el arma en su mano, para acabar con sus días, inesperadamente escuchó una canción cristiana que provenía de otra habitación del modesto hotel donde se hospedaba.

Movido por la curiosidad, el angustiado muchacho se dirigió a esa habitación. Y allí escuchó las palabras relacionadas con el amor de Dios que cambiarían su vida para siempre. Abandonó su intento suicida. La fe se encendió en su corazón. Y llegó a ser un cristiano genuino, estudioso diligente de las Sagradas Escrituras.

Uno de los pasajes bíblicos favoritos de Henry era San Juan 3:16, que sintetiza así la esencia del evangelio: *"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna"*. Y fue tanto lo que él llegó a comprender de estas palabras que cierta vez predicó, en la ciudad de Chicago, siete días consecutivos sobre diferentes aspectos de este versículo estelar de la Biblia; y en cada ocasión conmovió profundamente a sus numerosos oyentes...

¿Qué mensaje contiene este breve texto como para despertar tanto interés y tan extenso comentario? Exalta el asombroso amor de Dios. Pero no alcanza a describirlo. Simplemente porque no existen palabras humanas que puedan describir con plenitud el insondable amor del Padre y de su Hijo Jesucristo. Por eso, el citado pasaje dice apenas: *"Tanto amó Dios..."*; es decir, con tanta profundidad, con tanto desprendimiento, con tanta abnegación...

Indescriptible

Así fue el amor que Cristo vino a revelar entre nosotros. Nuestras palabras son demasiado pobres para definirlo. El amor del Señor fue y sigue siendo: *inefable, sublime, maravilloso, inagotable, tierno, inmutable, infinito, eterno, excelso, imparcial, inmaculado, compasivo, protector, bondadoso, comprensivo, perdonador, inquebrantable, transformador, accesible, amistoso, delicado, triunfante, activo, poderoso, creativo, inmerecido, paciente,*

convinciente, consolador, confiable, purificador, redentor y fragante, ya que “perfuma” la vida interior de quien lo recibe.

Repasemos estos adjetivos con su respectiva significación:

1. *Inefable*: Un amor que no puede describirse o explicarse con palabras.
2. *Sublime*: De máxima dimensión moral y espiritual.
3. *Maravilloso*: Extraordinario, admirable, asombroso.
4. *Inagotable*: Tan abundante y profundo que no puede extinguirse.
5. *Tierno*: Suave, dulce, refinado.
6. *Inmutable*: Es imposible cambiarlo. No puede rebajarse ni achicarse.
7. *Infinito*: Su dimensión no tiene fin, porque procede de Dios.
8. *Eterno*: Imperecedero. Siempre igual en el tiempo.
9. *Excelso*: No podría ser más elevado. Glorioso.
10. *Imparcial*: Un amor que se manifiesta a todos de la misma manera y que asegura la redención de todos.
11. *Inmaculado*: Blanco, puro, sin mezcla de imperfección.
12. *Compasivo*: Sensible a nuestro dolor y nuestras necesidades.
13. *Protector*: Nos defiende contra todo daño y agresión.
14. *Bondadoso*: Lleno de bondad y consideración. Generoso y desprendido.
15. *Comprensivo*: Un amor que comprende y simpatiza con nosotros.
16. *Perdonador*: Reconciliador. Borra y olvida nuestros pecados.
17. *Inquebrantable*: Nada ni nadie lo puede fracturar o destruir.
18. *Transformador*: Cambia la vida de quien lo anida en su corazón.
19. *Accesible*: No está vedado para nadie; está al alcance de todos.
20. *Amistoso*: Bueno, solidario y cordial, porque proviene de nuestro amigo Jesús.
21. *Delicado*: Un amor que combate la torpeza y siembra la delicadeza.
22. *Triunfante*: En la lucha de la vida, nos hace vencedores.
23. *Activo*: Es mucho más que una actitud de Dios; es su obra salvadora y continua en favor de nosotros.
24. *Poderoso*: Este amor da fuerza al alma, y nos otorga el poder de Dios.
25. *Creativo*: No cesa de brindarnos nuevas formas de bendición.
26. *Inmerecido*: Es una gracia generosa de Dios; no un merecimiento humano.
27. *Paciente*: Un amor que soporta y espera hasta lo sumo.
28. *Convincente*: Más fuerte que cualquier argumento, más persuasivo que cualquier elocuencia.
29. *Consolador*: Es bálsamo para el doliente y ánimo para el alma abatida.
30. *Confiable*: Un amor seguro, no traidor, siempre disponible. Su lealtad no tiene límite.

- 31. *Purificador*: Quita la impureza del corazón; limpia la mente de todo mal.
- 32. *Redentor*: Gracias a este amor divino está asegurada nuestra eterna salvación.
- 33. *Fragante*: Cuando el amor divino controla el corazón, exhala el aroma de la bondad y la presencia de Dios en nuestra vida.

¡Cuántos otros adjetivos podrían haber integrado esta lista! Pero basten los que hemos incluido para señalar el carácter insondable e inamovible del amor del Señor hacia nosotros. ¡Un amor en el cual siempre podemos confiar! No importa lo que nos preocupe o las pruebas que debamos sufrir, el amor de Jesús nos sostendrá en todo momento. ¡Su ayuda nos hará fuertes y su leal compañía nos dará felicidad!

Amor multidimensional

El Señor afirma: *“Con amor eterno te he amado; por eso te sigo con fidelidad”* (Jeremías 31:3). ¡Cuán estable y eterna es la bondad de Dios en beneficio de nosotros! El Señor no tiene variación ni sufre altibajos (Hebreos 13:8). ¡Y tampoco su amor hacia nosotros!

El amor de una madre puede flaquear. No así el de Cristo. La Biblia dice: *“¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré! Grabada te llevo en las palmas de mis manos...”* (Isaías 49:15, 16). Tierno y solícito como pueda ser el amor de una madre, es sólo un pálido reflejo del amor profundo y generoso de Cristo. Como demostración de ese amor, el Señor exhibe la “palma” de sus manos, y allí vemos las cicatrices de su crucifixión, las cuales nos recuerdan la magnitud de su amor redentor.

Al meditar en la fuerza espiritual de este amor, San Pablo escribió: *“El amor de Cristo nos obliga”* (2 Corintios 5:14). O, como dicen otras versiones, “nos impulsa”, “nos mueve”, “nos domina”, “nos controla”.

En contraste con el egoísmo humano, que somete y arruina, el amor de Cristo nos impulsa a la libertad, la rectitud y el regocijo de la vida. Nos guía hacia la redención y nos aleja de la destrucción. ¡Tal es la experiencia de quien vive impulsado por el poderoso amor del Señor! Como dijo S. Songh: *“Sin Cristo, yo era como un pez fuera del agua. Con Cristo, estoy en un océano de amor”*.

Fue también San Pablo el que dio este valioso consejo: *“Para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios”* (Efesios 3:17-19). ¡Esta es la dimensión múltiple y completa del amor del Salvador! Un amor inagotable, que nace y permanece cuando el Señor mora en nuestro corazón. *Es tan profundo que la mente humana no lo entiende hasta que el corazón no se llena de él*.

Amigo de los pecadores

Esto es lo que decían los enemigos de Jesús: *que él recibía a los pecadores y comía con ellos* (S. Lucas 15:2). Y en otra ocasión Jesús mencionó lo que sus enemigos decían acerca de él: *“Este es un glotón y un borracho, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores”* (S. Mateo 11:19). ¿Era cierta esta grave denuncia? Era una calumnia injuriosa y malintencionada. Tenía como propósito desmerecer el buen nombre y la popularidad del Maestro. Era un infundio elaborado en el corazón corrompido de sus envidiosos enemigos.

El Maestro no le negaba su amistad a nadie, ni siquiera a los más indignos. Y no se avergonzaba de comer con ellos, porque deseaba ayudarlos a cambiar. Por eso, sin querer, los enemigos de Jesús no hicieron otra cosa que elogiarlo cuando lo llamaron *“amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores”*. *El amigo que elevaba a los malos sin contagiarse de ellos.*

Imaginemos uno de los encuentros de Jesús con estos seres despreciados de la sociedad. Los cobradores de impuestos (llamados “publicanos”) eran judíos al servicio del poder romano, y a menudo cobraban más de lo estipulado y eran vistos como ladrones del pueblo. Y los “pecadores” eran malvivientes de variada especie. Allí está Jesús con ellos, compartiendo la misma mesa en algún comedor reservado o en alguna casa particular. Pero, sin prejuicios ni vacilación...

Jesús escucha con interés a esos hombres vencidos por el mal. Los mira con simpatía. Y cuando surge alguna pregunta, él sugiere una respuesta. Y si no, él mismo formula una pregunta que los hace pensar y les mueve el corazón. Allí está el grupo: diez, veinte, quizá más... Jesús no se espanta por lo que dicen. Él sigue escuchando lo que ellos cuentan. Y cuando se levantan de la mesa, reina un breve silencio... Los publicanos y los pecadores allí reunidos ya se sienten mejor con el toque amistoso que recibieron de Jesús, y gustosos piensan en un próximo encuentro...

Todavía Jesús sigue diciendo: *“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”* (S. Marcos 2:15-17). Tal es su obra de amor: invitarnos y apartarnos del mal, para gozar de una vida justa y redimida por él.

No importa cómo te encuentres: preso en el fango de la maldad, víctima del vicio esclavizante, afligido por tus constantes problemas, despreciado por quienes te rodean o vacío por tu falta de fe... Para todo esto, Jesús tiene la solución mediante su amor comprensivo, perdonador y transformador. Recuerda: *él “recibe a los pecadores” y los vuelve justos.*

***Dios ha sido bueno
con la humanidad
a lo largo de su
historia.***

¿Qué es pecado? Cuando el salmista David escribe: “Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos...” (Salmo 51:4), nos ofrece una clásica definición de que el pecado es fundamentalmente un acto de oposición a la voluntad de Dios. Además, la Biblia afirma que “el pecado es transgresión de la ley” (1 Juan

***Cuando creas que
te falta el amor de
los demás, recuerda
que Dios te sigue
amando.***

3:4), y es la falta del que “sabe hacer el bien y no lo hace” (Santiago 4:17), y que “todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23, RVR). En términos amplios, pecado es cualquier desviación de la voluntad conocida de Dios, ya sea al descuidar lo que ha mandado explícitamente, o al hacer lo que ha prohibido específicamente.

Lamentablemente, tú y yo tampoco estamos libres del pecado, porque afectó a toda la humanidad. La pecaminosidad es un fenómeno universal, “...pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios”, dice el apóstol San Pablo (Romanos 3:23). El pecado controla e involucra tanto nuestros pensamientos como nuestras acciones. Sus efectos son terribles.

Felizmente, el pecado tiene solución. El antídoto contra el pecado y la culpa que produce es el perdón (S. Mateo 6:12), que genera una conciencia limpia y paz mental. Los evangelios afirman que Jesús está ansioso de conceder su perdón a los pecadores arrepentidos, y el poder necesario para cambiar nuestros pensamientos y nuestro estilo de vida (ver 2 Corintios 5:17).

La gran parábola

El hijo ingrato se fue lejos del hogar. Pero antes pidió a su padre la herencia que, según su mente egoísta, le correspondía legalmente. Y el padre le dio lo que el muchacho pretendía.

Con todo el dinero recibido, el *nuevo rico* se fue con su desamor y su soberbia a una provincia lejana. Allí, durante un tiempo, alternó con amigos libertinos y vivió alucinado con el placer del pecado. Pero esa conducta extraviada le fue consumiendo su dinero, hasta perderlo todo. Y cuando perdió su dinero, perdió también a sus amigos, y se puso a buscar un trabajo, al menos para ganarse la comida.

Al muchacho no le fue fácil encontrar trabajo. Por fin aceptó la indeseada tarea de cuidar cerdos en un chiquero. Pero allí ni siquiera lograba alimentarse con la comida de los puercos. Solo, angustiado y hambriento, se sintió indigno y miserable.

Entonces, en semejante condición de carencia total, el joven “*por fin recapacitó*”, y pensó: “¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me mue-

ro de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: *Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros*" (S. Lucas 15:17-21).

Y así, con su alma humillada, sin pretensiones y reconociendo su error de hijo rebelde, el muchacho abandonó el sucio chiquero y emprendió el camino de retorno a su hogar. No llevaba consigo más que harapos y vergüenza. Su culpa lo carcomía, pero su genuino arrepentimiento le abría la esperanza de ser perdonado. Duro y lento fue ese camino de regreso... Con grandes incógnitas: "¿Me perdonará mi papá? ¿Me aceptará de nuevo en la casa? ¿Y si no me recibe?"...

Pero el padre conservaba un amor entrañable por su hijo. Y cuando lo vio a la distancia, fue corriendo hacia él, lo abrazó y lo besó. ¡Un encuentro conmovedor! El hijo fue ampliamente perdonado, y se organizó una gran fiesta de bienvenida y reconciliación. El padre exclamó con gozo: *"Este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado"* (S. Lucas 15:24).

Esta tierna historia es una semblanza del maravilloso amor de Dios en favor de sus hijos. No importa cuánto nos rebelemos contra Dios, o cuán disipada llegue a ser nuestra conducta, el Padre nos sigue amando y ofreciendo su perdón. *No hay límite para el generoso amor de Dios*. Él nos ama aunque no lo amemos; nos perdona aunque no lo merezcamos; nos llama aunque no respondamos. Quiere cambiarnos aunque no se lo pidamos; quiere salvarnos aunque no valoremos el costo infinito de nuestra salvación...

Así de profundo y abnegado es el amor del Padre hacia nosotros. Se deleita cuando estamos con él, y modela nuestro carácter para seguir estando a su lado por la eternidad. Cuando creas que te falta el amor de los demás, recuerda que Dios te sigue amando tiernamente. Así como el padre recibió con tanto cariño a su hijo pródigo, así nuestro Padre celestial nos abre sus brazos para rodearnos con su amor inefable. ¿Lo sabías?

Pero esto no es todo. Hay mucho más para ver y pensar. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. EL MARAVILLOSO AMOR DE DIOS POR EL MUNDO FUE EXPRESADO EN SU GRAN DON: JESÚS (S. JUAN 3:16).
2. JESÚS, REPRESENTANDO AL PADRE, ERA AMIGO DE LOS PECADORES Y VINO PARA SALVARLOS Y TRANSFORMARLOS (S. LUCAS 19:10).
3. NO HAY LÍMITES PARA EL GENEROSO AMOR DE DIOS (ROMANOS 5:8).

El Maestro de la esperanza

Nunca existió un maestro como Jesús. Él enseñaba verdades de valor permanente que hasta hoy sorprenden por su vigencia. Su palabra era constructiva y llena de esperanza. No sólo instruía, sino que también mostraba el modo de vivir mejor.

La enseñanza de Jesús no consistía en opiniones, conjeturas, suposiciones o ideas tomadas de otros pensadores. No repitió los discutibles conceptos religiosos o filosóficos que prevalecían en sus días. Enseñaba con acierto y autoridad, *y la gente se sentía mejor después de escucharlo*. Nunca pronunció un error ni se apartó de la verdad más pura.

Hablando de Jesús como Maestro, el escritor incrédulo Lecky no pudo menos que decir: “Tres cortos años han tenido más influencia para templar y regenerar a la humanidad que todas las disquisiciones de los filósofos y todas las exhortaciones de los moralistas”. *¡Cuánto necesitamos aprender del divino Maestro!* ¡Él desea que seamos alumnos en su escuela de amor y de verdad!

Modeló a sus discípulos

Llegó la hora cuando el Maestro comenzó a formar al grupo de sus discípulos. Pedro, Andrés, Juan y Santiago habían sido pescadores, y aceptaron enseguida la invitación de seguir a Jesús (S. Mateo 4:18–22). Mateo había sido publicano (cobrador de impuestos), y él también aceptó en el acto la invitación de Jesús (9:9). Y seguramente los otros discípulos habrán sido personas ocupadas a quienes el Señor les extendió la misma invitación, seguida de igual respuesta.

Pero, llamativamente, ninguno del grupo se destacó en un comienzo por la bondad de su carácter. Juan y Santiago eran por naturaleza reaccionarios y vengativos. Tanto, que se los llamaba “hijos del trueno” (S. Marcos 3:17) por causa de su modalidad iracunda. Pedro era reconocido en el grupo por sus frecuentes arrebatos. Tomás era vacilante y necesitaba tiempo para creer.

Todos los discípulos eran ambiciosos y pretendían egoístamente el mejor cargo, la mejor posición. Sin embargo, el Maestro vio en ellos grandes posibilidades de trans-

formación. No los vio como eran, sino como podrían llegar a ser tocados por su gracia y su constante orientación. ¡Así, comprensivamente, nos ve hoy a ti y a mí!: con amor y deseo de renovarnos con su amistad...

Junto al Señor los discípulos fueron cambiando. Día tras día aprendieron de la enseñanza y el ejemplo de su Maestro. La influencia que él ejerció sobre ellos fue tan grande que, aun años después, sus enemigos, “al ver la osadía con que hablaban Pedro y Juan, y al darse cuenta de que eran gente sin estudios ni preparación, quedaron asombrados y *reconocieron que habían estado con Jesús*” (Hechos 4:13). La corta permanencia junto al Maestro había cambiado la vida de los discípulos, y hasta su modo de hablar y reaccionar. El cambio era genuino porque “habían estado con Jesús”.

El Maestro conserva actualmente el mismo poder. Y así como transformó a sus discípulos de ayer, así hoy quiere transformarnos a ti y a mí. Sea cual fuere tu debilidad, tu tendencia o tu caída, él quiere influir en tu vida y darte un rumbo mejor. No importa cuál sea tu origen o cuáles sean tus antecedentes, el Señor te invita a ser una persona renovada y feliz, con una nueva esperanza.

Así como llamó a Andrés, a Pedro, a Juan y a sus amigos, Jesús nos llama para que seamos sus seguidores. Un discípulo es alguien que acompaña a su maestro para aprender de él en la práctica, y después transmitir su filosofía y sus enseñanzas a otros. Jesús desea hoy que tú vivas con él, que incorpores sus enseñanzas a tu vida y que las transmitas a otros.

Soportó al traidor

Entre los Doce había un discípulo traidor: Judas. Y aunque él aparentaba lealtad a Jesús, sólo buscaba la conveniencia de su corazón egoísta. Al parecer fue él quien pidió ser aceptado en el grupo. Y Jesús, en lugar de rechazarlo, se limitó a decirle: “*Las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos... pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza*” (S. Mateo 8:19, 20). Con lo cual el Maestro le insinuó delicadamente que no lograría ventajas económicas por seguirlo, pues su obra era de índole espiritual, no material.

Judas fue aceptado. Recibió el mejor trato de su Maestro, quien lo toleró sin ningún reproche. Y en la última cena del grupo, cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos, también se los lavó a Judas. Ni siquiera frente a ese gesto enternecedor Judas se quebró. Siguió adelante con su plan traidor, y esa misma noche le dio a Jesús el beso

***Para gozar de
una vida distinta
y mejor debes
acercarte a Jesús
con fe.***

abominable de la entrega. Como única reacción, el Maestro le dijo: “Amigo... ¿a qué vienes?” (S. Mateo 26:50).

Judas vivió aparentando. Pero su hipocresía y su simulación no durarían mucho tiempo. El que amaba tanto el dinero pretendió realizar su mejor negocio vendiendo a Jesús por 30 miserables monedas de plata, *¡el precio de un esclavo en ese tiempo!* Pero su “negocio” se volvió contra él. Tan en contra de él que terminó quitándose la vida. De nada le sirvió su traición, ni ese vil dinero que tardíamente devolvió.

¡Cuántas oportunidades habrá tenido Judas de abandonar su diabólico plan! Pero

***La tentación es
una estrategia
para desviar a
las personas de
Dios y del camino
correcto.***

la codicia fue su perdición. Pareció olvidar todas las enseñanzas de Jesús que condenaban el espíritu materialista de los hombres (S. Lucas 9:25; 12:15-21; S. Mateo 6:19-21). Desoyó los llamados a su conciencia provenientes de Dios. No le importaron las muchas miradas y palabras dirigidas a su corazón, por el propio Maestro, para desviarlo de su infame traición.

Pero si aborrecible fue la acción del traidor, noble y admirable fue la actitud de Jesús. Es conmovedor saber que el Maestro fue tan considerado con Judas. Hasta lo llamó “amigo” en el instante mismo de la traición. *¿No hay aquí un amor digno de alabanza y una mansedumbre digna de imitación?*

¡Cuántas oportunidades nos da el Señor para corregirnos de nuestros errores, y para abandonar nuestras maldades! Él desea ayudarnos para tal fin. Obra en nuestro corazón, y nos da la voluntad para vivir con integridad y transparencia.

Amistad incomparable

El predicador había terminado de presentar su conferencia religiosa ante un numeroso público en la ciudad de París. A la salida, uno de los concurrentes se acercó al orador y le dijo: “Podré olvidar casi todo lo que usted ha dicho, menos la esencia de sus palabras: *‘Para mí, la religión cristiana consiste en que Jesús y yo somos amigos’*”.

Jesús supera por lejos al mejor amigo. Él tiene la incomparable capacidad de comprendernos a cada uno individualmente. Tomó la naturaleza humana para identificarse con nuestras necesidades. Él puede comprender al que no tiene para comer, porque él mismo careció de alimento durante 40 días seguidos (S. Mateo 4:2). Simpatiza con el sediento en el desierto, porque él mismo tuvo sed (S. Juan 19:28). Entiende al que duerme profundamente por causa del cansancio, porque él mismo pasó por esa experiencia (S. Mateo 8:24).

No hay situación –por extraña o desagradable que sea– que Jesús no la haya vivido. Se cansó en el camino (S. Juan 4:6); lloró de dolor (11:35); y también llegó a decir: “Es tal la angustia que me invade, que me siento morir” (S. Mateo 26:38).

Estos pocos datos, ofrecidos por los propios discípulos que convivieron con Jesús, nos muestran la plena humanidad del Maestro. Nos revelan que él fue semejante a nosotros (Hebreos 2:17; 4:15). Esto nos permite sentirlo más cercano, más capacitado para ponerse en nuestro lugar y mejor dispuesto para aliviar nuestras cargas.

Piensa en cualquier motivo que hoy estuviera afligiendo tu alma, y recuerda que Jesús ya probó antes esa misma copa de aflicción. ¿Quién mejor que él, entonces, para comprendernos y socorrernos en la hora de la prueba?

Maestro ejemplar

La conducta de Jesús fue pura y perfecta. La Escritura declara que Jesús fue *“tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado”* (Hebreos 4:15). No hay aspecto, en su carácter, en el cual haya flaqueado o fallado. ¿Por quién fue tentado Jesús? Por su enemigo, Satanás.

¿Cuándo y cómo se originó ese conflicto entre Cristo y Satanás? La Biblia afirma que Lucifer, el “lucero de la mañana”, residía en la presencia de Dios (Isaías 14:12). Se dice de él: “Eras un modelo de perfección, lleno de sabiduría y de hermosura perfecta... Desde el día en que fuiste creado tu conducta fue irreprochable, hasta que la maldad halló cabida en ti” (Ezequiel 28:12, 15). A partir de allí, Satanás se dedicó a generar una rebelión (Apocalipsis 12:4). La paz del universo fue quebrantada, y “se desató entonces una guerra en el cielo” (12:7). Como resultado del conflicto celestial, Satanás, “junto con sus ángeles, fue arrojado a la tierra” (12:9).

Después que Satanás fuera expulsado del cielo, se dedicó a extender su rebelión a nuestro mundo. Así logró socavar la confianza que Adán y Eva, la primera pareja creada, tenían en su Creador (Génesis 3:5), induciéndolos a desobedecer el mandato de Dios. Al seducir a Adán y a Eva, y hacerlos pecar, Satanás les arrebató su dominio sobre el mundo, afirmando ahora ser “el príncipe de este mundo”.

Las tentaciones que Cristo debió afrontar durante su ministerio aquí en la Tierra revelaron cuán seria es la controversia acerca de la obediencia y la entrega de la voluntad a Dios. En el desierto, después que Cristo hubo ayunado 40 días, Satanás lo tentó a transformar las piedras en pan para probar que era el Hijo de Dios (S. Mateo 4:3). Así como Satanás había tentado a Eva en el Edén, haciéndola dudar de la Palabra de Dios, también procuró hacer que Cristo dudara de la validez de lo que Dios había dicho en ocasión de su bautismo: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él” (3:17).

Pero la mayor prioridad de Cristo era vivir por la palabra de su Padre. A pesar de su gran necesidad de alimento, respondió a la tentación de Satanás diciendo: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (S. Mateo 4:4).

De esta manera, Jesús nunca fue vencido por la tentación (S. Mateo 4:1-11). San Pedro afirma que Jesús “*no cometi6 ningún pecado, ni hubo engaño en su boca*” (1 S. Pedro 2:22). En su estrecha relación con el Maestro, el discípulo tuvo sobrada oportunidad para observar las acciones y las reacciones de su Señor. Y en ninguna de ellas encontró una falta o siquiera una equivocación. Por eso nos dice que *Jesús nos dejó ejemplo para que sigamos “sus pasos”* (2:21).

***Confía en el Señor,
acércate a él por fe y
pídele “el pan” para
tu alma.***

Jesús fue tentado mucho más intensamente que nosotros; sin embargo, venció. A pesar de los ataques del enemigo, no fracasó. La tentación es una estrategia que Satanás utiliza para alcanzar su objetivo de desviar a las personas de Dios y del camino correcto. La buena noticia es que, si resistimos por medio del poder de Dios, el enemigo huye. Así dice Santiago: “...

sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes” (Santiago 4:7). Así como Jesús venció al enemigo, nosotros también podemos vencerlo. Dios nos dará poder para hacerlo si sometemos nuestra vida a él. No podemos luchar solos.

San Pablo, señalando la abnegación, la humildad y la obediencia de Jesús, aconseja: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*” (Filipenses 2:5, RVR). ¡“Sentir” como él es vivir como él! Tal es el ideal y la meta del verdadero seguidor de Cristo.

Así procuró vivir una mujer cristiana ante la vista de su marido, quien se jactaba de ser ateo. El hombre se burlaba de la fe de su esposa y hasta se oponía a que ella asistiera a la iglesia. En el hogar no había paz ni alegría. Y mientras el esposo pregonaba la supuesta superioridad de su ateísmo, su mujer procuraba vivir con la mayor piedad posible.

Pero llegó el día cuando el hombre hizo esta confesión: “Durante mucho tiempo leí diversos libros a favor del cristianismo, y ninguno de ellos me ha convencido. Pero últimamente he tenido un libro abierto en mi hogar que no he podido refutar. *Ese libro es la conducta ejemplar de mi esposa*”.

¿Qué había hecho esta mujer, sino imitar la conducta de su Señor? Y al seguir así el ejemplo de Jesús, reveló la fuerza de la fe cristiana y venció la incredulidad de su marido. ¡Qué gran desafío para todo creyente! *¡Seguir las pisadas del Maestro y vivir como él vivió!* Esto significa llevar a Cristo en el corazón...

Además de Maestro...

Como ningún otro, el discípulo Juan recuerda algunas de las frases más descriptivas que Jesús utilizó para referirse a sí mismo. En todos los casos estas frases comienzan con las palabras *"Yo soy"*. No *"Yo tengo"*, *"Yo hago"*, *"Yo puedo"*, sino *"Yo soy"*, para indicar la esencia misma de su carácter y la obra trascendente que había venido a cumplir. Veamos estas frases:

1. *"Yo soy el pan de vida"* (S. Juan 6:35). Curiosamente, Jesús repite estas palabras en los versículos 48 y 51; sin duda, para destacar su anhelo de alimentar el hambriento corazón del ser humano. En aquellos días, como hoy en los nuestros, había mucha gente con hambre espiritual que no sabía cómo llenar su alma vacía. Y la magnífica declaración de Jesús fue una respuesta a esa necesidad tan honda como generalizada.

2. *"Yo soy la luz del mundo"* (S. Juan 8:12). ¿Qué otra cosa mejor que la luz para despejar la oscuridad? Y cuando es el corazón el que está oscuro, la luz que brota de Jesús aleja las tinieblas y da brillo a la vida. El que en un principio dijo *"Sea la luz"*, y existió la luz, tiene sobrado poder para eliminar las sombras, las angustias y los pesares de nuestra alma. ¡Recuerda esto para tus horas de necesidad espiritual!

3. *"Yo soy la puerta"* (S. Juan 10:7, 9). Jesús es la puerta de entrada al reino de Dios. Es también la puerta abierta por la cual podemos pasar, para conocer las delicias del amor, el gozo y la paz de Dios. La vida puede cerrarnos muchas puertas, pero Jesús nos franquea amigablemente su puerta, para asegurar nuestra redención. ¡Avanza por ella! ¡Está abierta para ti!

4. *"Yo soy el buen pastor"* (S. Juan 10:11, 14). Esta expresión alude al divino Pastor, quien con amor cuida y apacienta a sus ovejas. Y las "ovejas" somos tú y yo, que recibimos la protección y la bendición del Pastor. Cuando nuestras fuerzas decaen, o la inseguridad nos aflige, Jesús se acerca hasta nosotros para fortalecer nuestro corazón. ¡Nuestro lugar más seguro es siempre junto a él!

5. *"Yo soy la resurrección y la vida"* (S. Juan 11:25). Ante el dolor de la muerte, el Señor nos consuela y se presenta como la Fuente de la vida. Nos asegura la gloriosa resurrección y la eternidad en su reino. Él venció la muerte, y su tumba quedó vacía. Esa misma es la victoria que ofrece a quien lo acepta, por fe, como su Salvador. ¡Gracias a él, la muerte es un enemigo vencido!

6. *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"* (S. Juan 14:6). Jesús sigue manteniendo vigentes estas palabras. Él es el *camino* para no perder el rumbo o cuando nos extraviámos en la maraña de la vida. Es la *verdad* que nos hace justos y nos ayuda a rechazar toda forma de engaño, mentira y error. Es la *vida* divina, la vida que nos hace felices y salvos para siempre. ¡Transita ese *Camino*, practica esa *Verdad* y acepta esa *Vida* en la intimidad de tu corazón!

7. ***“Yo soy la vid verdadera... y ustedes son las ramas”*** (S. Juan 15:1, 5). La vid era una planta importante y muy apreciada en Palestina. Jesús se compara con ella para destacar su relación con nosotros. Él es la planta (con la raíz, tronco y ramas), y nosotros las “ramas”, de las cuales penderán los racimos que dará el fruto de nuestra conexión con él. ¿Cuál es tu relación espiritual con Cristo? ¿Cuáles son los frutos de tu fidelidad a él?

La victoria es posible

El emperador romano Juliano el Apóstata (331–363 d.C.) abandonó el cristianismo, en el cual había sido criado, e hizo vanos intentos para restablecer el paganismo en todo el Imperio. Desató atroces persecuciones contra los cristianos. Y después de derramar tanta sangre inocente, cierta vez le preguntó con tono desafiante a un cristiano: “Y ahora ¿qué hace el Carpintero de Nazaret?” Y el cristiano le contestó suavemente: “Está cortando la madera para hacer tu ataúd”.

Estas fatídicas palabras se cumplían poco tiempo más tarde, mientras Juliano agonizaba en el campo de batalla contra los persas. Entonces, según se dice, viendo que su vida se agotaba, tomó un poco de su propia sangre y, arrojándola al cielo, gritó desesperadamente: “¡Venciste, Galileo!”

Jesús siempre ha vencido. ¡No hay mayor vencedor que él! Todos sus enemigos han fracasado. Y lo admirable es que *él comparte su victoria con nosotros*. Si bien vivimos en el mundo, podemos llegar a no ser de este mundo. Por eso Jesús rogó ante el Padre por todos los que creerían en él y lo aceptarían: “No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno” (S. Juan 17:15). La Biblia enseña que Satanás es “el príncipe de este mundo” (16:11), pero Jesús afirmó: “En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo” (16:33). Así, Dios “nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57). Él suple nuestras necesidades, atiende nuestras flaquezas y nos hace vencedores sobre el mal. Es nuestro poderoso Defensor y Redentor (Hebreos 2:18).

Pero esto no es todo. Resta mucho por decir y recordar. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. JESÚS FUE EL MAYOR MAESTRO QUE JAMÁS HAYA PASADO POR EL PLANETA.
HABLABA CON AUTORIDAD DIVINA (S. MATEO 7:28, 29).
2. AUN HOY JESÚS NOS LLAMA A SER SUS DISCÍPULOS (S. MATEO 16:24, 25).
3. JESÚS ES EL ÚNICO CAMINO A DIOS (S. JUAN 14:6).

Palabras de esperanza

Jesús fue un ejemplo admirable de sabia comunicación. Su palabra era atractiva y convincente. Abordaba temas prácticos y trascendentes con un lenguaje que la gente podía entender. Utilizaba los términos simples del pueblo para presentar las verdades más profundas.

En el vocabulario habitual del Maestro aparecían palabras tales como *pan, agua, levadura, sal, aceite, fuego, luz, semilla, siembra, cosecha, trabajo, descanso*... Y con su hablar familiar guiaba la mente de sus oyentes de lo conocido a lo desconocido, de lo material a lo espiritual, de lo temporal a lo eterno... Así calmaba Jesús la sed interior de quienes lo escuchaban y sembraba esperanza en sus corazones.

Una palabra cálida y segura

Las multitudes escuchaban con avidez la voz clara y sonora del Señor. Venían de lejos para escucharlo. La gente no quería perderse ninguna de las palabras que fluían de sus labios. Sus notables parábolas inculcaban enseñanzas que los oyentes seguían recordando y comentando entre sí.

Era tanta la gente que deseaba escuchar a Jesús que no siempre era fácil encontrar un sitio adecuado para ubicar a la muchedumbre. Por eso, cierta vez, cuando el espacio resultó insuficiente, el Señor “tuvo que subir a una barca donde se sentó mientras toda la gente estaba de pie en la orilla” (S. Mateo 13:2). Y cuando el Maestro presentó su singular Sermón de la Montaña debió hacerlo así –desde un monte– para comunicarse mejor con el numeroso público reunido (5:1).

Jesús hablaba con autoridad, certeza y convicción. Nunca dijo: “Tengo la impresión de que”... “Me parece que”... “Es probable que”... “Habría que investigar mejor este tema”... Por el contrario, su enseñanza era segura, y no dejaba lugar a la duda. A menudo decía: “Te aseguro”... “De cierto, te digo”... Las palabras del Maestro tenían peso propio, el peso de la verdad, el peso de su divinidad.

La gente *“se asombraba de su enseñanza, porque la impartía como quien tiene autoridad y*

no como los maestros de la ley" (S. Marcos 1:22). Esto molestaba en gran manera a la dirigencia religiosa. Al extremo de que "Los fariseos... junto con los jefes de los sacerdotes mandaron unos guardias del templo para arrestarlo" (S. Juan 7:32). Y, cuando estos "servidores" regresaron sin Jesús, la pregunta airada fue: "*¿Se puede saber por qué no lo han traído?*" La notable respuesta fue: "*¡Nunca nadie ha hablado como ese hombre!*" (7:45, 46).

Tan fascinados habían quedado estos agentes del mal ante la prédica del Maestro, que simplemente no pudieron prenderlo. La palabra de Cristo les habló a su corazón. Fueron tocados por ella, y terminaron desarmados en su intento de maldad.

La sabiduría espiritual de Jesús provenía directamente de Dios, pero estaba profundamente anclada en el Antiguo Testamento, la Biblia hebrea usada por los judíos en sus días. Jesús tenía un profundo respeto por las Escrituras. Él las consideraba la palabra inspirada de Dios y las citaba en todos los casos. Su mensaje estaba impregnado de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Más todavía: Cristo sabía que él era el centro de la Biblia. Por eso dijo a los líderes judíos: "Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida

Demos a Jesús el primer lugar en nuestra vida, y él nos colmará de bendiciones.

eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor!" (S. Juan 5:39).

Los discípulos y apóstoles de Cristo no solamente consideraban el Antiguo Testamento como la palabra revelada de Dios, sino que también legaron a la iglesia y al mundo un nuevo cuerpo de escritos sagrados: el Nuevo Testamento. Ellos registraron las palabras y los hechos de Jesús en los evangelios, y escribieron cartas y libros que fueron reconocidos como inspirados. La combinación de estos escritos nuevos y antiguos dio origen al libro sagrado de los cristianos, y se transformó en la obra más vendida e influyente de la historia.

Sin embargo, para la visión de los escritores bíblicos, las Sagradas Escrituras no son solamente un gran *best seller* mundial. Se trata de la auténtica revelación de la verdad divina. Según el apóstol San Pedro, "...los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo" (2 S. Pedro 1:21). Ellos escribieron con sus propias palabras de acuerdo con su estilo y su cultura; pero, con todo, sus escritos son el testimonio de Dios. La afirmación del apóstol Pablo de que "toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar..." (2 Timoteo 3:16) refleja el alto concepto que la Biblia gozaba entre los primeros cristianos. La palabra griega *theópnustos*, traducida como "inspirada por Dios", significa "soplada o insuflada por Dios". Por ser de origen divino, la Biblia tiene un asombroso poder para transformar la vida.

Al mismo tiempo lector y personaje central de las Escrituras, Jesús se ha encontrado con millones de lectores a través de sus páginas. Tú también puedes encontrarlo por medio de la Biblia.

Su palabra hoy

Hasta hoy, las palabras de Cristo tienen el mismo efecto. Podrá mostrarse hostilidad hacia ellas. Hasta podrá negarse su valor y vigencia. Pero, cuando se las escucha o se las estudia con sinceridad, el corazón se enternece y la vida se transforma. Desaparece el desprecio inicial hacia la palabra divina y nace el amor por ella.

Haz la prueba. Cuando tengas dudas, o tu alma carezca de fe; cuando un problema te quebrante, y pierdas tus fuerzas; cuando el desánimo te robe la esperanza, o pienses que tu causa está perdida; *¡haz la prueba!* Lee reflexivamente, en los evangelios, una porción de las palabras de Jesús, y ellas tocarán de tal manera tu corazón que tus sombras desaparecerán.

Con razón se nos dice que “la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Y San Pablo afirma: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Timoteo 3:16).

El salmista David expresa: “Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero” (Salmo 119:105). Isaías también señala: “La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre” (Isaías 40:8).

El mismo Maestro que ayer conmovió con su palabra hablada a las multitudes, hoy puede, con su Palabra escrita, conmover tu alma y llenarte de fe, paz y bienestar. ¡Atesora las palabras del Señor en tu corazón, y ellas llevarán nueva vida a tu ser!

Dos posibles actitudes

“No vayas a bañarte en esa laguna; sus aguas son muy peligrosas. ¡Hay muchos remolinos!” Así le aconsejaba una buena madre a su hijo único, un muchacho de 19 años. Y como respuesta al insistente pedido de su madre dijo: “Mamá, sólo por esta vez. Te prometo que no voy a ir más”.

Efectivamente, esa fue la última vez. Porque uno de los temibles remolinos de aquella laguna arrastró al muchacho de tal manera que ninguno de sus compañeros pudo socorrerlo. El hijo querido fue, pero no regresó como esperaba. Haber desoído el pedido reiterado de su madre le costó la vida.

Frente a las palabras de Cristo puede ocurrir algo parecido. Si seguimos su sabio

consejo, invariablemente nos irá bien. Pero de lo contrario el resultado será inevitable, como enseñó Jesús en su lección de “los dos cimientos”.

Allí él destacó que el que *practica* sus palabras es similar al hombre prudente que edificó su casa sobre la roca, y que permaneció en pie a pesar de la lluvia, los torrentes y los vientos que dieron contra ella. En cambio, el que oye las palabras amantes del Maestro pero *no las practica* es tan insensato como el hombre que construyó su casa sobre la arena. Con semejante fundamento, la casa se vino abajo cuando la lluvia y los vientos dieron contra ella (S. Mateo 7:24-27).

El primero de estos dos hombres *actuó con cordura*. Supo cómo obrar, y obró en consecuencia. Y su actitud es digna de ser imitada. Es importante saber lo que es bueno, pero esto no es suficiente. La virtud consiste en *practicar* lo bueno que conocemos. Por eso Jesús nos dice: *Sé sincero y obediente; acepta mis palabras de amor, y llévalas a la práctica para recibir la bendición divina*. Además nos recuerda: “*El que me ama, obedecerá mi palabra...*” (S. Juan 14:23).

Palabra creadora

Con la misma palabra poderosa que usó para enseñar, el Señor también creó el mundo natural que nos rodea. Toda la creación es obra suya. Él es el Creador, y no hay poder capaz de competir con él. Suyo es el poder que mantiene a los astros flotando en el espacio infinito. Y suyos son también los complejos misterios de la naturaleza que, con toda su ciencia, el hombre no puede entender.

Con sólo dar la orden, el Señor trajo a la existencia la hierba que tapiza la tierra, las nubes que adornan el cielo, los animales que acompañan al hombre y los dilatados mares que alternan con los continentes. Así lo declara el salmista: “*Por la palabra del Señor fueron creados los cielos, y por el sople de su boca las estrellas... porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme*” (Salmo 33:6, 9). “*Tuyo es el cielo, y tuya la tierra; tú fundaste el mundo y todo lo que contiene*” (89:11).

Actualmente muchos científicos ignoran a Dios e intentan explicar todo en términos materialistas, en contra de los grandes pioneros de la ciencia moderna, como Kepler, Boyle, Newton, Pascal y Linneo, que creían en un Dios activo en la naturaleza y lo incorporaban en sus explicaciones. En un reciente libro, titulado *La ciencia descubre a Dios*, el Dr. Ariel Roth desafía esta postura secular. Según él, el avance reciente de la ciencia hace muy difícil pensar que la precisión y la complejidad observadas en el universo surgieron por casualidad.

En su libro, el Dr. Roth presenta siete líneas de evidencias científicas que indican la existencia y la actuación de Dios: la complejidad de los átomos, la precisión extrema de las fuerzas físicas, el origen de la vida, la gran complejidad de las estructuras

biológicas (como el ojo, por ejemplo), la insuperable improbabilidad de que la evolución haya ocurrido en el tiempo geológico, las lagunas en los registros fósiles y el origen de la mente humana. Todos estos factores exigen un Creador muy perceptivo para formular la exactitud y la complejidad que la ciencia ha descubierto.¹⁰

De hecho, desde los miles de millones de galaxias, con su tamaño inconmensurable, hasta la ínfima pequeñez del átomo y de la molécula, todo –sin excepción– fue creado por el supremo Creador del universo, *y también lo fue el ser humano*. Tú y yo somos parte de su creación. Nos hizo a su imagen y semejanza (Génesis 1:26, 27). *Y ese infinito y eterno Creador es también nuestro Señor*. ¡Le pertenecemos! ¿No te parece grandioso este sentido de pertenencia y de amistad que podemos mantener con Cristo?

Pero esto no es todo. Como Creador, el Señor nos renueva la vida cada día. Como nuestro Padre, nos rodea siempre con su amor y protección. Nos da el estímulo y la certeza de su constante compañía. ¡Con él nunca estamos solos ni desvalidos! ¡A su lado no hay tristeza, aburrimiento ni desgano! ¡Únicamente hay gozo y vida radiante!

Vida nueva

Era el hombre más despreciado de su pueblo. Su vida disipada le había ganado el rechazo de toda la gente. Hasta que, un día, un creyente se acercó al pobre desdichado y le habló suavemente al corazón. Luego lo invitó a poner su esperanza en Cristo. Pero el hombre respondió:

–Yo sé que debería hacerme cristiano, pero no puedo; me es imposible.

–Mire que para Dios no hay nada imposible –repuso el creyente–. ¿Qué motivos tendría usted para no aceptar a Cristo?

–El principal motivo –respondió el hombre– es que no soy lo suficientemente bueno para ser un cristiano.

–¡Esa es precisamente la mayor razón para que usted se anime a ser un cristiano de bien! –replicó el creyente–. No porque usted sea bueno ahora, sino porque Jesús lo transformará y lo hará una persona nueva.

Y, tras el breve diálogo, el hombre le abrió su corazón a Cristo, lo aceptó como su Redentor, y terminó siendo una persona transformada y bien vista por los demás habitantes de su pueblo.

Jesús busca y acepta amigablemente a todos los pecadores de la Tierra. Ninguno queda fuera de su gran corazón. Y así como les ofrece una vida mejor a los que se

¹⁰ Ver Ariel A. Roth, *La ciencia descubre a Dios* (Madrid: Safeliz, 2009).

creen buenos sin serlo, así también se la ofrece a los malos, por más incapaces que ellos se sientan para cambiar.

No quites tu vista de él

El sabio consejo de la Santa Escritura dice: *“Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe... Así, pues, consideren a aquel que perseveró... para que no se cansen ni pierdan el ánimo”* (Hebreos 12:2, 3).

Este valioso consejo práctico nos invita a concentrar la *mirada*, la *mente* y la *conducta* en nuestro supremo Ejemplo. ¿Para qué? Para vencer el mal, para crecer en la fe y para conservar el buen ánimo sin desmayar. *Esta clase de fortaleza espiritual sólo proviene de Cristo*. La psicología no la puede dar, ni tampoco el mero esfuerzo humanista que deja de lado a Dios.

Leonardo da Vinci trabajó durante varios años para pintar su célebre obra “La última cena”. Puso cuidadosa atención en cada detalle de los discípulos alrededor de la mesa, en el cáliz y, por supuesto, en el rostro de Jesús.

Cuando la obra quedó terminada, Leonardo invitó a uno de sus amigos para que la observara. El amigo quedó maravillado y dijo con admiración: “¡Qué hermoso cáliz! ¡No puedo apartar mis ojos de él!” Entonces, como reacción, Leonardo tomó un pincel y, ante el horror de su amigo, cubrió el cáliz con pintura y exclamó que *ninguna parte de la obra debía atraer más que el rostro de Jesús*. ¡Qué exclamación acertada y apllicable al terreno del espíritu!

¿En qué concentras más tu atención y tu mirada? ¿Cuán fácilmente podemos admirar las cosas secundarias y superficiales de la vida y dejar de apreciar lo esencial que procede del Señor! ¿Es que podría existir algo más valioso que una buena relación con Cristo y su amor hacia nosotros?

Pero esto no es todo. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. LA BIBLIA ES LA REVELACIÓN DE LAS VERDADES DIVINAS PARA LA HUMANIDAD (2 S. PEDRO 1:20, 21).
2. LA BIBLIA FUE ESCRITA CON EL PROPÓSITO PRÁCTICO DE AYUDARNOS A VIVIR MEJOR (2 TIMOTEO 3:16).
3. AL ESTUDIAR LA BIBLIA TENEMOS UN ENCUENTRO CON JESÚS, QUIEN ES SU PERSONAJE CENTRAL (S. JUAN 5:39).

Valores eternos

Si Jesús nos conmueve con sus tiernas parábolas, también nos instruye con sus clases magistrales. Recordemos algunas de ellas, en las cuales el Maestro destaca los valores superiores de la vida y los grandes principios que deberían regir nuestro comportamiento.

La grandeza del espíritu

Los discípulos habían estado discutiendo entre sí acerca de quién de ellos sería el mayor, el más importante, el más respetable. Entonces Jesús los llamó y les dijo: *“Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”* (S. Marcos 9:35).

No obstante, los discípulos Juan y Santiago parecieron no entender esta enseñanza. De ahí que poco después –ayudados por su madre– se dirigieran al Maestro para pedirle que, en su reino, los ubicara uno a su derecha y el otro a su izquierda. ¡Querían ser los primeros! Todavía no habían aprendido que, en el reino espiritual de Cristo, el que más vale es el que sirve con mayor dedicación, y no necesariamente el que tiene el cargo más elevado (S. Marcos 10:35-45; S. Mateo 20:20-28).

¡Cuánto nos agrada el mando, la importancia propia y el lugar más destacado para obtener el reconocimiento de los demás! Pero, a la vista del Altísimo, esto es indignidad y egoísmo, propio de seres inferiores. En la concepción divina, la consigna máxima es *servir* por amor, es *dar* por el bien ajeno, no importa el cargo o la posición que ocupemos. ¡Esto es lo que el Maestro enseña y lo que Dios bendice! Esta es una valiosa verdad “para recordar” y así asegurar la alegría de vivir.

Calmar la sed

Cierto día una mujer de Samaria fue a sacar agua del pozo. Y allí, sentado junto al pozo, se encontraba descansando Jesús. Cuando la mujer estaba por sacar el agua, el Señor le pidió: *“Dame un poco de agua”* (S. Juan 4:7). Extrañada ante tal pedido, que provenía de un forastero y judío, la mujer respondió: *“¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?”* (4:9).

Y así se inició el diálogo que tocaría la gran necesidad espiritual de la mujer. Jesús

comenzó pidiendo agua y concluyó ofreciéndose como el supremo Manantial de la vida. Dijo: *“El que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna”* (S. Juan 4:14).

Cuando la mujer entendió quién era realmente el que le decía estas palabras, dejó su cántaro junto al pozo y regresó eufórica a su aldea para contar lo que le había ocurrido. Las palabras del Maestro fueron impactantes, reveladoras y creíbles. Mostraron la verdadera condición moral de la mujer (S. Juan 4:16-19). Pero, especialmente, el Señor despertó en ella una nueva forma de vida. Y su vida transformada se extendió a todo el pueblo de Sicar, donde vivía la mujer.

¿Cuál es tu sed en esta hora? Por casualidad, como la mujer samaritana del pasado, ¿tienes sed de Dios? ¿Necesitas mejorar el rumbo de tu vida? O, al comprender cuán rápido vuelan los años, ¿tienes ansias de eternidad? ¿Hay algo en tu salud o en tu familia que no anda del todo bien? Acércate a Jesús mediante una simple oración silenciosa. Dile lo que te pasa, lo que anhelas, lo que bulle en la intimidad de tu alma... y él te dará el *agua* que apaga toda forma de sed. Tu encuentro con él te hará feliz y te dará plenitud espiritual.

Las grandes necesidades del espíritu sólo pueden ser atendidas en la compañía de Cristo. ¿Quién otro fuera de él podría colmar el corazón humano de tanta esperanza, paz y contentamiento?

La verdadera generosidad

Cierto día Jesús se detuvo a observar cómo la gente ofrendaba en el Templo. Y en medio de los ricos que entregaban abultadas ofrendas, “una viuda pobre llegó y echó dos moneditas de muy poco valor”. Ante este acto, el Maestro les hizo este comentario a sus discípulos: “Les aseguro que *esta viuda pobre ha echado en el tesoro más que todos los demás*. Estos dieron de lo que les sobraba; pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía, *todo su sustento*” (S. Marcos 12:41-44).

Ante Dios, lo que damos no vale tanto por la cantidad sino por el espíritu con que lo hacemos. Podemos dar lo que nos sobra, para halago de nuestro propio yo, para tranquilizar nuestra conciencia o para recibir el elogio del prójimo. Pero esta modalidad tan común, aunque pueda ser aprobada por la sociedad, es reprobada por Dios, quien valora solamente los motivos nobles de nuestras acciones.

Cuando des algo, dalo con amor, no como quien da la moneda que le molesta en el bolsillo. Aunque des poco, tal vez muy poco, si de veras das con desprendimiento, ese gesto tendrá la recompensa del Señor. En esto consiste la verdadera dadivosidad y la generosidad del corazón. ¡Si tuviéramos la abnegación de la viuda de antaño!... ¡Cuán diferente sería nuestro mundo!...

Nacer de nuevo

Aquí hay otra verdad “para recordar”. Jesús fue un comunicador modelo cuando hablaba a las multitudes. Pero no lo fue menos cuando hablaba personalmente con sus interlocutores. Así lo ilustra el diálogo memorable que el Maestro mantuvo con Nicodemo. Fue en el silencio y las sombras de la noche. Como príncipe religioso de la nación, Nicodemo percibía en Jesús al Enviado de Dios. Pero tenía algunas preguntas en su mente...

Con tales inquietudes, Nicodemo fue a ver al Señor. Y Jesús enseguida notó la necesidad espiritual de su visitante. Así que, obviando consideraciones de menor importancia, fue directamente al tema y le dijo: *“Quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”* (S. Juan 3:3). Y le siguió hablando sobre el renacimiento interior, hasta llegar a la verdad esencial de la “vida eterna” (3:16).

Con estas palabras Jesús impresionó tan profundamente el corazón de Nicodemo que allí, en medio de la noche, captó la luz divina que iba a iluminar su alma hasta el fin de sus días. Y tú, a veces, ¿tienes dudas en tu mente o te agobia alguna sombra espiritual? ¿Necesitas escuchar la voz orientadora del Altísimo para saber qué hacer en tu vida? ¡No vaciles! Haz lo mismo que hizo Nicodemo. Ve a Jesús con tus anhelos y con tus preguntas, y él te ofrecerá la respuesta salvadora.

Nicodemo comenzó con dudas e inseguridades, y terminó con respuestas y certezas. Aquella noche Nicodemo se convertía en un sincero seguidor de Cristo... La palabra poderosa y amigable del Maestro lo hizo un hombre nuevo.

El nuevo nacimiento implica un despertar a la vida espiritual, y la regeneración es el proceso creativo de Dios por el que la persona natural, incapaz de comprender o cumplir las cosas espirituales (1 Corintios 2:14-3:3), se convierte en una persona espiritual, que aprecia la Palabra de Dios y comienza a practicar esa forma de vida.

Teniendo en mente este nuevo principio operante en nuestra vida, el apóstol Pablo exhorta a los creyentes: “Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad” (ver Efesios 4:22-24).

Esta transformación sólo es posible cuando el poder vital del Espíritu Santo opera en nuestra vida. Este es un don que recibimos a través de Jesús. Por eso, la Biblia dice que, en su misericordia, Dios “...nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia sino por su misericordia. Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo, el cual fue derramado abundantemente sobre no-

sotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador” (Tito 3:5, 6). Además de salvarnos, Cristo envía el poder para transformarnos y hacer posible una nueva vida.

La Ley de amor

A menudo se habla sobre los Diez Mandamientos (Éxodo 20:3-17) como de un código moral que ha perdido su validez original. Muchos ya no creen en el contenido completo de este Decálogo divino. Otros afirman que Jesús lo cumplió por nosotros y que, por tanto, estamos eximidos de guardarlo. Sin embargo, el Maestro enseñó: “No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento”. Y añadió: “Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (S. Mateo 5:17, 18).

Si recordamos que los Diez Mandamientos fueron escritos *“por el dedo mismo de Dios”* (Éxodo 31:18) y no por hombre alguno, y si recordamos que *“la ley del Señor es perfecta: infunde nuevo aliento”* (Salmo 19:7), no queda margen para pensar en que esa admirable Ley de amor (S. Mateo 22:37-40) haya perdido su vigencia y relevancia. ¡Gracias a Dios porque su eterna Ley sigue en pie, y porque sus sabios preceptos defienden la vida, el amor, la familia, la pureza y la integridad en todas sus formas!

¿Cuántos de los Diez Mandamientos deberíamos guardar? ¿La mayoría de ellos, o todos? Sin duda, cuando la Biblia dice: “Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del Señor” (Salmo 119:1), está aludiendo a *todos* los Mandamientos. Por eso, el apóstol Santiago escribió: “Porque el que cumple con toda la ley pero falla en un solo punto ya es culpable de haberla quebrantado toda” (Santiago 2:10). ¡Qué privilegio y qué bendición tienen quienes procuran guardar la *totalidad* de la Ley de Dios, incluyendo el cuarto Mandamiento, que establece el séptimo día de la semana, o sábado, como el día de descanso para la felicidad de los hijos de Dios! Cuando Dios, en su omnisciencia y bondad, vio necesario crear este mundo y hacerlo en seis días, también tuvo a bien agregar un día más, un día de “descanso”, o “reposo”, para completar la semana de siete días. Ese día se hace aún más especial porque Jehová lo bendijo y lo santificó (Génesis 2:3). Cuando, por la gracia de Cristo, aceptamos el gozo del sábado y vivimos el gozo de observarlo, verdaderamente *llega a ser la corona de nuestra semana*.

Es evidente que, contrariamente a lo que muchas iglesias cristianas enseñan hoy, Jesús no vino para abolir la Ley o cambiar el día de adoración del sábado al domingo. Vino para cumplir la Ley y mostrar su verdadero sentido (S. Mateo 5:17). Si la Ley pudiese ser anulada, Jesús no habría necesitado morir en nuestro lugar.

El teólogo Alberto Timm explica: “La teoría de que la muerte de Cristo en la cruz

habría abolido el Decálogo es destituida de significado y termina por romper la relación tipológica entre el Santuario del antiguo pacto (terrestre) y el Santuario del nuevo pacto (celestial; Hebreos 9:1, 11). Si la aspersión de la sangre sobre el propiciatorio del Arca del Pacto, en el Santuario terrestre (Levítico 16:14, 15), no abolía la Ley que estaba contenida dentro de dicha arca (Éxodo 31:18; 40:20), entonces ¿por qué la sangre de Cristo debería abolir la ley contenida en el Arca del Pacto del Santuario celestial (Apocalipsis 11:19)?”¹¹

“Por tanto”, continúa el teólogo, “en las enseñanzas de Cristo encontramos la verdadera dimensión espiritual del Decálogo, libre de las tradiciones y ‘doctrinas que sólo son preceptos de hombres’ (S. Mateo 15:9; ver Isaías 29:13). Esta dimensión espiritual también abarca el cuarto mandamiento del Decálogo, que ordena la observancia del sábado del séptimo día (Éxodo 20:8-11)”.¹²

El sábado es un día de descanso, liberación, sanidad, restauración y esperanza. Por esta razón, Jesús hizo al menos siete milagros durante el sábado (ver S. Marcos 1:21-28; 1:29-31; 3:1-6; 9:1-41; S. Lucas 13:10-17; 14:1-6; S. Juan 5:1-15). A pesar de que los líderes judíos habían criticado al Maestro por sanar durante el sábado, “en todos los casos el punto de discusión no era la *validez* del sábado como día de reposo, sino la *forma* en que debería ser observado”.¹³ Mientras que para los fariseos el sábado era un día de reglas y restricciones, para Jesús era un día de vida y alegría, un símbolo de descanso en la gracia.

Lejos de ser una carga, la Ley nos trae la verdadera libertad en Cristo. El salmista dice: “Viviré con toda libertad, porque he buscado tus preceptos” (Salmo 119:45). Y Santiago se refiere al Decálogo como “la ley suprema de la Escritura”, “la ley perfecta que da libertad” (Santiago 2:8; 1:25). Por eso, la Biblia declara “dichosos” a todos “los que andan conforme a la ley del Señor” (Salmo 119:1), a quien “en la ley del Señor se deleita” y medita en ella (1:2). Esta es otra verdad “para recordar” en el presente capítulo.

***Las grandes
necesidades del
espíritu sólo pueden
satisfacerse en
Cristo.***

Estilo de vida

En relación con la diversidad de tendencias en cuanto a dietas para adelgazar, el

¹¹ Alberto R. Timm, *El sábado en las Escrituras: Doctrina, significado y observancia* (Buenos Aires: ACES, 2010), p. 63.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p. 66.

médico estadounidense Don Colbert resolvió publicar un libro acerca de la dieta de Jesús, y garantizó que tenía valor científico.¹⁴ “Si comiéramos lo que Jesús comía, estaríamos más saludables”, escribe el doctor. “Él es nuestro ejemplo en relación con los buenos hábitos alimentarios y la disciplina, para que vivamos una vida más sana y equilibrada”.¹⁵ De hecho, Jesús fue el modelo perfecto y hasta su dieta podría servirnos de patrón a nosotros.

Para formular la dieta de Jesús y de sus discípulos, el Dr. Colbert explora las reglas alimentarias del Antiguo Testamento (ver, por ejemplo, Levítico 11) y analiza la alimentación mencionada en el Nuevo Testamento. Entre otras cosas destaca los siguientes aspectos del estilo de vida de Jesús:

- Jesús consumía pan integral, agua y alimentos en su estado natural, con bajo tenor graso o sal; todo, por supuesto, sin aditivos o conservantes.
- Él comía muchos vegetales, frutas, porotos y lentejas. Estos son los alimentos prescritos por Dios para los primeros habitantes del planeta.
- Las carnes rojas eran ingeridas escasamente, solamente en ocasiones especiales, mientras que el pescado constituía la principal fuente de proteínas.
- La cantidad de alimentos ingeridos por Jesús no era excesiva; comía sólo lo necesario.
- La dieta de Jesús incluía los ingredientes y los beneficios de la dieta mediterránea, que contiene grasas saludables provenientes principalmente de las aceitunas y de su aceite.
- Él bebía jugo de uva, el cual fortalecía los antioxidantes, tan valiosos para la dieta moderna. (Aunque el autor menciona el vino, Jesús tuvo que haber consumido el jugo sin alcohol, para evitar sus efectos perjudiciales.)
- El modo de comer también era importante; porque, en tiempos bíblicos, las personas comían con calma. Esto hacía que comiesen menos cantidad y así facilitaban la digestión.
- Además de alimentarse saludablemente, Jesús se ejercitaba con frecuencia mediante largas caminatas para hacer el bien al prójimo.

Independientemente de las interpretaciones de este médico, ¿tendrá sentido este estilo de vida en el siglo XXI? Sin duda. Una prueba de las ventajas que ofrece es que los adventistas del séptimo día que tratan de seguir los principios bíblicos para una vida saludable viven entre 7 y 10 años más que el promedio de vida de la población de Estados Unidos.

¹⁴ Don Colbert, *¿Qué comería Jesús? El programa vital para comer bien, sentirse bien y vivir más* (Miami: Thomas Nelson Pub./Betania-Caribe, 2003).

¹⁵ *Ibid.*, p. 10.

Los adventistas ya han sido objeto de numerosos estudios científicos¹⁶ y son citados con frecuencia en los medios de comunicación. Recientemente hasta han sido retratados en la película *The Adventists*, del cineasta Martin Doblmeier, porque ellos valoran una dieta vegetariana, no fuman, no beben alcohol, no consumen drogas y promueven el ejercicio físico. Una de sus principales autoras, Elena G. de White, que escribió mucho acerca de la salud, aconsejó: “El aire puro, el sol, la abstinencia, el descanso, el ejercicio, un régimen alimentario conveniente, el agua y la confianza en el poder divino son los remedios verdaderos”.¹⁷

El estilo de vida de Jesús y de sus discípulos, incluida la alimentación, es otra lección que debemos tener en cuenta para alcanzar una vida más saludable.

En nuestras pruebas

¿Quién no sufre pruebas de las más variadas? Pero, en medio de los peores embates, golpes o adversidades, el Señor nos dice: “No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa” (Isaías 41:10).

Nicolás Paganini estaba ofreciendo, en París, uno de sus célebres conciertos de violín. Mientras afinaba el instrumento se le rompió una de sus cuatro cuerdas. La desilusión cundió entre el numeroso público presente. Luego, en plena ejecución, se le rompió una segunda cuerda. Pero, ante la incomodidad de la gente, Paganini siguió tocando, hasta que una tercera cuerda se quebró.

El público ya estaba francamente disgustado. Entonces, con toda serenidad, el afamado concertista dijo: “Señoras y señores, ahora escucharán a Paganini y una sola cuerda”. Y, utilizando esa única cuerda, el maestro ejecutó una música de modo tan extraordinario que, al final, un aplauso cerrado resonó en todo el ámbito de la gran sala.

¿Se te han roto alguna vez una o varias cuerdas de tu alma? ¿O quizás en este momento estás sufriendo alguna prueba, algún quebranto? Recuerda entonces que Jesús, el Músico supremo, nos toma como somos y estamos, y es capaz de arrancar de nuestros dolores las mejores melodías de una vida restaurada y bendecida por él.

En nuestros pesares y decepciones, cuando nos hieren con palabras o actitudes, cuando alguien nos traiciona o nos devuelve mal por bien, entonces es cuando podemos recurrir al Señor para superar la prueba y seguir adelante con buen ánimo. Él sana y arregla maravillosamente bien cualquier fractura de nuestra alma, y reme-

¹⁶ Para saber más, ver, por ejemplo, Dan Buettner, *Los secretos para una larga vida* [México, D.F.: National Geographic en Español, Noviembre de 2005]; y Gary E. Fraser, *Diet, Life Expectancy, and Chronic Disease: Studies of Seventh-day Adventists and Other Vegetarians* (Nueva York: Oxford University Press, 2003).

¹⁷ Elena G. de White, *El ministerio de curación* [Buenos Aires: ACES, 2008], p. 89.

dia cualquier dolor del corazón con su bálsamo sanador. *Antes que tú, él sufrió mayores pruebas y peligros y siempre salió vencedor... ¡Pon tu vida bajo su cuidado de amor!...*

Nuestro ejemplo en todo

El Maestro no sólo enseñó con su palabra; también lo hizo mediante su ejemplo. Enseñó el amor a los enemigos, y así actuó él con ellos. Enseñó la importancia de la fe, y nadie creyó tanto en Dios como él. Enseñó el valor de la humildad, y él practicó en grado sumo esta gran virtud. Predicó el amor y la consideración hacia los niños, y él fue el primero en darnos el ejemplo.

En fin, nunca pidió algo que él mismo no estuviera dispuesto a practicar. Jamás insinuó a sus oyentes: “Hagan lo que yo digo, pero no lo que yo hago”. Jesús fue el Maestro perfecto: *vivió lo que enseñó* y ayudó a sus seguidores para que imitaran su ejemplo. Hasta llegó a realizar acciones innecesarias para él, con el único propósito de establecer un ejemplo para todos los tiempos.

Si la ley puede ser anulada, Jesús no habría necesitado morir en lugar de nosotros.

Una muestra clásica de lo que decimos es el propio bautismo de Jesús. Él le pidió a Juan el Bautista que lo bautizara, pero al principio Juan rehusó tal pedido. ¿Cómo iba a bautizar al Mesías y Redentor, cuya vida perfecta no necesitaba el arrepentimiento simbolizado por el bautismo? Pero cuando el Señor insistió, y le dijo: “Dejémoslo así por ahora, pues nos conviene cumplir con lo que es justo” (S. Mateo 3:15), Juan “consintió”, y bautizó a Jesús.

¿Por qué el Señor pidió ser bautizado? Simplemente para darnos el ejemplo. Y así abrió el camino hacia el bautismo cristiano como símbolo de arrepentimiento y conversión. Más tarde Jesús iba a pedir que la gente creyera y fuera bautizada (S. Mateo 28:19; S. Marcos 16:16). Pero, antes de eso, él mismo ya había recibido el bautismo por pedido suyo.

¿Qué clase de bautismo recibió el Señor? El único que se practicaba en sus días: el bautismo por inmersión, que requería que la persona fuera sumergida en el agua y enseguida levantada, como representación de la muerte al pecado y la resurrección a una vida nueva, por la gracia de Dios.

Por tratarse de esta forma de bautismo, era natural que Juan bautizara en un lugar con mucha agua. Y eso es precisamente lo que relata el Evangelio, al decir que Juan “estaba bautizando en Enón, cerca de Salín, porque allí había mucha agua” (S. Juan 3:23). Años más tarde, cuando Felipe bautizó al etíope que regresaba a su país, ambos “bajaron al agua” y luego “subieron del agua” (Hechos 8:38, 39). Una vez más, allí

se hizo un bautismo por inmersión. (La misma palabra “bautizar” deriva del término latino *sumergir*. Y cuando la Santa Biblia dice que existe un solo bautismo [Efesios 4:5], alude a este bautismo cristiano por inmersión, el cual Jesús ejemplificó.)

El apóstol Pablo señala: “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, con el fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva” (Romanos 6:3, 4). Aquí se afirma que la relación del creyente con Cristo mediante el bautismo involucra una relación con su muerte. En el versículo 2, Pablo indica que una persona que ha aceptado a Jesús como su Señor y Salvador ha muerto al pecado. De esto podemos deducir que el cristiano, unido con Cristo por el bautismo, ha terminado con el pecado y vive ahora una vida nueva dedicada a Dios (vers. 4). Esta es otra hermosa verdad “para recordar” y practicar.

¡Cambios, muchos cambios!...

Una mujer rescatada de la prostitución le decía estas palabras a una de sus antiguas compañeras: “Yo estuve en tu lugar. Sé que en el fondo de tu alma hay un vacío que quisieras llenar y un amor verdadero que quisieras encontrar. Así me pasaba a mí, hasta que encontré a Jesús como la gran esperanza de mi vida... Si tú lo conocieras, todo tu ser cobraría una dimensión superior... una vida sana, libre y dichosa...”

“Deseo que tú también experimentes el cambio. Entonces, te parecerá mentira que alguna vez hayas tenido esa clase de vida. Jesús puede sacarte del abismo así como me ha sacado a mí. No vaciles. Acéptalo tú también. ¡Te hará una nueva mujer!”

Y la mujer pública aceptó la invitación de su ex compañera. Hizo de Jesús su Amigo y Redentor. Llegó a ser una nueva persona. Su antigua vida licenciosa quedó atrás para siempre (2 Corintios 5:17). ¡Cambios, muchos cambios, son los que produce el Señor cuando aceptamos su renovadora palabra y seguimos su ejemplo perfecto! ¡Esta es la mejor verdad de todas “para recordar” y experimentar! ¿No te parece?

Pero esto no es todo. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. JESÚS ENSEÑÓ QUE DEBEMOS AMAR A NUESTRO PRÓJIMO COMO A NOSOTROS MISMOS Y TRATARLOS COMO NOS GUSTARÍA SER TRATADOS (S. MATEO 7:12).
2. LA ESENCIA DE LA LEY DE DIOS ES EL AMOR. POR ESO LA LEY SE RESUME EN AMOR A DIOS Y AMOR A NUESTRO PRÓJIMO (S. MATEO 22:37-39).
3. LA PERSONA TRANSFORMADA POR DIOS GUARDA LOS PRINCIPIOS ETERNOS DE LA LEY DIVINA MOTIVADA POR EL AMOR (S. JUAN 14:15).

Verdades esenciales

Entre las lecciones más destacadas impartidas por el gran Maestro, dos descuellan por su trascendencia y su valor práctico para enriquecer nuestra vida: el *amor fraternal* y el *diálogo con Dios*.

Amor sin fronteras

Como respuesta a la pregunta maliciosa que le había formulado un doctor de la ley, el Maestro se tomó tiempo para contarle un relato. Comenzó diciendo que, en el camino entre Jerusalén y Jericó, un hombre “cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto”.

Luego pasó un *sacerdote* por el lugar y, al ver al hombre en esa condición, se hizo el distraído y siguió su camino. Más tarde pasó un *levita* (religioso dedicado al servicio del Templo), e hizo lo mismo. Y en tercer lugar pasó un *samaritano*. Él, tocado por la necesidad del hombre semimuerto, lo curó y le vendó las heridas. Además lo llevó a una posada cercana y permaneció a su lado hasta el día siguiente. También pagó la cuenta, y prometió pagar cualquier otro gasto que produjera el desventurado.

Al final de su relato, Jesús le preguntó al doctor de la ley cuál de los tres viajeros consideró que el herido era su prójimo. Y el doctor respondió: “*El que se compadeció de él*”. Entonces Jesús le dijo: “*Anda entonces y haz tú lo mismo*” (S. Lucas 10:25-37).

La enseñanza era clara: el “doctor”, tan entendido en doctrina y teología, todavía tenía que aprender la lección básica del amor servicial, ese que acude para atender al hermano necesitado y desprotegido.

¿No es esta también la lección de amor fraternal que hoy nos toca recordar cada día? Sin llegar al caso extremo de actuar frente a un doliente o un accidentado, podemos expresar el espíritu del *buen samaritano* a cada instante y en toda ocasión. Ese compañero de trabajo que perdió a su hijo, esa compañera de estudio que llora la separación de sus padres, ese amigo que tiene su alma abatida, ese muchacho que no es querido por los demás, esa chica abandonada por su novio...

Cada uno de ellos es nuestro prójimo, a quien podemos ayudar como lo hizo el

antiguo samaritano. Una palabra, un gesto, una sonrisa, un favor, un momento de compañía, un modesto regalito... Todas estas son buenas maneras de amar al prójimo como a nosotros mismos... No existen mayores razones para omitir atenciones humanas de esta clase, porque nada cuestan y, sin embargo, cuánto pueden ayudar... Señalando la bondad del samaritano, el Señor nos dice hoy también a nosotros: *"Anda entonces y haz tú lo mismo"*.

Enseñanza inmortal

En su inmortal Sermón del Monte, Jesús imparte la enseñanza del amor abnegado y perdonador. Allí el Señor destaca la perpetuidad de su Ley de amor (S. Mateo 5:17-20). Y llega a la máxima expresión de bondad cuando declara: *"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen"* (5:44, RVR).

Y el Maestro añade: *"¿Qué mérito tienen ustedes al amar a quienes los aman?"* Es decir, ¿cuál es el mérito de amar a quienes habitualmente nos aman? Eso lo hace cualquiera, aun la persona egoísta, que ama simplemente por conveniencia, porque sabe que su amor será correspondido. El verdadero mérito consiste en amar incluso a quienes no nos quieren, o a quienes nos miran con maldad (S. Lucas 6:27-36).

¡Qué ideal elevado! Tal es el desafío del Señor para orientar nuestro comportamiento con los demás. Y aunque el blanco es alto, ¿no deberíamos apuntar hacia él, engrandeciéndolo así nuestro corazón de cristianos? Esta es la insuperable enseñanza de la Regla de Oro: *"En todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes"* (S. Mateo 7:12).

Este es el noble principio cristiano de las relaciones humanas: ser y actuar con los demás como nos agradaría que ellos *fueran y actuaran* con nosotros. Si queremos que el vecino sea bueno con nosotros, seamos *primero nosotros* así con él. Y si él continúa indiferente o antisocial, igualmente habremos ganado, porque supimos ser bondadosos con él.

El amor generoso es especialmente necesario en el ámbito del hogar. ¿Qué otro factor podría construir mejor la felicidad de la familia que el amor desinteresado? Este amor sincero une a los esposos y mantiene la armonía del hogar. *El verdadero amor es siempre ganador*. Utilízalo para el bien de tu familia y para la buena formación de tus hijos.

De este amor incondicional escribió San Pablo cuando dijo: *"El amor es paciente, es*

***Ser y actuar con los
demás como nos
agradaría que ellos
fueran y actuaran
con nosotros.***

bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás se extingue...” (1 Corintios 13:4-8).

La belleza del ejemplo

A un niño de un orfanato, una señora y su esposo le prometieron muchos juguetes, abundante ropa y una hermosa casa si él iba a vivir con ellos. Y el niño les preguntó: “¿Nada más que eso podría tener?” Entonces la señora le preguntó a su vez: “Y ¿qué más te gustaría tener?” A lo que el niño respondió: “*¡Sólo quiero que me amen!*” Y el pequeño fue prohijado con mucho amor...

La respuesta del niño fue el grito desesperado de su alma. ¿Él necesitaba amor! Y ¿no es este también el mayor anhelo de todos los seres humanos? No existe sobre la Tierra mayor necesidad que la de ser amados, aceptados y comprendidos.

Por eso el Señor nos insta a cultivar y compartir la belleza del amor. Mediante sus palabras nos enseña cómo amar, a quiénes amar y para qué amar. Pero su palabra se agiganta con la fuerza de su ejemplo. Él dice: “Que se amen los unos a los otros, *como yo los he amado*” (S. Juan 15:12). Él amaba a sus amigos, a los desvalidos, a los pecadores y a los necesitados de la sociedad.

Y el amor del Maestro se prolonga hasta nosotros. Él corrige nuestros defectos y modela con paciencia nuestro carácter. El magnetismo de su amor nos mantiene junto a él, para aprender a ser como él...

Inspirado en el ejemplo insuperable del Señor, San Pablo escribió: “*Revístanse de afecto entrañable... de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto*” (Colosenses 3:13, 14).

El amor por los niños

Jesús trataba a los niños con especial ternura y consideración. Una vez los discípulos quisieron alejar a los niños que se acercaban al Maestro. Pero él les dijo: “*Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos... Y después de abrazarlos, los bendecía poniendo las manos sobre ellos*” (S. Marcos 10:13-16).

Ninguna tarea de Jesús era tan importante que le impidiera expresar su amor hacia los niños. En la sociedad de aquellos días, a los niños se los subestimaba y no gozaban de mayores derechos. Les estaba prohibido interferir en las tareas de los adultos. De esa actitud errada participaban los discípulos. Por eso quisieron impedir que los niños se acercaran al Señor. Pero él, con su tierna aceptación de los pequeños, mos-

tró cuánto los amaba y el trato considerado que merecían.

¡Cuán triste se pone hoy el Maestro cuando ve el maltrato que reciben muchos niños o el abandono asesino en que viven! ¡Cuánto levantaría él su voz para condenar el atropello, la crueldad o la violación que padecen tantos niños de nuestros días! O ¿qué diría el Maestro al observar el trato permisivo y sin disciplina hacia tantos otros? Y frente al amor dominante, posesivo y arbitrario que sufren muchos otros hijos, ¿no expresaría el Señor su abierto rechazo ante semejante distorsión?

Cuesta creer que haya en nuestro mundo centenares de millones de niños que son víctimas, cada día, del mencionado maltrato. Y más cuesta creer que haya tantos miles de niños indefensos que mueren diariamente en el mundo por falta de la debida atención. Sin embargo, “el reino de Dios es de quienes son como ellos”. Y de ellos es también el mínimo derecho a ser amados, protegidos, alimentados y educados.

¿Tienes niños bajo tu cuidado? ¿Son tus hijos, tus nietos, tus alumnos o los que cuidas en tu profesión? *¡Trátalos con amor y paciencia!* Analiza sus reacciones y procura guiarlos según su necesidad particular. Recuerda que una vez tú también fuiste niño o niña. Igual que los adultos, los niños son propiedad de Dios. Piensa cómo los trataría Jesús si él estuviera en tu lugar. Encomienda a tu hijo al cuidado del Señor y así lo alejarás de la mala senda.

El poder de la oración

El criminal era llevado a la cámara de gas para ser ejecutado. En medio de su dolor y remordimiento exclamó: “¡Oh, si aquella mañana hubiese orado a Dios, no habría cometido ese horrendo crimen!”

El asesino estaba convencido de que si en ese día fatal hubiera orado en busca de la ayuda divina, jamás habría producido la muerte que ahora lo llevaba a la pena capital.

¡Cuán fácilmente podemos echar a perder todo un día de trabajo, o la buena relación con un compañero, y hasta la paz de nuestro hogar, porque ese día se nos descontroló excesivamente el espíritu! Y ese descontrol podría haberse evitado, si al comienzo de la jornada hubiésemos pedido a Dios su ayuda y su bendición.

¡Cuántos males podríamos evitarnos, y cuántas de nuestras bondades podrían ser mucho mayores, si cultiváramos el valioso hábito de *hablar cada día en oración* con nuestro Padre celestial! Tal era la invariable costumbre de Jesús.

Dentro de su naturaleza humana, Jesús sentía la necesidad de orar a su Padre. No

podía concebir su vida, ni realizar sus obras prodigiosas, sin mantener una relación constante con Dios. El reiterado testimonio de los evangelios revela este hábito ejemplar de Jesús:

- “Después de despedir a la gente, subió a la montaña para orar a solas. Al anoche-cer, estaba allí él solo” (S. Mateo 14:23).

- “Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar” (S. Marcos 1:35).

- “Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar” (S. Lucas 5:16).

Y tantas veces los discípulos lo habrán visto orando, y lo habrán observado salir fortalecido después de la oración, que nació en ellos el profundo anhelo de aprender a orar. Querían orar como lo hacía su Maestro.

Así que un día, cuando Jesús terminó sus plegarias al Padre, uno de sus discípulos le pidió: *“Señor, enséñanos a orar”* (S. Lucas 11:1). Y el Señor les enseñó el “Padrenuestro”, la oración que habría de ser modelo para los creyentes de todos los tiempos.

El Padrenuestro tiene la siguiente particularidad:

- Nos enseña a llamar “Padre” a nuestro Dios y Creador. Esto nos permite sentirlo cercano, con lazos de amor filial hacia él.

- Nos enseña a pedir el “pan cotidiano”, no el pan para una semana o para un mes. Por tanto, se advierte la necesidad de pedir *cada día* tanto el pan material como cualquier otra dádiva que queramos recibir de parte de Dios.

- Señala que el Padre perdona nuestras faltas, y que es directamente a él a quien debemos pedirle el perdón por ellas.

- Pero esas faltas serán perdonadas “como nosotros también perdonamos a nuestros deudores”. Esto nos muestra que debemos ser buenos perdonadores, así como deseamos que Dios lo sea con nosotros. Perdonadores generosos, con amor fraterno, sin rencor...

Se nos dice que el profeta Daniel “se arrodilló y se puso a orar y alabar a Dios, pues tenía por costumbre orar tres veces al día” (Daniel 6:10). Y Jesús animó a sus discípulos: “Tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará” (S. Mateo 6:6). La oración debe ser constante en nuestra vida, pero no puede convertirse en una propaganda de nuestra espiritualidad. Dios, que nos conoce profundamente, escuchará los anhelos de nuestro corazón.

La vida de los discípulos cambió cuando aprendieron a orar. Otro tanto ocurre hoy con nosotros. ¡Convive con el Señor mediante la oración, y gózate con los infaltables resultados! *¡Él nunca nos hace esperar! ¡Siempre tiene tiempo para atendernos!*

Beneficios de la oración

Si Cristo tuvo en la oración su fuente de poder, y otro tanto ocurrió en la experiencia de sus discípulos, ¿qué menos podría pasar hoy en nuestra propia vida? Son tantos los beneficios que proporciona el hábito de orar, que sería incomprensible que un creyente que dice amar a Dios no cultivara este privilegio de *vivir en diálogo y en sintonía con el Señor*.

Veamos algunos de los múltiples beneficios de la oración:

1. Nos amista con Dios. Nos hace sentir acompañados por él. Ahuyenta toda posible soledad del corazón. Y al crecer así nuestra amistad con el Señor, más deseamos convivir con él.

2. Nos llena de paz. Si tenemos ansiedad, preocupación o angustia, nuestra relación con Dios nos inunda de paz. Nos da calma interior, dominio propio y equilibrio emocional.

3. Nos da seguridad. Quita los temores del corazón y nos ayuda a sentirnos más confiados. Nos da la certeza del cuidado protector de Dios y nos aleja del peligro.

4. Nos da fortaleza espiritual. Así actúa la oración: nos hace fuertes para rechazar la tentación y el mal circundante. Vence nuestros desalientos y debilidades personales.

5. Nos ayuda a conocernos mejor. Nos lleva a examinar nuestra vida para detectar nuestras necesidades, con el fin de presentarlas luego ante Dios. El solo examen de nuestra vida interior nos ayuda a crecer psicológica y espiritualmente.

6. Nos enseña a ser agradecidos. La verdadera oración no sólo tiene la finalidad de pedir, sino también de reconocer y agradecer las bendiciones del Altísimo. En realidad, ¡siempre deberíamos sentir y expresar gratitud a Dios!

7. Nos cambia el carácter. Eleva nuestros pensamientos, mejora nuestras decisiones y renueva nuestro modo de ser. Quien ora con sinceridad y con fe, abriéndole su corazón al Señor como a su mejor amigo, embellece y perfecciona su carácter.

Frente a estos importantes beneficios que otorga la oración, ¡cuánto más deberíamos orar, para así asegurarnos las bendiciones de Dios! Si te parece, ahora mismo, no importa dónde estés, interrumpe esta lectura y eleva tu mente al Señor. En tu silencio, él leerá tus pensamientos y dará respuesta a tus pedidos. ¡Haz la prueba; el Señor te premiará! Y luego piensa en el siguiente mensaje:

Una carta de amor

Te envío estas líneas pensando en tu bien.

Cuando te levantaste esta mañana creí que ibas a agradecer por tu buen descanso de la noche. O que tal vez me ibas a pedir que te ayudara durante la nueva jornada.

Todavía existe esperanza

Pero te vi tan apurado mientras te vestías y salías de tu casa que, al parecer, te olvidaste de mí.

Después te seguí observando mientras viajabas a tu trabajo, y a lo largo de todo el día. Pero siempre estabas tan preocupado y atareado que no tuviste tiempo para mí. ¡Con lo que yo te amo!...

Y cuando regresaste a tu casa, el cansancio te dominaba. Apenas atinaste a encender el televisor hasta la hora de cenar. Momentos más tarde saludaste a tu familia y te fuiste a dormir. Otra vez te olvidaste de mí. ¡Hubiera querido escuchar alguna palabra tuya!... Pero tu sueño silenció tu voz hasta la mañana siguiente...

Te levantaste... Una vez más quise escuchar tu saludo, tu agradecimiento, tu ruego... Pero nada. Y durante toda la jornada repetiste la rutina del día anterior... Mañana será otro día... ¿Podrías cambiar tu ritmo y dedicar un instante para hablar conmigo? ¡Te estaré esperando!

Tu amigo Jesús.

Imaginaría como es, esta carta retrata, sin embargo, la frecuente negligencia humana de no buscar a Dios en oración a lo largo del día. ¡Qué penoso descuido! No hablar con él para recibir su bendición... Y pensar que él espera, y hasta nos aconseja, que mantengamos nuestro diálogo con su corazón de amor...

Quizás esta carta no describa tu modo espiritual de ser. Pero encierra la amable invitación de Jesús de permanecer unidos a él a través de la oración. Es la invitación para fortalecer nuestra fe, resistir la maldad circundante, conservar la armonía de nuestros hogares, cultivar nuestra amistad con Jesús... Todo esto lo ofrece el Señor mediante nuestra comunión con él... ¿Cómo, entonces, descuidar la oración?

Sin embargo, esto no es todo. La historia continúa con otros episodios de amor y esperanza...

PARA RECORDAR

1. TODA PERSONA TIENE UNA GRAN SED ESPIRITUAL. SÓLO JESÚS PUEDE SACIARLA (S. JUAN 4:13, 14).
2. LA ORACIÓN ES UN MEDIO ESENCIAL PARA VIVIR EN SINTONÍA CON DIOS, Y NOS BENEFICIA CON PAZ Y ESPERANZA (FILIPENSES 4:6, 7).
3. AL ORAR DEBEMOS CONFIAR EN EL PODER DE JESÚS Y NO EN LOS MÉRITOS DE OTROS SERES HUMANOS (S. JUAN 14:13).

La Fuente de la felicidad

El joven estadounidense Dennis Plummer quería conocer mejor a la población de su país. La quería conocer mediante el trato directo y a través de las historias que le contara la gente. Así que Dennis, recién graduado en Psicología, comenzó a recorrer a pie el territorio de Estados Unidos.

Hacia el final de su primer año de caminata, en 1988, Dennis había entrevistado a toda clase de gente: empresarios, operarios, empleados, campesinos, marineros, e incluso narcotraficantes y prostitutas. Había recorrido numerosas ciudades, las más grandes y las más pequeñas de su país. Tras lo cual escribió este comentario: “Lo que percibía en la gente era una especie de interrogante acerca del sentido de su propia vida. El homicida número 1 de Estados Unidos es el aburrimiento. De diferentes maneras... la gente está buscando un significado para su vida”.

Lo que descubrió Dennis Plummer en su investigación, ¿no es acaso lo que también siente y padece la gente de otras latitudes? Ya en los días de Cristo la humanidad estaba enferma de aburrimiento y de vacío existencial. La mayoría ignoraba su razón de vivir. Vivía a su modo, y duraba lo que podía, sin saber para qué. La experiencia de vivir era más deslucida que placentera. Y entre ayer y hoy, ¿existe gran diferencia?...

La gente de los días de Jesús tenía hambre de bienestar y felicidad. Necesitaba descubrir un nuevo rumbo y una nueva esperanza para su vida. ¡Igual que hoy!...

La búsqueda del alma

No importa dónde nos encontremos, siempre veremos a personas de alma gris, sin alegría ni satisfacción. Personas que ansían sentirse mejor, con anhelos cumplidos, con sueños alcanzados, con plenitud espiritual... Con una sed interior de felicidad que sólo el Señor puede atender.

Jesús tiene el mayor interés en suplir nuestras carencias y remediar nuestras desdichas. Él desea que nos sintamos bien con nosotros mismos y que tengamos una canción de alegría en nuestros corazones. Declara: “*Que su alegría sea completa*” (S. Juan 16:24). Y además nos ayuda para alcanzarlo.

Observemos al Maestro rodeado de gente. Todos recibiendo alguna bendición... El abatido recibía ánimo para su espíritu, el triste se iba contento a su casa, el doliente recibía la salud, el aburrido se volvía entusiasta y el angustiado terminaba con esperanza. Los niños sonreían, y sus madres se emocionaban de alegría...

Tan hondo era el anhelo de Jesús de ver feliz a la gente que comenzó su Sermón del Monte presentando las célebres Bienaventuranzas. No comenzó hablando de religión o de doctrina. Tampoco señalando la hipocresía de sus enemigos. Comprendiendo la real necesidad del numeroso público allí reunido, comenzó presentando la trascendente fórmula de la felicidad humana, que hasta nuestros días conserva admirable vigencia.

La fórmula más efectiva

Según una moderna parábola, varios científicos de renombre se propusieron un plan insólito. Preocupados por el desánimo y la tristeza de la población después de la guerra, recurrieron a la computadora más moderna y avanzada para descubrir el modo de hacer un poco más feliz a la gente.

Esa supercomputadora podría ofrecer la respuesta adecuada. Así que la cargaron con todos los datos relativos al problema que deseaban resolver. Luego, con ansiosa expectativa, teclearon la gran pregunta: "¿De qué manera la gente podría ser más feliz?" Al cabo de un prolongado silencio, en la pantalla apareció la sorprendente respuesta: "*¡Siguiendo las Bienaventuranzas de Jesús!*"

¿No fue acertada la respuesta que dio la computadora de la parábola? La fórmula de la felicidad presentada por Jesús sigue siendo la más adecuada y efectiva. ¿Qué

***Hoy, al igual que en
los días de Jesús, la
gente tiene hambre
de bienestar y
felicidad.***

dice esta antigua fórmula de las Bienaventuranzas? Su contenido es paradójico, aparentemente contrario a la razón. Pero allí radican la sabiduría y la profundidad de esta enseñanza inmortal.

El Maestro comienza diciendo: "*Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece*". Es decir, los que reconocen humildemente su necesidad espiritual, porque así se acercarán a Dios, quien los llenará de bendición. Luego continúa: "*Dichosos los que lloran*". Otra vez la nota contradictoria. ¿Cómo alguien podría ser feliz mientras está llorando? No se trata del que llora por algún dolor físico, sino del que tiene algún dolor en su alma, que se disipa con el bálsamo del Señor. Y ese bálsamo deja finalmente mejor al espíritu que antes de aparecer el dolor.

En el resto de las Bienaventuranzas aparecen los "humildes", los "que tienen ham-

bre y sed de justicia”, los “compasivos”, los “de corazón limpio”, los “que trabajan por la paz” y los que padecen injustamente por el maltrato que reciben del prójimo (S. Mateo 5:3-11). Todos son bienaventurados, o dichosos, porque practican la bondad, actúan con justicia, tienen amor fraternal, viven con pureza, aman la paz y son bendecidos cuando la maldad ajena se desata contra ellos.

Dialoguemos con el Maestro:

–Señor, ¿qué significado tienen estos principios de vida íntegra y piadosa?

–Los principios de las Bienaventuranzas –nos responde el Maestro– llegan a la profundidad del alma y señalan el camino de la redención. Los que cumplen estos principios estarán en el reino de los cielos, heredarán la Tierra y verán a Dios. En esto consiste la mayor felicidad: *no sólo en pasar bien los pocos años de la vida terrena, sino en tener la certeza de la vida eterna.*

–Pero acaso, Señor, ¿no hay felicidad también en el bienestar y en los logros personales de esta vida?

–Sí, estas son alegrías y satisfacciones que Dios otorga a sus hijos. Pero, para que sean profundas y duraderas, deben estar basadas en los principios trascendentes del amor a Dios y al prójimo. De lo contrario, tarde o temprano –subraya el Señor–, esas “alegrías” se desvanecen y dejan vacío el corazón. La mera alegría humana es incompleta y fugaz. En cambio *la felicidad que procede de Dios es estable, y dura tanto como el alma a la cual él redime.*

Actitudes de la felicidad

Con su enseñanza, su compañía y su ayuda constante, Jesús alegra nuestro corazón. Incluso siembra en nuestra mente *las actitudes más correctas*, para acrecentar nuestra alegría de vivir. ¡Sólo un Maestro como él podría darnos tan grande bendición! Citemos algunas de esas actitudes que contribuyen a nuestra felicidad:

1. El entusiasmo. Es decir, un espíritu resuelto y animoso en el quehacer cotidiano, y aun frente a la dificultad. Una mente positiva, que no renuncia al esfuerzo, y un optimismo que siempre alienta la esperanza. El entusiasmo es la vitalidad emocional que previene el desaliento; es la cualidad del alma que enriquece la fuerza de voluntad. Es el dominio de la alegría sobre la tristeza.

2. La calma interior. Cuando hay angustia, desazón o nerviosismo, no puede haber alegría. Y cuando la ira y el rencor se vuelven dominantes, tampoco puede desarrollarse el hábito de ser feliz. Pero cuando la voluntad serena el espíritu, la calma retiene la alegría del corazón. ¡Esto es posible con la diaria ayuda de Dios!

3. El espíritu servicial. La actitud servicial estimula la alegría de vivir. Servir es compartir y ayudar; es amar y convivir fraternalmente con el prójimo. Es hacer algo –grande

o pequeño– para alegrar a alguien; con lo cual se afirma la alegría para bien de quien la dio. Mueve tus manos, mueve tus labios, mueve tu alma para servir por amor, y serás una persona feliz. “*Hay más dicha en dar que en recibir*” (Hechos 20:35).

4. La madurez emocional. Esta es otra importante actitud que fomenta el gozo del corazón. La madurez emocional nos hace comprensivos, flexibles y bondadosos con los demás. Nos lleva a olvidar la calumnia recibida, el gesto amargo del prójimo o la intención mezquina de nuestro competidor. La verdadera madurez del espíritu nos hace felices porque no se detiene en puerilidades, ni sufre por los pequeños desaires de la vida. Se guía por el ejemplo de Jesús, quien buscaba siempre el bien de los demás.

Los padres son felices sólo cuando construyen y mantienen la armonía de su hogar.

5. La armonía familiar. ¡Qué factor vital de felicidad! Los padres son felices sólo cuando construyen y mantienen la armonía de su hogar. Y los hijos aprenden la alegría de vivir cuando ven felices a sus padres.

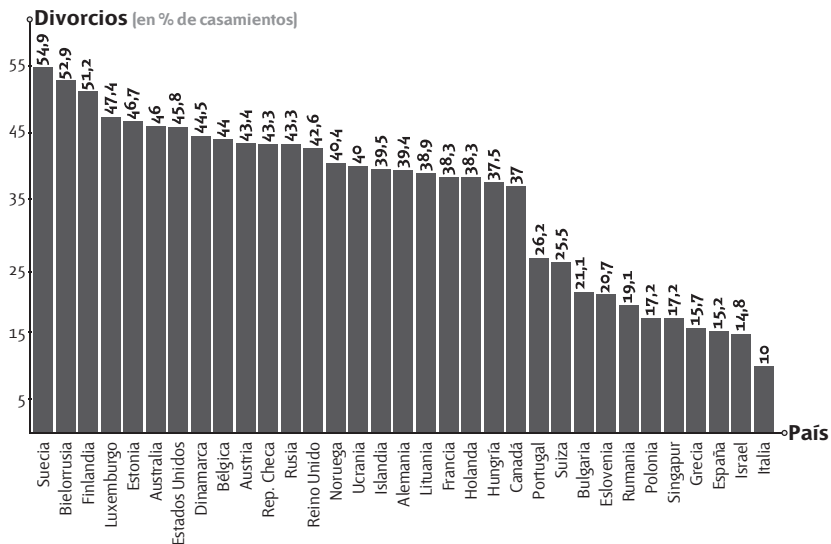
Esto es fundamental en una época de desintegración familiar como la nuestra. Aunque, en teoría, todo hogar debería ser un lugar de amor y cariño, vemos mucha violencia doméstica. En el Reino Unido, por ejemplo, la violencia doméstica es el segundo delito en frecuencia y es responsable de casi el 25% de los hechos de violencia denunciados a la policía.¹⁸ Sin duda, la violencia familiar impacta negativamente en los niños. Los estudios demuestran que la violencia conyugal predomina en los ambientes “con potencial para causar problemas de agresividad y transgresión en los niños”, y que “los comportamientos agresivos en los niños tienden a perdurar en el tiempo y a acentuarse”.¹⁹

Además, los divorcios se están multiplicando en varias partes del mundo, incluyendo a los países de América Latina. En 2007, según una investigación del Instituto Brasileño de Geografía y Estadísticas (IBGE), se realizaron 916.006 casamientos en el Brasil, pero el número de divorcios totalizó 231.329; es decir, uno de cada cuatro casamientos terminó en divorcio. La tasa de divorcios en ese país creció un 200% en poco más de 20 años (1984–2007). Lo interesante es que un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) sugiere una conexión entre las novelas de la ma-

¹⁸ Ver *Issues Related to Bullying* [Temas relacionados con el abuso], sitio web del UK National Workplace Bullying Advice Line, disponible en www.bullyonline.org/related/domestic.htm

¹⁹ Renata Pesce, “Violência Familiar e Comportamento Agresivo e Transgressor na Infância: Uma Revisão da Literatura”, *Ciência & Saúde Coletiva* 14 (2009), disponible en http://www.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1413-81232009000200019

yor red de televisión del Brasil y el aumento del número de divorcios en ese país; todo porque se critican permanentemente los valores tradicionales.²⁰ Sin juzgar los motivos de nadie, podemos decir que el sueño de Dios para las familias no se está cumpliendo en la vida de muchas personas. Basta con analizar el porcentaje de divorcios en algunos países.²¹



¿Mantenemos, dentro de nuestro hogar, un clima de armonía, de cordialidad y de amor para hacer felices a todos los miembros de la familia? El Señor alegra nuestros hogares cuando le pedimos su ayuda y su bendición. ¡Eleva hoy una oración sentida en favor de tu familia! ¡Y hazlo cada día! ¡Dios te recompensará!

6. La fe sincera en Dios. El Señor nos hace felices cuando confiamos en él; cuando procuramos su amistad y hablamos con él; cuando su morada en nuestro corazón nos lleva a vivir con rectitud. Bien aconseja la Escritura: *“Confía en el Señor”* (Salmo 37:3). *“Bendito el hombre que confía en el Señor, y pone su confianza en él”* (Jeremías 17:7).

²⁰ “La exposición a los estilos de vida modernos exhibidos en la televisión, las funciones desempeñadas por las mujeres emancipadas y una constante crítica a los valores tradicionales mostraron estar asociadas a los aumentos en los grupos de mujeres separadas y divorciadas”, dice la investigación. Ver Alberto Chong y Eliana La Ferrara, “Television and Divorce: Evidence from Brazilian Novelas”, disponible en <http://www.iadb.org/res/publications/pubfiles/pubWP-651.pdf>

²¹ Los datos son de 2002. Hoy probablemente las estadísticas indiquen porcentajes mayores en algunos países, aunque hayan disminuido en otros.

La euforia de creer

De las seis actitudes que acabamos de citar para el logro de nuestra felicidad, la última de ellas merece una consideración adicional. Me refiero a la fe, o confianza, en Dios, mediante la cual el Señor quita las sombras del corazón y nos otorga genuino contentamiento.

Un abuelo había llevado al circo a varios de sus pequeños nietos. La idea era que todos ellos pasaran un momento alegre y divertido. Sin embargo, el nietito menor se asustó por uno de los números del circo y se puso a llorar. Entonces el abuelo, para

***La fe nos capacita
para corregir lo
malo, aumentar lo
bueno y disfrutar de
lo que es mejor.***

tranquilizar al pequeño, le dijo: “Te he traído aquí para que te rías, para que te diviertas. ¡Deja de llorar!” Pero el niño continuó llorando.

Pero lo que el circo de la vida mundana no puede dar, lo proporciona en abundancia la fe que nos une al Señor. Junto a él *todo es mucho mejor*. Si se trata de algo placentero, lo disfrutamos mucho más. Y si se trata de alguna adversidad o de algún momento amargo, con Jesús en el corazón todo se vuelve más soportable. La fe nos capacita para *corregir* lo malo, *aumentar* lo bueno y *disfrutar* de lo que es mejor.

El apóstol Pablo nos asegura que la salvación se recibe “por la fe en su sangre [de Jesús]” (Romanos 3:25). La fe no es el fundamento de la salvación sino el medio, o instrumento, por el que nos apropiamos de Cristo y de su justicia; es la mano vacía que se extiende y recibe la justicia al recibir a Cristo.

Pero la fe no sólo nos capacita para recibir la salvación, sino también las demás bendiciones que él nos ha prometido. Luego de dar vista a un ciego, Jesús le aseguró: “Puedes irte... tu fe te ha sanado” (S. Marcos 10:52). Muchos, “por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia y alcanzaron lo prometido; cerraron bocas de leones, apagaron la furia de las llamas y escaparon del filo de la espada; sacaron fuerzas de flaqueza; se mostraron valientes en la guerra y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros” (Hebreos 11:33, 34).

¿Cómo podemos desarrollar la fe? Estudiando la Palabra de Dios: “Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo” (Romanos 10:17). También podemos acercarnos a Jesús, definido por el autor de la Epístola a los Hebreos como “el iniciador y perfeccionador de nuestra fe” (Hebreos 12:2).

Pero esto es apenas una parte del todo. La historia continúa...

PARA RECORDAR

1. PARA SER FELIZ Y PERTENECER AL REINO DE DIOS, LA PERSONA NECESITA PRACTICAR LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS (S. MATEO 7:21).
2. EL CONOCIMIENTO EXPERIMENTAL DE DIOS Y DE JESÚS SIGNIFICA VIDA ETERNA (S. JUAN 17:3).
3. LA FE ES EL MÉTODO PARA RELACIONARNOS CON DIOS. ELLA NOS CAPACITA PARA RECIBIR LA SALVACIÓN Y LAS DEMÁS BENDICIONES QUE DIOS NOS PROMETIÓ (HEBREOS 11:6).

Milagros prodigiosos

Toda la vida de Jesús fue un permanente y gigantesco milagro, desde su nacimiento en Belén hasta su resurrección y posterior ascensión al cielo. No es extraño, entonces, que su actividad diaria estuviera también colmada de hechos providenciales y milagrosos. Sin embargo, a veces el Señor encontraba rechazo hacia su noble misión.

Donde Jesús era aceptado buenamente, permanecía con gusto efectuando sus actos de amor. Y donde era rechazado y perseguido, como ocurrió en su propio pueblo de Nazaret, el Maestro no podía realizar libremente su labor. Allí casi no había prédica ni milagros (ver S. Mateo 13:58; S. Marcos 6:5; S. Lucas 4:23, 24, 28, 29).

¡Lo mismo ocurre en nuestros días! Quienes se acercan al Señor con fe reciben plena bendición. Y quienes rechazan obstinadamente su amor se quedan con el alma vacía, como en el Nazaret de ayer, sin Cristo y sin bendición. ¡Cuántos son los que así se privan del favor divino, simplemente porque adoptan la actitud hostil e indiferente del incrédulo! Pero tú y yo podemos disfrutar de los favores del Señor si confiamos en él y nos ponemos bajo su amante dirección.

Milagros de ayer y de hoy

Recordemos algunas de las obras milagrosas de Jesús. Nuestra fe crece cuando pensamos en tales acciones de amor y de poder.

1. *Convirtió agua en vino.* El primer milagro que realizó el Señor fue en una fiesta de bodas en la pequeña población de Caná de Galilea. El jugo de uva se había acabado mucho antes que terminara la fiesta. Así que hubo gran ansiedad al querer superar el mal momento.

Entonces su madre, María –también presente en la fiesta–, hizo saber a Jesús lo que ocurría. Y allí él realizó el espectacular milagro de convertir en vino seis grandes tinajas de agua que, previamente, por pedido del Maestro, se habían llenado hasta arriba (S. Juan 2:1-11).

Cuando apareció la necesidad, el Señor se mostró como el divino Proveedor y el

problema quedó resuelto. ¿Tienes alguna necesidad en tu vida, tu hogar o tu trabajo? ¿Tienes algún pesar en tu corazón? Acude a Cristo. ¡Él sigue haciendo milagros! Pídele su ayuda, y él suplirá lo que te falta. Ve a él antes que tus males aumenten o se agraven. Aquel que ayer convirtió el agua en vino hoy puede convertir tus problemas en soluciones; tus desgracias en bendiciones; tus penas en alegrías...

2. Sanó a los enfermos. Jesús fue el gran Médico para todos los enfermos que se acercaron a él. Muchos de ellos ya habían perdido la esperanza de recuperar la salud, y venían de sitios distantes para rogar la intervención milagrosa del Señor. Era la última posibilidad que les quedaba para vencer la enfermedad. Y cuando eran curados, su gozo no tenía límite. Volvían a sentirse sanos y fuertes, y se reintegraban emocionados a la vida normal.

El milagro es una intervención visible e intencional de la gracia de Dios en el mundo.

El relato bíblico cuenta que se acercaron a Jesús “grandes multitudes que llevaban cojos, ciegos, lisiados, mudos y muchos enfermos más, y los pusieron a sus pies; y él los sanó. La gente se asombraba al ver a los mudos hablar, a los lisiados recobrar la salud, a los cojos andar y a los ciegos ver” (S. Mateo 15:30, 31).

El poder de Jesús estaba por encima de cualquier enfermedad. Sanó al pobre hombre de Betesda que hacía 38 años que estaba paralítico (S. Juan 5:5-9). Curó a los leprosos de su terrible mal (S. Mateo 8:2, 3; S. Lucas 17:12-17). Devolvió la vista a los ciegos (S. Mateo 9:27-30; 12:22). Libertó a los endemoniados (8:16, 28-32)... Toda enfermedad se retiraba ante la orden del Médico divino. No había dolencia o desgracia física que él no venciera con el poder de su palabra (8:16; 9:35). De todos tenía compasión (9:36). ¡No podía permanecer inmóvil frente al dolor de la gente!

No tenemos información sobre la cantidad de enfermos que sanó el Señor. ¡Cuántos miles habrán sido!... Sabemos que una vez, en una sola región, “*le llevaban en camillas a los que tenían enfermedades. Y dondequiera que iba, en pueblos, ciudades o caseríos, colocaban a los enfermos en las plazas. Le suplicaban que les permitiera tocar siquiera el borde de su manto, y quienes lo tocaban quedaban sanos*” (S. Marcos 6:55, 56).

Sin duda, Jesús hizo muchos milagros. En el libro *O Fascínio dos Milagres*, Marcos De Benedicto destaca que “cerca de un quinto de los evangelios está dedicado a los milagros de sanidad de Jesús o a los debates que ellos provocaron”; una proporción notable. “De los 3.779 versículos de los cuatro evangelios, por lo menos 727 están relacionados, de alguna manera, con la curación o la resurrección”, mientras que “un 38,5% de la parte narrativa (484 de 1.257 versículos) está dedicado a la descripción

de los milagros de sanidad realizados por Jesús”.²²

Jesús hizo tantos milagros porque así revelaba quién era y señalaba la naturaleza de su misión. Pero un milagro es más que un fenómeno sobrenatural; es una señal.

¿Tienes vivo el cuerpo pero muerta el alma?... “En el sentido bíblico, el milagro es una intervención visible e intencional de la gracia de Dios en el mundo, con múltiples propósitos. El milagro no es sagrado en sí mismo; es una señal”.²³ Los milagros de Jesús demostraban que él era el Hijo de Dios. Eran señales de un nuevo tiempo, eran señales de esperanza.

Además, los milagros que hizo el Señor por los dolientes no sólo muestran su poder para vencer la enfermedad; también revelan su espíritu compasivo y amante en favor de los necesitados del mundo. Hasta hoy Jesús sana nuestras dolencias, y nos ayuda a combatir las mediante la fe y el correcto cuidado de nuestra salud. Él es nuestro Sanador y nuestro Amigo fuerte, que quiere vernos siempre bien, con nuevas esperanzas en nuestro corazón...

Otros milagros

Además de la asombrosa curación de los enfermos, Jesús realizó muchísimas otras acciones sobrenaturales. Entre ellas podemos destacar:

1. Dos veces calmó la tormenta. Las olas del Mar de Galilea azotaban la barca y los discípulos estaban por naufragar. Pero, en medio del peligro, Jesús ordenó que el viento cesara, y la calma se restableció. Así se mostró como el poderoso Señor de las fuerzas de la naturaleza, para quien nada es imposible [S. Mateo 8:23-27; S. Marcos 6:47-51].

¿Tienes, a veces, tormentas en tu alma? ¿Conflictos, amarguras, frustraciones o amenazas? En el pequeño mar de tu vida, el Señor puede calmar toda angustia, temor o peligro. Sólo debes pedirle, con fe, que obre en tu favor, y él inundará de paz tu corazón.

2. Dos veces multiplicó los panes y los peces. Estos milagros dejaron atónitos a quienes se beneficiaron con ellos. Muchos miles de hombres, mujeres y niños comieron y se saciaron con ese alimento que salió de las manos de Jesús. ¡Dos milagros espectaculares, que revelaron el poder ilimitado del Señor y su amante consideración hacia los hambrientos del mundo! [S. Marcos 6:35-44; 8:1-9].

¿Tienes hambre, en esta hora, porque estás desvalido y sin trabajo? Pídele al Señor

²² Marcos De Benedicto, *O Fascínio dos Milagres* [La fascinación de los milagros] (Engenheiro Coelho: Unaspress, 2005), pp. 65, 66.

²³ *Ibid.*, p. 8.

que te dé algo para comer. Él podrá hacer un milagro en tu favor. Mientras tanto, busca algún trabajo para asegurarte el pan y, buscando, lo encontrarás.

Pero si tu necesidad fuese espiritual, el mismo Jesús que multiplicó los panes y los peces podrá saciar el hambre y la sed de tu corazón. *El vacío del alma desaparece junto a Jesús.* Acércate a él con fe, dile qué necesitas, y él atenderá generosamente tu pedido. ¡Derramará abundante bendición sobre tu vida! ¡Todavía existen los milagros del Señor!

3. Maldijo la higuera. Jesús estaba con hambre, y se acercó a una higuera que estaba junto al camino para comer de su fruto. Pero la planta sólo tenía hojas; estaba sin higos. El abundante follaje hacía presumir que habría fruto. Sin embargo el Señor se decepcionó al no encontrar un solo higo. Entonces le dijo: “¡Nunca más vuelvas a dar fruto!” (S. Mateo 21:18-20).

¿Qué logró Jesús con este sorprendente milagro? Primero, reveló su poder sobrenatural, como en los otros milagros. Y, en segundo lugar, condenó la apariencia engañosa de la higuera estéril que, aunque parecía tener higos, carecía totalmente de ellos. De este hecho brota la gran lección que quiso enseñar el Maestro: la bajeza de la hipocresía y de la falsa apariencia, en contraste con la nobleza de la sinceridad. *¡Hasta hoy el Señor reprende a quien vive aparentando, mientras que bendice y prospera al alma sincera!*

Resucitó a los muertos

Si los milagros ya mencionados nos produjeron asombro, más asombro sentiremos al recordar que Jesús llegó a resucitar a los muertos.

- Cuando falleció la pequeña hija de Jairo, una niña de 12 años, Jesús fue hasta la casa de la familia y allí le devolvió la vida a la niña. Le ordenó que se levantara, y ella se levantó y se puso a caminar. Un milagro tan extraordinario que produjo espanto entre los circunstantes (S. Marcos 5:21-24, 35-43).

- En otra ocasión, cuando llegó cerca de la pequeña ciudad de Naín, el Señor vio que llevaban el cuerpo sin vida de un joven cuya madre era viuda. Y compadeciéndose de ella, se acercó al féretro y el cortejo fúnebre se detuvo. Entonces Jesús le dijo al difunto: “Joven, ¡te ordeno que te levantes!” Y el joven se incorporó con vida y habló. Era natural, entonces, que la fama del Señor se difundiera por todo el país (S. Lucas 7:11-17).

- Pero el ejemplo más notorio es la resurrección que Jesús efectuó de su amigo Lázaro. Ya hacía cuatro días que el cuerpo de Lázaro estaba en el sepulcro, en inevitable proceso de descomposición. Por tanto, ¿qué podría hacer el Señor? Nadie pretendía que él le devolviera la vida a su amigo. Sin embargo, Jesús le dijo a Marta: “*Tu hermano*

resucitará". Y añadió sus inmortales y consoladoras palabras: "*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera*".

Entonces, el Maestro, al ver el dolor de todos los acompañantes, "*se turbó y se conmovió profundamente*", y *lloró*. Enseguida el Señor se dirigió a la tumba de su amigo muerto. Y allí llamó a gran voz: "*¡Lázaro, sal fuera!*" Y el muerto se levantó y salió con vida (S. Juan 11:17-44).

Observa que Jesús le dijo a Lázaro que saliera del sepulcro, no que bajara del cielo. ¿Por qué? Porque cuando una persona muere no va al cielo inmediatamente. Jesús enseña que la muerte es un sueño. Por eso, antes de resucitar a Lázaro, dijo: "*Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo*". Y luego fue más específico: "*Lázaro ha muerto*" (S. Juan 11:11, 14).

Si Lázaro hubiese ido al cielo, ¿qué necesidad tenía el Maestro de traerlo de nuevo a la Tierra? ¿No estaba muy bien donde estaba? Además, de haber ido al cielo, resulta incomprensible que, luego de su resurrección, Lázaro no hubiese contado nada acerca de las maravillas del cielo, adonde supuestamente habría ido. ¿No te parece? La Sagrada Escritura es clara al decir: "*Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada ni esperan nada*, pues su memoria cae en el olvido" (Eclesiastés 9:5). Acerca de quien fallece, el salmista dice: "*Ese mismo día se desbaratan sus planes*" (Salmo 146:4).

Los muertos siguen descansando en un sueño de inconsciencia hasta la hora cuando Jesús producirá la resurrección de los justos, en ocasión de su segunda venida a la Tierra (1 Tesalonicenses 4:14-18). De esta manera, en lugar de producir espanto y terror, la muerte es vista como el reposo total de la vida. Por eso la consoladora enseñanza de San Pablo dice: "*Tampoco queremos... que ignoréis acerca de los que duermen*, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza" (4:13).

Es bueno saber que, hoy en día, muchos teólogos de varias confesiones religiosas han intentado desenmascarar lo que el Dr. Samuele Bacchiocchi llama "la más antigua y posiblemente la mayor mentira de todos los tiempos, es decir, la de que los seres humanos poseen almas inmortales que viven para siempre".²⁴ Es una lástima que, a pesar de estos estudios y de las claras enseñanzas bíblicas sobre el destino del ser humano al morir, una gran proporción de la población haya buscado respuesta en creencias erróneas que sólo ofrecen falsas esperanzas. El problema es que la gente cree en la idea dualista de una separación entre el alma y el cuerpo, mientras que la

²⁴ Samuele Bacchiocchi, *Imortalidade ou Ressurreição?* [Engenheiro Coelho: Unaspress, 2007], p. 2.

Biblia enseña el concepto holístico (indivisible, integral). ¿Cuáles son las implicancias? El Dr. Bacchiocchi explica:

“El dualismo define la muerte como la separación del alma y el cuerpo; el estado de los muertos como la existencia consciente de las almas incorpóreas, sea en la bendición del paraíso o en el tormento del infierno; la resurrección como la reunión del cuerpo material glorificado con el alma espiritual; la esperanza cristiana como la ascensión del alma a la bendición del paraíso; el castigo final como el tormento eterno del cuerpo y del alma en el fuego del infierno; y el paraíso como un retiro espiritual y celestial, donde los santos seres espirituales glorificados pasan la eternidad en infinita contemplación y meditación.

“En contraste, los cristianos que aceptan *el punto de vista holístico bíblico de la naturaleza humana*, que consiste en una unidad indivisible de cuerpo, alma y espíritu, también imaginan *un tipo holístico de vida y destino humanos*. Definen *holísticamente* la muerte como la cesación de la vida de la persona *entera*; el estado de los muertos como el descanso de la persona *total* en la sepultura hasta la resurrección; la esperanza cristiana fundamentada en la expectativa del retorno de Cristo para resucitar a la persona *entera*; el castigo final como el exterminio de la persona *completa* en el fuego del infierno; el paraíso como este planeta *entero* restaurado a su perfección original, y habitado por personas reales que se empeñarán en actividades reales. La posición *holística* bíblica de la naturaleza humana determina la visión *realista* de esta vida y del mundo por venir”.²⁵

La creencia en la existencia consciente después de la muerte está basada en la idea de que el ser humano tiene un alma inmortal. Pero esta enseñanza no proviene de la Biblia. El único ser que posee inmortalidad es Dios (1 Timoteo 6:16). La vida eterna del ser humano es un regalo de Dios mediante Cristo. Por eso, en el contexto de la resurrección de Lázaro, Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera” (S. Juan 11:25).

Si alguien muriera y continuara viviendo en un plano diferente, no habría necesidad de la cruz, ni de la resurrección, ni de la segunda venida de Jesús, ni del juicio final; en definitiva, ¡del cristianismo! En este caso, ¡las personas tendrían vida original en sí mismas, y no necesitarían la vida eterna ofrecida por Jesús! Estimado lector, busca la

²⁵ *Ibid.*, pp. 4, 5; el énfasis en cursiva es del original.

esperanza en la Fuente de la vida, que es Cristo. ¡No te confundas con falsificaciones!

Regresando al episodio de la resurrección de Lázaro, la gente quedó muda de asombro ante un milagro de tal proporción. Ya no era posible dudar de la divinidad de Cristo. Por eso, a partir de entonces, muchos creyeron en él. Primero, Jesús había resucitado a una niña; luego a un joven; y, por fin, a su amigo adulto Lázaro. Así mostró que él tenía poder sobre la muerte, y que podía resucitar a cualquier persona y de cualquier edad.

¡Cuántos seres del presente, aunque tienen vivo su cuerpo, tienen muerta su alma! Están muertas sus esperanzas y carecen de fuerzas para perseverar en la lucha de cada jornada. Pero Jesús puede devolver la vitalidad y la esperanza perdidas.

¿Te sientes, por momentos, como muerto en vida? ¿Se ha paralizado tu alegría o fallecido tu entusiasmo? ¿Piensas que no puedes soportar el peso de tu dolor o de tu depresión? ¿Te has entregado en la batalla de la vida? Entonces vuelve tu corazón al Señor de los milagros. *Él puede restaurar tus energías y darte una vida nueva.* El que ayer levantó a los muertos, hoy puede levantar tu ánimo y transformar tu espíritu.

El poder del Señor no ha cesado. Acude a él cuando te cueste armar el rompecabezas de tu vida, cuando tus problemas crezcan en dificultad, o cuando languidezca tu esperanza. Entonces podrás superar las barreras y vencer tus conflictos. La vida volverá a sonreírte...

Una respuesta inesperada

Después de tan numerosos y variados milagros ante la vista del pueblo, los enemigos del Señor tuvieron el coraje de decirle: “Maestro, queremos ver alguna señal milagrosa de parte tuya” (S. Mateo 12:38). ¿No habían visto todas las maravillas que ya había realizado Jesús? ¿Querían todavía más? Y el Maestro les dio una respuesta. Pero muy diferente de la que ellos esperaban.

Jesús respondió: “¡Esta generación malvada y adúltera pide una señal milagrosa! Pero no se le dará más señal que la del profeta Jonás. Porque así como tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de un gran pez, *también tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en las entrañas de la tierra*” (S. Mateo 12:39, 40). Con estas palabras Jesús predijo los tres días que él pasaría en la tumba, desde su muerte en la cruz hasta la hora de su resurrección.²⁶

Y cuando esto ocurrió, ¿qué otra señal podían pedir los enemigos de Cristo para convencerse de su auténtica divinidad? Pero, lamentablemente, como “no hay peor

²⁶ Jesús usa aquí el método *inclusivo* para contar los días. De modo que si bien él estuvo en la tumba sólo el sábado como día entero, las pequeñas porciones del viernes y del domingo (hasta la resurrección) se computan como días completos, formando un período de “tres días”.

ciego que el que no quiere ver”, muchos de esos enemigos *vieron* los prodigios realizados por el Maestro pero continuaron con su dureza de corazón.

Felizmente entre esos mismos dirigentes del pueblo, que comenzaron siendo enemigos de Jesús, hubo quienes reconocieron su error y terminaron siendo seguidores del Maestro. ¡Unos, contra Cristo; otros, a favor de él! Como ocurre todavía en nuestro tiempo. Unos, aferrados a su incredulidad y sus preconceptos; otros, disfrutando de la amistad y la bendición de seguir al Señor. ¿En cuál de estos dos grupos te encuentras tú?

El mayor milagro

Los milagros de Jesús sanaron la enfermedad física de los dolientes. Sin embargo, el Señor también quiso sanar el alma de todas las personas. Ese fue su mayor interés. Por eso influyó sobre sus discípulos y les cambió su carácter. Por esa razón, además, cambió la vida de hombres y mujeres de la peor reputación; o la de los líderes del pueblo que buscaron la compañía y ayuda del Maestro.

Jesús había venido al mundo para dar *vida eterna* a todos los que creyeran en él, no meramente para prolongar por unos años la vida de los enfermos que él sanaba. Y en su anhelo de asegurarles la eternidad les señaló el camino que conduce al reino de Dios. Se lo dijo a Nicodemo con estas palabras: *“Quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”* (S. Juan 3:3).

Este nuevo nacimiento espiritual, o conversión de la vida, no se produce mediante el esfuerzo personal. La autoayuda es insuficiente. Se trata de una transformación profunda del corazón, que sólo Cristo puede efectuar por medio del Espíritu Santo (S. Juan 3:4-8). En esto consiste el mayor milagro que el Señor quiere realizar en tu vida y en la mía: *concedemos un nuevo corazón y la salvación eterna; es el gran regalo de su amor.*

Así comentaba un joven delincuente su nuevo nacimiento, desde la cárcel en la que se encontraba: “Cometí toda clase de crímenes. Hasta intenté matar a mi propio hermano. Era una persona temible y aborrecible. Pero hoy digo con gozo que lo que Satanás destruye, Jesús lo reconstruye con su amor. A pesar de estar dentro de los enormes muros de esta prisión, me siento libre y renovado por la obra de Cristo en mi corazón”.

***Este nuevo
nacimiento
espiritual, o
conversión de la
vida, no se produce
mediante el
esfuerzo personal.
La autoayuda es
insuficiente.***

¿No te parece asombroso el poder del Señor para cambiar nuestra vida? Él hace veraz al engañador, honrado al ladrón, limpio al corrupto, bueno al perverso, sobrio al vicioso, creyente al incrédulo... ¡Tales son los milagros genuinos y profundos que Jesús es capaz de realizar en favor de nosotros! ¿Lo sabías?

Pero esto no es todo. La maravillosa historia todavía continúa...

PARA RECORDAR

1. DIOS CONVALIDÓ EL MINISTERIO DE JESÚS A TRAVÉS DE MUCHOS MILAGROS (HECHOS 2:22).
2. LOS MILAGROS DE JESÚS REVELABAN QUIÉN ERA ÉL E INDICABAN LA NATURALEZA DE SU MISIÓN. POR ESO, NO EXISTEN DISCULPAS PARA NO CREER EN ÉL (S. JUAN 10:37, 38).
3. LOS MILAGROS DE JESÚS FUERON REGISTRADOS PARA ESTIMULAR NUESTRA FE (S. JUAN 20:30, 31).

Nacido para morir

Nacer para morir! Una idea extraña y contradictoria dentro de la lógica humana. Lo normal es *nacer para vivir*, para disfrutar de la vida y, en todo caso, para alcanzar después la vida eterna. Pero Jesús constituye una excepción única en todo el universo. Él mismo declaró que no “vino para que le sirvan, sino para servir y para *dar su vida en rescate por muchos*” (S. Marcos 10:45).

El mundo debía ser salvado. La oveja extraviada debía ser encontrada. La maldad debía ser vencida; y la muerte, derrotada. Y un solo Ser podía realizar esta tarea suprema: Jesús, el Dios encarnado, el Mesías prometido, *“quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!”* (Filipenses 2:6-8).

No hay palabra humana que pueda explicar esta dimensión infinita del amor. No hay mente que lo pueda entender en plenitud. En esto consiste el llamado “*misterio de nuestra fe*” (1 Timoteo 3:16), acerca del cual San Pablo añade: “*La gloriosa riqueza de este misterio*” (Colosenses 1:27).

La corona y la cruz

Después de la primera multiplicación de los panes y los peces, los hombres quedaron tan asombrados ante tal milagro de Jesús, que dijeron: “En verdad éste es el profeta, el que ha de venir al mundo. Pero Jesús, *dándose cuenta de que querían llevárselo a la fuerza y declararlo rey, se retiró de nuevo a la montaña él solo*” (S. Juan 6:14, 15).

Pero el que rehusó la corona de rey tuvo una corona de espinas en la cruz. Después del juicio más vil que se conozca, Pilato presentó a Jesús ante la multitud y dijo: “*¡Aquí tienen al hombre!*” Y la respuesta fue: “*¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!*” Momentos más tarde Pilato volvió a presentar al máximo Inocente y dijo: “*Aquí tienen a su rey*”. Y la respuesta fue la misma: “*¡Crucifícalo!*” (S. Juan 19:5, 6, 14, 15). La mente estaba cerrada y el corazón endurecido...

Finalmente el cobarde Pilato, lavándose las manos, dijo: *“Soy inocente de la sangre de este hombre... ¡Allá ustedes!”* Sin embargo mandó azotar a Jesús, y lo entregó para que lo crucificaran (S. Mateo 27:24-26). ¡Qué bajeza la de Pilato! Y, aunque se lavó las manos, quedó con su conciencia manchada hasta el fin de sus días.

Con total sumisión, Jesús aceptó la sentencia de muerte. Él sería crucificado y el criminal Barrabás quedaría en libertad. ¡Jesús fue azotado! ¡¡¡Azotado por su inocencia!!! “Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña... Y le escupían, y con la caña le golpeaban la cabeza” (S. Mateo 27:26-31). De la sala del juicio Jesús fue llevado al monte Calvario, en las afueras de la ciudad... Extenuado como estaba, y no pudiendo cargar la cruz, la llevó por él Simón cireneo, hombre que pasaba por el lugar.

**No hay mente que
pueda entender
las dimensiones
infinitas del amor.**

A las nueve de la mañana Jesús fue cruelmente clavado en la cruz, y levantado con no menos crueldad por los mismos soldados romanos. Así se cumplían las palabras escritas por el profeta Isaías siete siglos antes: *“Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento... Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero... Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte; nadie se preocupó por su descendencia. Fue arrancado de la tierra de los vivos, y golpeado por la transgresión de mi pueblo”* (Isaías 53:3, 7, 8).

Insólita contradicción

- El mismo Señor que había modelado al hombre con sus manos, cuando lo creó, ahora tenía sus manos clavadas en la cruz.
- El mismo Jesús que había caminado tanto de pueblo en pueblo, y aun sobre las olas del mar, ahora tenía sus pies inmóviles y sangrantes sobre el madero.
- El mismo que había creado el universo infinito con el poder de su palabra, ahora apenas podía balbucear sus siete *dichos* desde la cruz.
- El mismo que había creado los océanos, los mares y las fuentes de las aguas, ahora decía “Tengo sed”, y no hubo quien le alcanzara un mínimo vaso de agua.
- El mismo Jesús que había sanado a tantos dolientes ahora no tenía a nadie a su lado que calmara su horrendo dolor en la cruz.
- El que debió recibir el mejor trato de los hombres fue el que peor trato recibió.
- El que no mereció sufrir fue el que más sufrió.
- El mayor Inocente de la historia fue crucificado entre ladrones como el mayor culpable.

El Creador de la vida sufría injustamente la muerte... Pero su muerte, lejos de ser una derrota, fue la expresión más sublime del amor divino. El que ofrendaba así su vida por nosotros era nuestro Dios y Redentor. ¿Quién pudo amarnos tanto como él?

Su amor inefable nos acompaña hasta hoy. La sangre que él vertió en la cruz nos sigue limpiando y asegurando el perdón de nuestros pecados. Quien acepta por fe esa entrega redentora *¡tiene vida para siempre!*

Palabras inolvidables

Mientras era juzgado, con engaño y testigos falsos, Jesús guardó silencio. No se defendió, ni argumentó, ni pidió alguna ayuda humana. Y llevó su silencio y su dolor hasta la cruz. Allí, en medio de indescriptible sufrimiento, tampoco salió de sus labios una sola expresión de condena o de queja contra sus crueles verdugos.

Y las contadas palabras que Jesús pronunció durante las horas de su crucifixión fueron palabras de amor, de entrega y de perdón. Fueron los siete *dichos*, o expresiones, que hoy la cristiandad recuerda con veneración. Fueron las últimas palabras de Cristo antes de expirar. Conservan un profundo significado espiritual y despiertan una noble inspiración.

Recordemos, en orden cronológico, estos dichos del Señor:

1. “Padre... *perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (S. Lucas 23:34). El atroz dolor que soportaba no impidió a Jesús expresar, *ante todo*, compasión hacia sus verdugos. Le pidió al Padre que los perdonara porque, en su ignorancia, no sabían realmente lo que estaban haciendo.

El que había perdonado generosamente a los pecadores que deseaban la limpieza de su alma seguía anhelando –aun desde la cruz– que los malos fuesen perdonados. Mientras unos y otros se burlaban de Jesús (S. Lucas 23:35–38), él pedía misericordia para todos ellos. Hasta hoy, desde su trono, Jesús nos ofrece amplio perdón, sin importar cuáles sean nuestras faltas y transgresiones. Sí, ¡él lava nuestras culpas con su amor perdonador!

El perdón forma parte de la naturaleza de Dios y de su plan para la humanidad. No es fácil, pero es necesario. “Existimos porque Dios nos dio vida mediante la creación y, cuando debimos morir [a causa de nuestros pecados], él nos dio nueva vida por medio del perdón concedido sobre la base de nuestro Salvador y Señor Jesucristo”, escribe la Dra. Morales-Gudmundsson. “*El mandato del perdón es tan central para nuestra fe, que ignorarlo es ignorar nuestra propia salvación*”.²⁷

²⁷ Lourdes E. Morales-Gudmundsson, *I Forgive You, But...* (Nampa: Pacific Press Pub. Ass., 2007), p. 21; el énfasis en cursiva está en el original.

El perdón es un acto de amor basado en la misma forma de actuar de Dios. Por eso debe ser ofrecido hasta a quien no lo merece. “El perdón humano es, por un lado, el acto de gracia que no pide nada y abre el camino para la cura, y, por otra parte, es ese acto de gracia que requiere una transacción de confesión y de cambio para que la promesa del perdón pueda mantenerse”.²⁸

Recibir el perdón de Jesús es recibir el amor de Dios en el corazón, y perdonar es expresar el amor de Jesús que está en el corazón. Para tu propio bienestar espiritual, emocional y físico, ¡recibe el perdón y perdona!

2. “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso” [S. Lucas 23:43]. Jesús le hizo esta maravillosa promesa al ladrón arrepentido que estaba padeciendo su propia crucifixión. No importa cuán pecadores seamos, Jesús tiene una promesa para nosotros. No importa dónde estemos, la salvación puede alcanzarnos. Aunque nuestra vida esté señalada por el pecado, si nos arrepentimos y pedimos la salvación en Jesús, él nos dará la seguridad de la vida eterna en el paraíso. ¡Cuán alentador es saber que en el reino de Dios hay lugar para todo pecador arrepentido y perdonado! También para ti y para mí...

Basados en esta promesa, muchos lectores consideran que la persona que muere creyendo en Jesús va al cielo directamente. Parte de la confusión se debe a que la mayoría de las traducciones incluye una coma o dos puntos antes de “hoy”, sugiriendo así que el malhechor entró al paraíso ese mismo día. Pero eso no enseña la Biblia. Primero, la conjunción “que” es un agregado que se ha hecho en varias versiones, pero que no está en el original. Y luego, el pedido del ladrón: “Acuérdate de mí *cuando vengas en tu reino*” [S. Lucas 23:42]. A lo que el Señor respondió: “*Te aseguro hoy, estarás* [no ‘que hoy estarás’] *conmigo en el paraíso*”; es decir, le aseguró que le daría un lugar en su reino eterno cuando viniera a establecerlo. Él no le dijo al ladrón que ese mismo día estaría en el paraíso, ni tampoco el ladrón le había pedido tal cosa.

Los estudiosos discuten si el adverbio “hoy” (del griego *sémeron*) estaría ligado al verbo que lo sucede (“estar”) o al verbo que lo antecede (“decir”). En un exhaustivo estudio de las ocurrencias de *sémeron* en los textos griegos del Antiguo Testamento (la Septuaginta) y del Nuevo Testamento, el profesor Silva muestra que, “en la mayoría

²⁸ *Ibíd.*, p. 53.

de los casos” en que existe una ambigüedad semejante a la de San Lucas 23:43, “la conexión de *sémeron* con el primer verbo demostró ser la más natural”. Esto significa que la mejor traducción de este pasaje sería: “...te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”; o “...te digo hoy: estarás”, y no “...te digo: hoy estarás”.²⁹ Por tanto, la promesa de Jesús al ladrón arrepentido está de acuerdo con las enseñanzas bíblicas acerca del estado inconsciente de los muertos, en el polvo de la tierra, hasta ser resucitados en ocasión del regreso de Jesús.

Otra evidencia de que Jesús no estaba asegurando que el ladrón arrepentido iría directamente al cielo ese día es que ni siquiera el mismo Jesús ascendió al cielo inmediatamente después de morir. Por eso, el domingo de la resurrección, Jesús dijo a María: “*Suélzame, porque todavía no he vuelto al Padre*” (S. Juan 20:17). Jesús ascendió al cielo 40 días después (Hechos 1:1-3, 9). Así que, inmediatamente después de su muerte, el ladrón no fue al cielo o al paraíso, por más que Jesús le hubiese perdonado sus pecados. En ningún caso la muerte es seguida por alguna forma de vida, llámese “reencarnación”, “inmortalidad del alma” o “espíritu incorpóreo”.

3. “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Esto le dijo Jesús a su madre María, refiriéndose al discípulo Juan. Y a este le dijo: “**Ahí tienes a tu madre**”, refiriéndose a María (S. Juan 19:26, 27). En medio de su terrible dolor, Jesús miró tiernamente a su madre viuda, que estaba al pie de la cruz. Le proveyó ayuda y amparo al decirle que Juan cuidaría de ella. Y al discípulo le encomendó el alto privilegio de ser el protector de María.

Al actuar de esta forma, Jesús mostró un amor entrañable hacia su madre y el deseo de honrarla mientras ella viviera. Un admirable ejemplo de amor filial, el cual habría de inspirar a millones de hijos e hijas a lo largo de los siglos. Dice el mandamiento: “*Honra a tu padre y a tu madre*” (Éxodo 20:12). Jesús cumplió este precepto divino, y nos invita hoy a honrar a nuestros padres mediante nuestro amor y cuidado. ¡Si todas las familias tuvieran hijos con este corazón!...

El cariño de Jesús por su madre no significa que ella deba ser considerada una intercesora en el cielo, como muchos alegan. María estaba al lado de su Hijo en su momento de dolor, pero quien murió en la cruz para salvar a la humanidad y subió al cielo a interceder fue él. Jesús es el único medio de salvación. Ningún seguidor de Jesús del primer siglo consideraba a María una intercesora. Por esa razón el apóstol San Pedro, en su discurso ante las autoridades de Israel en un momento de crisis y peligro para la iglesia cristiana, declaró: “En ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

²⁹ Rodrigo P. Silva, “Análise Lingüística do *Sémeron* em Lucas 23:43”, tesis de doctorado defendida en octubre de 2001 en la Pontificia Facultad de Teología Nossa Senhora da Assunção, San Pablo, Brasil.

4. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (S. Mateo 27:46). En ese momento Jesús se sintió solo. Sintió cómo el pecado de toda la humanidad pesaba sobre su alma. El que se había hecho hombre por amor a nosotros, desde su condición desvalida exclamaba estas palabras. Así fue como se identificó con nosotros y murió por nosotros...

Pero la angustia de sentirse separado del Padre fue seguida por la seguridad de la presencia divina. Unos pocos momentos más, y quedaría sellada para siempre la salvación que había venido a traer el Hijo de Dios. Cuando te abrumen la angustia y la soledad, recuerda que Cristo las venció suplicando el auxilio del Padre. Esa misma ayuda está a tu disposición en las horas más oscuras y dolorosas de tu vida.

5. “Tengosed” (S. Juan 19:28). Mientras Jesús seguía derramando su sangre en la cruz, su cuerpo iba quedando dramáticamente deshidratado. Necesitaba, con urgencia, un vaso de agua. Pero en reemplazo le acercaron a su boca una esponja empapada en vinagre. ¡No hubo nadie para humedecer con agua los labios del Salvador!...

¿Te sientes a veces despreciado, y te cuesta soportar semejante maldad? Nuestro Señor, que sufrió un desprecio infinitamente más amargo, puede ayudarte a sobrellevar con valor ese trance de dolor... Y tras el vinagre que no bebió, Jesús dijo:

6. “Todo se ha cumplido” (S. Juan 19:30). Y dichas estas palabras, Jesús inclinó su cabeza. ¡Tan sólo dos palabras, con las cuales el Señor indicó que su misión redentora estaba cumplida! Este era el grito de un vencedor, no de un derrotado.

En griego la frase “todo se ha cumplido” es solamente una palabra: *tetélestai*. Proviene del verbo *teléo*, el cual significa “terminar”, “completar”, “realizar”. Esta palabra era utilizada para indicar la conclusión exitosa de algún negocio, evento, tarea o misión. Al usar la palabra *tetélestai*, Jesús estaba diciendo que su misión en el planeta llegaba a su fin con éxito y perfectamente. Su vida no había sido un fracaso, como podría sugerir la muerte en la cruz, sino un rotundo éxito. Esta victoria se nos ofrece a ti y a mí; ¡nosotros también podemos ser vencedores!

7. “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” (S. Lucas 23:46). Cuando su sacrificio iba a consumarse, Jesús exclamó en alta voz esta frase, y enseguida expiró. Eran las tres de la tarde cuando Cristo pronunció estas últimas palabras desde la cruz. El peso del pecado de la raza caída quebrantó su corazón y precipitó su muerte. Tanto que, cuando los soldados intentaron quebrarle las piernas para apresurar su muerte, descubrieron que él ya no tenía vida. Entonces un soldado le abrió el costado con una lanza, y de allí salió sangre y agua (S. Juan 19:31-34).

En esa hora final se cumplían las palabras de Juan el Bautista, quien había dicho acerca de Jesús: “¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (S. Juan 1:29). A partir de entonces ya no tenía más sentido seguir sacrificando corderos para

el perdón del pecador. Porque esos corderos eran un símbolo del verdadero Cordero, el que acababa de ofrendar su vida. Y el símbolo cesaba al haberse encontrado con la Realidad prefigurada (ver S. Mateo 27:45, 51, 54).

¡Cuánta agresión y violencia, cuánta ceguera y perversidad contra el Hijo de Dios, nuestro Maestro y Salvador! Eso fue ayer. Y ¿cómo estamos hoy? ¿No merece Jesús nuestro afecto y lealtad? ¿No merece él nuestra eterna gratitud y nuestra aceptación de su sacrificio de amor?

La sangre salvadora

Jesús no murió de muerte natural, o por alguna extraña enfermedad. Él murió al *derramar su sangre* en la cruz, ofrendando la misma esencia de la vida, presente en la sangre. De ahí que la religión cristiana sea única. Es la religión de la sangre, que da nueva vida. *Es la transfusión espiritual de la vida de Dios en el corazón del creyente.*

Quizás impresione y espante esta idea de la sangre. Pero el Señor quiere que el derramamiento de su sangre, por amor, produzca efectivamente una impresión tan fuerte en nuestra vida que terminemos amándolo al comprender que él se desangró para darnos vida eterna. Así lo expresó el discípulo Pedro cuando dijo: *"Ustedes fueron rescatados... con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto"* (1 S. Pedro 1:18, 19). Y Juan abona el mismo concepto, al decir que la sangre de Jesús *"nos limpia de todo pecado"* (1 S. Juan 1:7).

No falta quien se pregunte: "¿Por qué Jesús debió morir en la cruz? ¿No habría bastado que él nos enseñara un elevado código moral para vivir con integridad y corrección?" ¡Ciertamente, no habría bastado! Lo que el hombre pecador necesitaba no era sólo un mejoramiento moral, *sino una vida nueva, engendrada por Dios a través de la ofrenda de Cristo.* La verdadera necesidad humana –de ayer, de hoy y de siempre– no es la de un código superior, *sino la vida de Cristo implantada en el alma: la vida que él nos regaló cuando se desprendió de ella en la cruz.*

Cualquier intento humanista o moralista por cambiar al ser humano siempre será un esfuerzo limitado y fallido. Sólo una dependencia del poder divino, *con la aceptación de la muerte redentora de Cristo,* puede asegurar vida eterna "para... todo el que cree en él" (S. Juan 3:16).

¿Ya has aceptado por la fe el sacrificio de Cristo para la redención de tu vida? ¿No podrías haber tomado una decisión mejor! Conserva en tu corazón esta decisión por el resto de tus días.

***Lo que el hombre
pecador necesita
no es sólo un
mejoramiento
moral, sino una
vida nueva.***

Un sacrificio de amor

Marcelo tenía 8 años de edad. Un día empezó a llegar a su casa con varios objetos que había robado en la escuela. Más de una vez la abuela que lo criaba le habló y lo reprendió entre lágrimas. Pero el niño seguía con su pésima costumbre. Hasta que un día su abuelita le dijo que le quemaría la mano si volvía a robar. Sin embargo, antes de mucho, el chico volvió a caer.

Y la abuela debía cumplir su palabra. Entonces tomó una larga aguja de tejer y la calentó al rojo vivo. Después tomó a Marcelo entre sus rodillas, y le ordenó que mirara atentamente lo que iba a hacer. ¡Traspassar su propia mano!... El niño sintió el olor a carne quemada. Vio la mano horadada de su propia abuelita, y comprendió que de esa forma ella expresaba su gran dolor por el mal comportamiento de él.

Desde ese día, cuando Marcelito sentía la tentación de robar, recordaba el sacrificio de su abuelita y seguía siendo honrado. Una vez Jesús padeció por nosotros en la cruz. Sus manos fueron perforadas y sufrió terrible dolor... Cuanto más recordemos ese sacrificio de amor, ¿no te parece que más fuerza tendremos para vivir con justicia y rectitud? Sí, ¡recordemos provechosamente lo que Cristo hizo ayer por nosotros, y lo que sigue haciendo hasta hoy por nuestra redención! ¿Qué más podríamos pedir de él?

Pero esto no es todo. La inagotable historia del amor divino todavía continúa...

PARA RECORDAR

1. JESÚS VINO AL MUNDO PARA MORIR EN LUGAR DEL SER HUMANO PECADOR (S. MARCOS 10:45).
2. EL SACRIFICIO DE AMOR QUE CRISTO OFRECIÓ EN LA CRUZ DEL CALVARIO ES EL ÚNICO MEDIO DE SALVACIÓN DE LA HUMANIDAD (HECHOS 4:12).
3. LA SALVACIÓN SE EFECTÚA SOBRE LA BASE DE LA GRACIA DE DIOS Y NO DE LAS REALIZACIONES HUMANAS (EFESIOS 2:8, 9).

El mayor regalo

Siempre nos gusta recibir regalos. Hasta nos agrada saber qué obsequios reciben los demás cuando son distinguidos por algún motivo particular. Recordemos algunos de los obsequios más importantes y curiosos de la historia:

1. El regalo de los jardines colgantes de Babilonia, hecho por Nabucodonosor a su esposa Amytus, quien extrañaba los cerros de su lugar natal. Esos hermosos jardines llegaron a ser una de las siete maravillas del mundo antiguo.

2. Los 90 millones de marcos alemanes, regalados por Simón Patiño, el rey del es-taño, a su yerno, a comienzos del siglo XX.

3. El automóvil Cadillac cero kilómetro que Elvis Presley le obsequió a una mujer desconocida, quien estaba observando con admiración ese vehículo en un salón de ventas.

4. El diamante que Richard Burton le regaló, en 1969, a Elizabeth Taylor, de casi 70 quilates, al costo de más de un millón de dólares.

5. El regalo de toda Holanda que Napoleón Bonaparte le hizo a su hermano Luis, en 1806; y de toda España a su hermano José, en 1808.

6. El regalo del banquero Otto Kahn a su hija, el cual consistió en dos canciones interpretadas por Enrique Caruso, al precio de 10 mil dólares.

7. El obsequio que el sha de Persia le hizo a Farah Diba, de una diadema valuada en 20 millones de dólares, cuando ella fue coronada emperatriz, en 1967.

Y ahora, si deseas, continúa tú con la lista. Coloca en ella todos los regalos importantes que pasen por tu mente, sea que los hayas recibido tú o las más diversas personas. Pero, en la lista, incluye sin falta el mejor de todos los obsequios: *el que Dios le hizo al mundo en la persona de su Hijo Jesucristo*. ¡No existe mayor regalo que este! Es el Don supremo de Dios para la salvación de la humanidad. Es un obsequio tan grande que, a menudo, la gente lo rechaza o no cree en él.

Pero lo grandioso es que, a su vez, Jesús se dio a sí mismo. Vino al mundo para regalarnos su vida, para despojarse de ella y ofrendarla en favor de nuestra redención. ¡No hay nadie tan maravilloso como él!

Por qué nos dio su vida

La Sagrada Escritura enseña que *“la paga del pecado es muerte”* (Romanos 6:23). Es decir, la consecuencia del pecado humano conduce inevitablemente a la muerte. Y todos tenemos pecados, sin excepción (3:10, 23; 1 S. Juan 1:8). Por ende, todos estamos condenados a la muerte.

Sin embargo, la misma declaración bíblica que señala la muerte como resultado

***No desmayes en
la hora del dolor.***

***Dios te dará la
victoria sobre todos
tus males.***

del pecado continúa diciendo: *“...mientras que la dadí-
va de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor”*. Sí, la certeza del creyente no desemboca en la muerte sino en la vida imperecedera. Y esto es porque Jesús murió en lugar de nosotros. Él pagó el precio que exigía el pecado. Y lo hizo sin pedir nada a cambio...

San Pablo escribe: *“Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Romanos 5:8). Y añade: *“Pero allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (5:20). La muerte de Jesús aniquiló el pecado. Su gracia perdonadora y salvadora desintegra la maldad humana, por más impía y abundante que pueda ser.

Jesús nos dio su vida *“para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (S. Juan 3:16). Él podría haberse librado de la cruz. Hasta fue desafiado para que descendiera de ella (S. Mateo 27:41, 42). Pero, en tal caso, ¿cómo nos habría regalado su vida? Y con semejante regalo infinito de salvación, Dios nos da todo lo demás que pudiéramos necesitar. *“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?”* (Romanos 8:32).

Cuando te falte algo que necesitas, o cuando tengas un problema que resolver, recuerda que el Señor está contigo para ayudarte. Quien por amor te regaló la vida eterna, ¿cómo no te va a socorrer y sostener en tus días sombríos? Él te dará gratuitamente la ayuda precisa que estés necesitando.

Así que, no desmayes en la hora del dolor. Dios te dará la victoria sobre todos tus males, si acudes a él en busca de su ayuda. No dudes al respecto, porque él ya hizo por ti lo máximo: *¡te dio su vida!* Cualquier otra cosa buena que puedas necesitar te vendrá por añadidura.

Maravillosa gracia

*Señor, si no fuera por tu gracia,
maravillosa, inmerecida,*

El mayor regalo

*¿qué sería de mí en este día?
Estaría perdido, sin paz ni alegría.*

*Pero, con tu amante gracia me perdonaste,
mi corazón transformaste,
el rumbo de mi vida cambiaste,
y hoy sigues lo que una vez comenzaste.*

*¡Cómo no he de alabarte, Señor,
si me hiciste nacer de nuevo,
y obras a cada instante en mi ser
para ayudarme a crecer!*

*¡Gracia maravillosa y fragante!
¡Cuánto amor y poder hay allí!
Por eso, Señor, te ofrendaste en la cruz,
y hoy brilla en mí, radiante, tu luz.*

Quién lo mató

¿Quién mató realmente a Jesús? ¿Quién fue el gran responsable? ¿Habrá sido Judas, Anás, Caifás, Pilato, o todo el pueblo de Jerusalén? ¿Habrán sido mayormente los soldados romanos que clavarón el cuerpo de Jesús en la cruz? O ¿quién otro pudo haber sido?

Cierta noche un predicador cristiano soñó que Cristo estaba en el palacio de Pilato, con el torso descubierto, mientras un soldado lo castigaba sin piedad en la espalda. Jesús iba recibiendo golpe tras golpe hasta manarle sangre de las heridas. Entonces, indignado y airado, el predicador se levantó para retirar al cruel soldado. Pero al darlo vuelta ¡vio con horror su propio rostro!

De inmediato, el hombre despertó de su sueño y aceptó humildemente que aun él, como predicador de la fe cristiana, y todos los seres humanos tenían alguna participación en el castigo y en la muerte de Jesús... ¡Cuánto dice ese sueño!

Los hombres del pasado ejecutaron a Cristo... Pero ellos no fueron los únicos. Si la muerte del Hijo de Dios fue por causa del pecado de la humanidad, concluimos que todos los seres humanos tenemos una parte de culpa. Porque de no haber habido pecado ni pecadores en la Tierra, Jesús no habría necesitado morir por nosotros.

Pero tan ciertamente como Jesucristo ofrendó su vida *por todos*, es igualmente cierto que él se habría ofrendado con idéntico sacrificio y amor en la cruz *aunque hu-*

biese habido un solo pecador! Y aunque ese solo pecador hubieses sido tú, o yo... ¡Qué amor tan insondable hacia *todos!* ¿No nos conmueve pensar que ese mismo amor fue, en particular, también para ti y para mí?...

Fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo.

Ese amor insondable no fue manifestado solamente por el Hijo, que murió, sino también por el Padre, quien lo entregó a nosotros. Más todavía, el mismo Padre estaba con Jesús en la cruz. El escritor John Stott comenta: “Nuestro sustituto, que tomó nuestro lugar y murió nuestra muerte en la cruz, no fue solamente Cristo (considerando que esto lo convertiría en un tercero, separado de Dios y de nosotros), ni Dios solamente (considerando que esto atentaría contra la encarnación histórica), sino *Dios en Cristo*, que fue verdaderamente y completamente Dios-hombre, y que, por esta razón, fue singularmente calificado para representar tanto a Dios como al hombre, y mediar entre ellos”.³⁰

Amor supremo

En el vasto universo de Dios existen incontables galaxias, cada una de las cuales está compuesta por miles de millones de estrellas. Y entre esas inmensidades de tamaños y distancias se encuentra nuestro diminuto sistema planetario. Y allí está la Tierra, la ínfima esfera espacial donde vivimos muchos millones de habitantes. ¿Qué importancia puede tener, entonces, un solo hombre, una sola mujer, como tú y yo, en medio de las vastedades interestelares del universo?

Pero Dios no toma en cuenta nuestro tamaño físico. El que nos creó a su imagen y semejanza (Génesis 1:26) tomó en cuenta nuestra condición desvalida por el pecado, y decidió venir a nuestro minúsculo mundo para redimirnos del mal mediante la ofrenda de su vida. San Pablo escribió: “*Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores*” (1 Timoteo 1:15). Y como su valoración de la muerte de Cristo, declara: “*En cuanto a mí, jamás se me ocurra jactarme de otra cosa sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo*” (Gálatas 6:14).

El apóstol se gloriaba en esa ofrenda de amor; le producía profunda complacencia y gratitud. ¡Llena tú también tu corazón con el mismo gozo y la misma gratitud! ¡El regalo es individual, para tu vida! Asígnale el valor infinito que tiene y expresa el hondo agradecimiento que merece.

³⁰ John Stott, *A Cruz de Cristo* (Deerfield: Vida, 1992), p. 141.

La muerte que da vida

Suele afirmarse que los seres humanos “podemos resolver todos los problemas, menos el problema de la muerte”. Pero lo que nosotros no podemos hacer, lo hizo admirablemente Jesús. Con su ofrenda de amor en la cruz venció la muerte para siempre. Por eso, en lugar de ser un emblema de la muerte, la cruz de Cristo es un emblema de la vida. Es el signo positivo perfecto: los dos maderos cruzados, el signo “MÁS” por excelencia. *La señal más clara del amor victorioso de Dios. ¡Allí la muerte fue vencida!...*

Junto con la vida eterna que brota de la cruz, la muerte de Cristo nos reconcilia con Dios. *“Fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo”* (Romanos 5:10). *“En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados...”* (2 Corintios 5:19).

Una pareja de esposos no pudo mantener unido su matrimonio. Poco después de su separación, falleció el único hijo que tenían. Días más tarde el padre pudo ser ubicado en la nueva ciudad donde vivía, y allí recibió la triste noticia. Enseguida viajó hasta el cementerio en el que estaba sepultado su querido hijito. Pero mientras se acercaba a la tumba, para depositar las flores que llevaba, vio junto a la sepultura a su ex esposa.

El primer impulso del hombre fue de huir antes que ella lo viera. Pero luego decidió acercarse para colocar las flores. Y cuando él y la mujer se encontraron en el lugar de su dolor común, ambos se enternecieron. Se abrazaron mientras lloraban sobre la tumba de su amado hijo... Y en ese mismo momento se reconciliaron.

Así como se separaron estos dos esposos, así los seres humanos se separaron de Dios. Pecaron contra él y rompieron su relación con él. Pero, en esta milenaria separación, también la muerte de un Hijo produjo la maravillosa reconciliación. La muerte de Cristo, con su desbordante amor redentor, nos llevó de regreso al Padre. Ya no hay distancia entre él y nosotros. A través de la fe recibimos el perdón reconciliador de Dios. Vivimos ahora junto a él. Como hijos suyos nos sentimos acompañados y redimidos... ¡Cuán grandioso es el amor reconciliador de Jesús!

La muerte de Cristo fue infinitamente mayor que el sacrificio de un mártir, porque un mártir no puede reconciliar, ni perdonar, ni rescatar del mal a un solo pecador. Era necesario que el Creador fuera también nuestro Redentor. Y si Dios hubiese tenido un plan mejor o menos doloroso que la cruz para redimir al hombre, seguramente lo habría llevado a cabo. Pero lo que hizo fue inmejorable, perfecto y conmovedor. Con mucho dolor, pero con infinito amor... En Jesús *“tenemos redención, el perdón de pecados”* (Colosenses 1:14).

Nos dio todo

Un modesto labrador chino vivía en la cumbre de una colina. Y cierto día advirtió cómo un maremoto hizo retirar de la playa cercana las aguas del mar. Enseguida comprendió que eso provocaría el regreso de olas enormes, las cuales inundarían los valles más bajos.

Los habitantes de esos valles estaban ajenos del peligro que corrían. ¿Cómo podría darles el aviso para que escaparan? Por fin el agricultor prendió fuego, resueltamente, al galpón donde guardaba el arroz. Mientras las llamas consumían el granero, el hombre hizo sonar el gong que se utilizaba para los casos de incendio. Cuando los vecinos vieron el humo en lo alto de la colina y escucharon el llamado de auxilio, todos corrieron para prestar ayuda. Y pocos minutos más tarde, desde esa elevada posición, vieron cómo las olas cubrían los campos que acababan de abandonar.

Años después, cuando falleció el valiente labrador, los habitantes de la comarca levantaron un monumento en su honor y sobre él escribieron: "Nos dio todo lo que tenía, y lo hizo alegremente".

Amigo, amiga, mucho antes del gesto salvador de este campesino, sobre la colina del Calvario el Hijo de Dios ofrendaba su propia vida por nuestra redención. Se dio enteramente por amor a nosotros. Nos dio su vida y, con ella, la eterna redención.

Tómate aquí un minuto de silencio. Nuestro incomparable Salvador lo merece, ¿verdad? Y acompaña tu silencio con este pensamiento: "Jesús, no alcanzo a comprender totalmente el amor que te llevó a morir por mí. Pero te lo agradezco con toda mi alma. Acepto por fe la vida que me diste desde la cruz. Que ese regalo inefable de amor llene siempre mi corazón".

Pero esto no es todo. Prepárate, porque la gran historia continúa...

PARA RECORDAR

1. LA MUERTE ES EL RESULTADO DEL PECADO, MIENTRAS QUE LA VIDA ETERNA ES UN REGALO DE DIOS (ROMANOS 6:23).
2. AL MORIR EN LA CRUZ Y RESUCITAR, JESÚS VENCIO LA MUERTE PARA SIEMPRE, ELIMINANDO EL MIEDO Y TRAYENDO ESPERANZA (HEBREOS 2:14, 15).
3. POR MEDIO DE SU MUERTE, JESUCRISTO NOS RECONCILIO CON DIOS (2 CORINTIOS 5:19).

Vida para siempre

El profesor de Literatura había pedido a sus alumnos que prepararan una composición sobre algún personaje contemporáneo. Y uno de ellos escribió acerca de Jesucristo. Pero al día siguiente, después de leer la composición, el profesor le protestó al estudiante: “Yo pedí que escribieran sobre la vida de un personaje contemporáneo, viviente, no del pasado”.

Entonces el alumno, cristiano como era, le explicó al profesor: “Yo consideré que Jesús es un personaje actual. Tomé como base los evangelios, que dicen que él resucitó, que él vive. Por eso escribí acerca de él”. Y la explicación fue finalmente aceptada...

¿Qué piensas tú acerca de Jesús? ¿Consideras, como el citado alumno, que Jesucristo supera las barreras del tiempo y sigue viviendo? La Escritura declara: *“Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos”* (Hebreos 13:8).

Recordemos sintéticamente qué sucedió con el Maestro después de su crucifixión. Su cuerpo fue colocado en la tumba de José de Arimatea, a poca distancia del monte Calvario. Era viernes de tarde. El resto de ese día, hasta el domingo de madrugada, se vivieron las horas más tristes que les tocó sufrir a los discípulos y a los demás seguidores del Señor.

Ellos estaban abatidos y decepcionados. Se sentían solos y abandonados. Con sus esperanzas rotas y la burla de sus enemigos, su angustia y su dolor iban en constante aumento. Y se preguntaban entre sí: “¿Por qué el Señor se dejó crucificar con tanta sumisión? ¿Cómo no hizo valer su fuerza y su poder para impedirlo?” Los discípulos se habían olvidado por completo de las palabras de Jesús, cuando les anunció tres veces que lo matarían y que al tercer día resucitaría (ver S. Mateo 16:21; 17:23; 20:19; S. Marcos 8:31; 9:31; 10:34; S. Lucas 9:22; 18:33).

Y con tales sentimientos, el domingo de mañana bien temprano varias mujeres del grupo se dirigieron a la tumba para ungir el cuerpo de Jesús con diversas especias aromáticas. Pero cuando llegaron al sepulcro lo vieron abierto, y a nadie dentro de él. Entonces cundió el espanto en sus corazones. “¿Quién pudo haber robado el cuerpo del Maestro?”, se preguntaban con hondo dolor.

Pero enseguida llegó la respuesta. ¡No se trataba de ningún robo! El ángel de Dios allí presente les dijo: *“No está aquí... ha resucitado”* (S. Mateo 28:6). Y a partir de ese instante cambió toda la historia. El llanto y la angustia se convirtieron en júbilo incontenible. Nunca antes habían sentido un regocijo tan profundo.

Las mujeres, los discípulos y muchos otros no cabían en sí de tanta felicidad. *¡Jesús había resucitado! ¡Qué increíble maravilla!* Y esa misma noticia que llenó de santa euforia a los discípulos de ayer sigue resonando hasta hoy en nuestros corazones. *¡Jesús vive, y vive eternamente!* ¡Qué bendición es tenerlo como nuestro poderoso Redentor!

Evidencias convincentes

Las evidencias de la resurrección de Jesús son muy confiables. Algunos escépticos han intentado desacreditar la resurrección, pero esta tarea no es tan sencilla. Un caso bien conocido es el de Josh McDowell, quien, en su juventud, se consideraba agnóstico y resolvió estudiar este asunto para refutar la fe cristiana. Terminó convirtiéndose en un gran defensor de la historicidad de los relatos bíblicos.³¹

Algunos creen que fueron los discípulos los que *inventaron* la resurrección de Cristo.

¡Jesús vive, y vive eternamente!

Pero, en tal caso, sería bueno recordar que ellos no obtuvieron ningún beneficio con tal “invento”. Por el contrario, fueron repudiados, burlados, perseguidos y hasta asesinados. Por eso habría sido irracional

que ellos hubiesen insistido tanto en la resurrección de su Señor si en verdad esta no había ocurrido. Pero como todos ellos fueron testigos de la resurrección, estaban inflamados de fervor, *y no podían dejar de contar con gozo la verdadera historia del Cristo viviente.*

Los discípulos de Emaús tuvieron como compañero de viaje a Jesús resucitado. Escucharon de sus labios la esclarecedora enseñanza bíblica que él les impartió en el camino (S. Lucas 24:13-35). Y el discípulo Tomás, quien al principio rehusó aceptar que Cristo había resucitado, llegó a ver las heridas de la crucifixión y quedó convencido (S. Juan 20:24-29). San Pedro mencionó la resurrección del Señor, y añadió: *“Y de eso nosotros somos testigos”* (Hechos 3:15).

“Los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús” (Hechos 4:33). La misma fuente dice también que Jesús, *“después de padecer la muerte, se les presentó [a los apóstoles] dándoles muchas pruebas convincentes de que estaba vivo. Durante cuarenta días se les apareció”* (1:3). Y San Pablo informa que,

³¹Sus descubrimientos son relatados, por ejemplo, en sus libros *Evidencia que exige un veredicto*, tomo 1 (Miami: Editorial Vida, 1982) y tomo 2 (Miami: Clie, 1990).

después de haber aparecido a los discípulos, Jesús ***“se apareció a más de quinientos hermanos a la vez,*** la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto” (1 Corintios 15:6). ¡Todas estas son evidencias irrefutables de que Cristo ciertamente había resucitado!

Además podemos recordar que el Señor les preguntó a los discípulos si tenían algo para comer, y ellos *“le dieron un pedazo de pescado asado, así que lo tomó y se lo comió delante de ellos”* (S. Lucas 24:41-43). En otro momento, junto al Mar de Galilea, Jesús les dio a sus discípulos pan y pescado que él mismo había preparado (S. Juan 21:9-13).

Estas dos ocasiones, unidas a muchas otras, muestran la realidad de la resurrección de Cristo. Él comió y también dio de comer. No se trataba de un fantasma, o de una mera aparición incorpórea. Estos hechos dan clara evidencia, no dejan lugar a dudas: *la resurrección de Jesús fue real y verdadera.*

Tan cierta fue la resurrección que los enemigos de Cristo, para negar semejante maravilla, sobornaron con “mucho dinero” a los soldados que habían custodiado la tumba, para que dijeran que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús y que no era cierto que él había resucitado (S. Mateo 28:11-15). Pero nadie creyó esta per-versa falacia.

Tú y yo, que creemos que Jesús vive, ¿convivimos espiritualmente con él? ¡Nadie podría ofrecernos tanta ayuda como él! ¡Él es nuestro divino Redentor! ¡En él tenemos todo lo bueno que podríamos desear!

*Si la vida es un **dilema**,
¿quién mejor que Cristo para resolverlo?*

*Si la vida es un **rompecabezas**,
sólo Cristo puede armarlo con acierto.*

*Si la vida es una **oportunidad**,
¿quién mejor que Cristo para ayudarnos a vivirla sabiamente?*

*Si la vida es el **camino al cielo**,
sólo con Cristo es posible transitarlo sin perdersen.*

Sustento y apoyo de nuestra fe

Era en vísperas de Semana Santa. Cierta maestra cristiana pidió un día a sus alumnos que salieran al jardín de la escuela y trajeran de allí algo que fuera *un símbolo de la vida*. Para ello les dio una cajita a cada uno, con el fin de que colocaran adentro lo

que trajeran. Un momento más tarde los chicos regresaron al aula para mostrar lo que habían juntado. En una cajita había flores, en otra había hojas y en otra hasta una mariposa. Todas, buenos símbolos de vida.

Pero, curiosamente, una de las cajitas estaba vacía, ante lo cual los chicos se rieron. ¿De quién era esa cajita? Era del compañerito que sufría de síndrome de Down... Él explicó que su cajita estaba vacía porque representaba la tumba vacía de Jesús, quien había vencido la muerte. *¡Era un símbolo perfecto de la vida!* La maestra no pudo menos que felicitarlo...

A partir de entonces el “pobre” niño se ganó –por su acierto– el respeto de todos sus compañeros. Y cuando poco después falleció, los otros chicos de la clase llevaron consigo al funeral cajas vacías, en homenaje a su querido compañero.

La fe cristiana es la religión de la *tumba vacía*. Allí está el poder de Cristo. Y allí está también el poder de la fe en él. Mientras que los restos de otros fundadores de grandes religiones se encuentran en alguna parte del planeta, los restos del cuerpo de Cristo no están en ningún lugar. Podría removerse todo el terreno de Palestina, pero el trabajo no arrojaría ningún hallazgo. Porque *¡Cristo resucitó!* *¡Su tumba quedó vacía para siempre!*

La muerte de Jesús fue una muerte victoriosa.

La resurrección de Cristo fue posible porque era Dios. Ningún otro ser que pisó la Tierra tuvo tal pretensión. Sólo Jesús estuvo aquí en el pasado, sigue estando en el presente y continuará en el futuro para siempre. Él mismo corrobora su eternidad cuando dice: *“Yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos”* (Apocalipsis 1:17, 18).

Un antiguo líder romano declaró: “Este sistema [el cristianismo] no puede permanecer porque está fundado sobre una cruz, sobre la muerte de su propio jefe, sobre un fracaso”. Pero ese “fracaso” fue el *triunfo* más espectacular del amor sobre el odio, del perdón sobre la maldad, de la vida sobre la muerte. La causa cristiana permanece porque se apoya en la ofrenda del Hijo de Dios y en su gloriosa resurrección.

La excelencia de la religión cristiana reposa en el Cristo resucitado. A tal punto, que San Pablo declara: *“Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no sirve para nada, como tampoco la fe de ustedes... y todavía están en sus pecados”* (1 Corintios 15:14, 17). Y Jesús mismo prometió: ***“Porque yo vivo, también ustedes vivirán”*** (S. Juan 14:19).

La resurrección de Cristo es la firme garantía de la gloriosa resurrección que recibirán los justos cuando regrese el Salvador. Así como él volvió a la vida, los fieles de Dios resucitarán para vivir eternamente. Mientras tanto, el Señor resucitado es nuestro poderoso Redentor, a quien es nuestro privilegio agradecer y alabar por compar-

tir con nosotros la vida eterna. Recuerda: *La fe cristiana es mucho más que un credo para aceptar. Es la persona del Cristo viviente, quien guía y redime nuestra vida.*

Quien fuera ayer sabio Maestro de sus discípulos, tierno amigo de los niños y de cada persona necesitada, continúa brindando hoy su afecto a cada miembro de la familia humana. Es tan *noble* que no se ofende si le fallamos; tan *fiel* que no se aleja de nuestro lado si lo olvidamos; tan *perdonador* que no nos abandona si caemos en el mal. En todos los casos nos fortalece para poder crecer, y nos hace recapacitar cuando debemos cambiar de proceder...

Jamás pienses que la muerte de Jesús fue una derrota o un fracaso. La suya fue la muerte de la victoria, pues abrió las puertas de la vida eterna. Jesucristo es, ciertamente, nuestra mayor esperanza; es el camino que lleva al Dios creador y Padre celestial (S. Juan 14:6).

El misionero cristiano Juan Chamberlain vivió durante años en la India. Cierta día estaba predicando en la ciudad de Benarés, junto al río Ganges, cuando apareció un hombre que acababa de bañarse en las aguas "sagradas" de dicho río. Había caminado de rodillas una gran distancia para lavar sus culpas y sus tristezas. Pero al salir del agua se sintió igual que antes. Recostado sobre la arena de la playa, alcanzó a escuchar la voz del misionero.

Queriendo entender mejor, el hombre se acercó al predicador. Y allí escuchó, emocionado, la historia de la cruz y de la resurrección de Cristo. Entonces comenzó a gritar con entusiasmo: *"¡Eso es lo que deseo! ¡Eso es lo que necesito!"*

Lo que este hombre necesitaba, allá lejos, es lo que todos necesitamos aquí, donde vivimos tú y yo. Las ansias más profundas de nuestra alma, o los conflictos más íntimos de nuestro corazón, todo lo puede resolver el Cristo viviente cuando toma el timón de nuestro ser. *¡Cree en los triunfos que él puede darte en tus esfuerzos cotidianos!*

Obra actual

Después de 40 días de haber resucitado, Jesús se despidió de sus discípulos y ascendió a su trono celestial. Y, mientras ellos observaban cómo él subía al cielo, dos ángeles se les acercaron y les dijeron: *"Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse"* (Hechos 1:10, 11).

La partida de Cristo no significó que sus discípulos quedaran solos. Él les dijo: *"No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes"* (S. Juan 14:18). Pero entretanto les daría el *"Consolador"*, *"el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, [él] les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho"* (14:26).

Aquí encontramos otro gesto maravilloso de nuestro Señor. Él debió irse, pero en su lugar nos dejó hasta hoy la compañía consoladora y poderosa del Espíritu Santo,

quien podría estar *con todos al mismo tiempo*, bendiciendo a los creyentes y convirtiendo con poder a los incrédulos.

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Deidad, junto con el Padre y el Hijo. Cristo mismo ordenó a sus discípulos bautizar “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (S. Mateo 28:19). Las tres personas de la Deidad actúan juntas para traer gracia y paz al ser humano: “Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes” (2 Corintios 13:14).

**El Espíritu Santo
hace posible que
Cristo pueda
habitar en el
corazón del ser
humano.**

El Espíritu Santo es una persona, no una fuerza impersonal. Declaraciones como esta: “Nos pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros” (Hechos 15:28), revelan que los primeros creyentes lo consideraban una persona. Además tiene una personalidad, porque enseña (S. Lucas 12:12), convence (S. Juan 16:8) e inspira (2 S. Pedro 1:21), entre muchas otras acciones.

El Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad” (S. Juan 14:17), y él nos “guiará a toda verdad” (16:13). Es el poder transformador y la presencia del Espíritu en nuestra vida lo que nos hace hijos e hijas de Dios (Romanos 8:14). Es a través del Espíritu que Cristo “mora en nosotros” (1 S. Juan 3:24). Y es el Espíritu Santo quien produce en nosotros todas las virtudes cristianas: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gálatas 5:22, 23).

El Espíritu es omnipresente y, por tanto, está en todos los lugares al mismo tiempo. En realidad, como resalta el autor Arnold Wallenkampf, no todos los seres inteligentes y libres tienen la presencia del Espíritu Santo en su vida. Satanás y sus ángeles malvados, por ejemplo, son seres libres, pero el Espíritu no está con ellos, aunque el plan original de Dios era que su Espíritu guiara tanto a los ángeles como a los seres humanos. El Espíritu actúa sobre las personas de dos maneras: desde afuera (en el caso de los incrédulos) y desde adentro (en el caso de los creyentes). ¡Pide que él viva en tu interior y transforme tu corazón!³² Esa es la forma en que el mismo Jesús puede vivir en tu interior; porque donde está el Espíritu, está Cristo.

El escritor escocés Henry Drummond describió gráficamente qué habría ocurrido si Jesús hubiese permanecido en la Tierra. Y concluyó que, por haber regresado al cielo, finalmente él es más accesible a todos por medio del Espíritu Santo.

“Supongamos que Jesús no se hubiera ido –escribió Drummond–. Supongamos

³² Arnold Valentin Wallenkampf, *Renovados por el Espíritu* (Buenos Aires: ACES, 2006), pp. 46, 48.

que ahora estuviese en Jerusalén"... Todos los medios de transporte marítimo, aéreo y terrestre, de todas partes del mundo, estarían repletos de peregrinos yendo a Jerusalén. Allí los caminos estarían bloqueados y el tránsito detenido. Toda la gente estaría ansiosa, disputándose un mínimo espacio para ver a Jesús a la distancia. Pero muy pocos alcanzarían a verlo, y la inmensa mayoría regresaría a sus hogares sin haberlo visto.

Eso ocurriría si Jesús hubiese permanecido en la Tierra. Pero, en reemplazo, nos dejó ventajosamente la omnipresencia del Espíritu Santo, por medio de quien podemos tener una conexión espiritual y permanente con Cristo. ¡Así nuestro Redentor continúa a nuestro lado y mora en nuestro corazón!

Una función estelar

¿Qué hace actualmente Jesús en el cielo? Actúa en favor de nosotros, asegurando el perdón de nuestros pecados. San Pablo escribió: *"Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre"* (1 Timoteo 2:5). Con su doble naturaleza divina y humana, Jesús nos une al Padre como nadie podría hacerlo. El citado apóstol declara: *"Cristo Jesús es el que murió, e incluso resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros"* (Romanos 8:34).

Adicionalmente, la Sagrada Escritura enseña que Jesús "puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, *ya que vive siempre para interceder por ellos*" (Hebreos 7:25). Y no menos claro es el discípulo Juan, cuando dice: *"Si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo"* (1 S. Juan 2:1). Esto quiere decir que debemos confesar nuestras faltas *directamente al Padre*, en el nombre de Jesús, quien es nuestro único Mediador. Entonces *"Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará [los pecados] y nos limpiará de toda maldad"* (1:9).

Así, según la Biblia, Jesús ha entrado "en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro" (Hebreos 9:24). Mientras su sacrificio por el pecado fue hecho una vez para todos en la cruz (7:27; 9:28; 10:11-14), Jesús está poniendo a nuestra disposición los beneficios de su sacrificio salvador.

En el Tabernáculo terrenal que tenían los israelitas como centro físico de su culto, en el antiguo Israel, había dos ministerios distintivos que eran realizados por los sacerdotes levíticos. Esos ministerios representaban el plan de salvación. Tipificaban o ilustraban el ministerio de Cristo en el cielo. Este es el significado de las referencias, en el libro bíblico de Hebreos, a los sacerdotes y sumo sacerdote que realizaban sus ministerios en el Santuario terrenal (ver Hebreos 4:14, 15; 6:20; 7:27; 8:3; 9:7, 12, 24).

Los sacerdotes del Antiguo Testamento realizaban un servicio diario en el Lugar Santo del Santuario terrenal, que era esencialmente un ministerio de intercesión y

reconciliación, el cual simbolizaba la verdad de que, a través del ministerio de Cristo como Intercesor, el pecador arrepentido tiene acceso constante y seguro al Padre (Hebreos 4:14-16; 7:25; 10:19-22). Una vez al año, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote del Antiguo Testamento, él solo, realizaba un ministerio que giraba en torno a la purificación del Santuario y del pueblo de Dios. En ese día, dijo el Señor a Moisés, “[el sumo sacerdote] hará propiciación por el lugar santísimo” y “por los sacerdotes y por toda la comunidad reunida allí” (Levítico 16:33). Ese día estaba íntimamente relacionado con una obra de juicio (23:29).

Las Escrituras ciertamente nos dicen que hay un juicio que precede a la segunda venida de Cristo, porque él regresará en gloria para recompensar a todos de acuerdo

El tabernáculo terrenal ilustraba el ministerio de Cristo en el cielo.

con sus obras (S. Mateo 16:27; 25:31-46; Romanos 2:6). Se ha establecido un día en que Jesús “juzgará al mundo con justicia” (Hechos 17:31) y serán juzgados “los secretos de toda persona” (Romanos 2:16).

Aquí es importante destacar que, además de su ministerio intercesor, Jesús participa del proceso del juicio final en el Cielo, junto con Dios. La Biblia señala tres fases del juicio: (1) Un juicio previo al advenimiento, que comienza con el pueblo de Dios y se desarrolla antes de la segunda venida de Cristo, cuyo objetivo es determinar quiénes merecen ser salvos. Además, muestra a todos los seres perfectos del universo la justicia de Dios. (2) El juicio del milenio, que se desarrolla durante los mil años posteriores a la segunda venida de Cristo, y que tiene por objetivo mostrar a los seres humanos la justicia de Dios. Y, finalmente, (3) el juicio ejecutivo, que castigará a los impíos y eliminará definitivamente el mal del planeta, al fin del milenio.³³

El juicio vindicará el carácter de Dios y, por tanto, necesita estar bien hecho, con el fin de no dejar lugar a dudas. Para los cristianos, el juicio no implica temor sino alegría, porque confían en la promesa de que tienen “ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo” (1 S. Juan 2:1), y saben que el juicio siempre será en favor del pueblo de Dios. Si todavía no has elegido a Jesús como tu Abogado, la invitación divina es que lo hagas hoy mismo. En realidad, el ángel de Apocalipsis 14:7 anuncia a gran voz este mensaje: “Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio...”

³³ Algunos pasajes bíblicos que fundamentan las declaraciones de este párrafo son: Hechos 17:30, 31 (Dios tiene un día para juzgar al mundo); Daniel 7:9, 10 (“Al iniciarse el juicio, los libros fueron abiertos”); Apocalipsis 14:6, 7 (llegó la hora del juicio); 1 S. Pedro 4:16, 17 (el juicio comienza por la casa de Dios); Apocalipsis 20:1-4 (durante el milenio, los impíos permanecen muertos y se desarrolla la segunda fase del juicio); 1 Corintios 6:2, 3 (los salvos son llevados al cielo en la segunda venida de Jesús, y participan activamente del juicio); Apocalipsis 20:9 (al fin de los mil años, después de la segunda resurrección, desciende fuego del cielo y consume a los impíos; esta es la segunda muerte).

Ahora, como Abogado y Juez, Jesús está sentado por sobre toda autoridad, y poder y señorío (Efesios 1:21). Fue exaltado para que en su nombre “se doble toda rodilla” (Filipenses 2:10). En palabras del apóstol San Pedro, Jesús es “quien subió al cielo y tomó su lugar a la derecha de Dios, y a quien están sometidos los ángeles, las autoridades y los poderes” (1 S. Pedro 3:22) ¿A veces te sientes débil ante tus problemas o sin paz interior por causa de alguna culpa? Recuerda, entonces, que el Cristo viviente es tu *Mediador*, tu *Intercesor*, tu *Abogado*, tu *Redentor* y tu mejor *Amigo*, para aliviar tus cargas y perdonar tus faltas.

Él te dice: *“Estoy contigo. Quiero ayudarte. Confía en mí”*. Y en respuesta puedes decirle: *“Señor, gracias por tu salvación gratuita; te entrego mi vida; librame del mal; mora siempre en mi corazón”*.

Pero esto no es todo. La fascinante historia del Cristo viviente todavía continúa...

PARA RECORDAR

1. LAS EVIDENCIAS DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS, INCLUYENDO LA DISPOSICIÓN DE LOS DISCÍPULOS PARA MORIR POR SU MAESTRO, SON MUY CONFIABLES. EL NUEVO TESTAMENTO REGISTRA LAS APARICIONES DE JESÚS A MUCHAS Y DIVERSAS PERSONAS (1 CORINTIOS 15:3-8).
2. LUEGO DE LA RESURRECCIÓN, JESÚS ASCENDIÓ AL CIELO Y HOY ACTÚA COMO NUESTRO ÚNICO MEDIADOR JUNTO AL PADRE (ROMANOS 8:34; 1 TIMOTEO 2:5).
3. ADEMÁS DE SER INTERCESOR, JESÚS TAMBIÉN CONDUCIRÁ EL JUICIO FINAL, QUE OCURRE EN TRES FASES, Y VINDICARÁ EL CARÁCTER JUSTO DE DIOS. EL TIEMPO DE ESE JUICIO YA LLEGÓ (S. JUAN 5:22; APOCALIPSIS 14:6, 7).

Amigos de la esperanza

Después de un día de escasa venta en el mercado, un modesto pescador regresaba cansado a su casa. Cargaba, en su canasta, buena parte de la mercadería. Pero en el camino fue sorprendido por una furiosa tormenta, la cual lo obligó a refugiarse en la casa de su amigo floricultor que vivía a la vera del camino.

El floricultor le ofreció lugar para pasar la noche, y lo hospedó en la habitación que daba hacia el jardín. Sin embargo, la fragancia de las flores no lo dejaba dormir. Entonces el hombre se levantó, tomó su canasta de pescados, la roció con bastante agua, para que diera más olor, la colocó junto a la cabecera de la cama y enseguida se quedó profundamente dormido. Le había resultado más agradable el fuerte olor a pescado que el delicado perfume de las flores.

¡A cuántos creyentes puede pasarles algo similar! Viven tan habituados a respirar la moral descompuesta del mundo que los rodea que pierden el gusto por la atmósfera espiritual que produce la fe sincera en Jesús.

Pero tú y yo podemos ser diferentes. Si Jesús mora en nuestros corazones podemos disfrutar de una fe sin contaminación, donde el mal no tiene cabida y el bien domina nuestra conducta.

Cristianos de verdad

No basta que nos llamemos “cristianos”, o que sólo tengamos la apariencia de tales. ¡Cuántas veces este cristianismo exterior ha traicionado los nobles principios de la fe cristiana! Fueron “cristianos” los mercaderes de esclavos del pasado; fueron “cristianos” los que encendieron terribles guerras en el mundo; y a menudo son “cristianos” los narcotraficantes que están pudriendo la sociedad de nuestros días... Y también son “cristianos” los mayores consumistas de la Tierra, quienes, con sus frivolidades y excesos de toda clase, van perdiendo la noción de lo esencial y de la riqueza interior.

Y ¿qué diremos de los abusos, los atropellos, las injusticias, los crímenes, los robos y la corrupción que cometen cada día los que llevan el rótulo de “cristianos”? ¿Qué

diremos, también, de los hogares divididos, el odio entre hermanos, la enemistad racial, el desprecio humano entre una clase social y otra?... Todo esto abunda de manera alarmante entre los “cristianos”, llamados a ser la mejor gente de la Tierra. ¡Cuán lamentable es esta contradicción entre lo que decimos ser y lo que somos de verdad! Señor, ¡perdón por tanta inconsecuencia y tanta maldad que empañan tu nombre!

De un solo corazón

El cristiano genuino tiene más que un barniz superficial de religiosidad. *Cultiva la fe de la convivencia con Dios. Posee convicciones estables, basadas en las enseñanzas del Maestro.* Es íntegro y ferviente. Tiene intereses superiores y trascendentes... Solicita la ayuda divina para vivir una vida pura y apartada del mal...

Jesús declara con amor: “¿Por qué me llaman ustedes ‘Señor, Señor’, y no hacen lo que les digo?” (S. Lucas 6:46). Decepcionamos y entristecemos a Cristo cuando mantenemos un doble corazón o un doble lenguaje en nuestro comportamiento cotidiano. Pero ¡cuánto lo honramos y alegramos cuando actuamos con pureza y fidelidad!

Un destacado escultor, con el deseo de perfeccionar su arte, solía preguntarse ante cada obra que hacía: “¿Cómo haría esto Miguel Ángel?” Y la sola pregunta lo ayudaba a redoblar el esfuerzo y a mejorar su labor. Para este escultor, su mayor inspiración era Miguel Ángel.

¿No podríamos, los cristianos, hacernos la misma pregunta pero referida a Jesús, para imitar su ejemplo y perfección? ¿Seríamos más parecidos a él! En nuestro tiempo, cuando es tan común tomar como modelo las atractivas figuras del mundo artístico, ¿no es mucho más fructífero tomar como modelo a Jesús y preguntarnos en todo momento *qué haría él si estuviese en nuestro lugar?*

Ser cristianos “de un solo corazón” significa identificarnos de tal manera con el Señor que podamos decir con San Pablo: “*Ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí*” (Gálatas 2:20). Ya no dependemos de nuestro mero criterio humano para vivir sabiamente, ni de nuestro solitario esfuerzo personal. Cuando Cristo “vive” en nosotros, su poder divino nos hace vencedores sobre el mal y nos da la dicha de hacer el bien.

***No basta que
nos llamemos
“cristianos”, o que
sólo tengamos la
aparencia de tales.***

Darlo a conocer

Estoy incluyendo esta sección aquí para subrayar la importancia de compartir con otros las bendiciones que Dios nos da. Ser buenos cristianos es una cosa. Y a eso nos hemos referido en el libro al señalar la obra de Cristo en nuestros cora-

zones. Pero esa magnífica obra de transformación conserva su frescura y su vigor cuando también mostramos a otros cómo obtenerla. Crecemos cuando le señalamos al prójimo el camino de la felicidad y de la vida eterna.

**Quien ama
con lealtad a
Jesús, siempre
está dispuesto
a practicar su
fe cristiana.**

A esta altura del libro, ¿te encuentras más cerca de Dios que cuando comenzaste la lectura? ¿O, tal vez desde antes, ya poseías una fe sólida? Entonces te ha llegado el privilegio de fortalecer tu alma despertando la fe en otros. ¡Te invito a probarlo! ¡Esto te hará feliz! ¡Te convertirás en un *canal de bendición* para otros!

A modo de experimento, un hombre colocó sobre la mesa de su cocina un pequeño pedazo de dulce. Luego puso una hormiga sobre él. ¿Qué hizo, entonces, la hormiga? Descendió por una de las patas de la mesa, y se perdió de vista. Un momento después regresó la misma hormiga, pero esta vez seguida de una larga fila de compañeras, para que todas ellas también pudieran participar del dulce.

Así actúa el buen seguidor de Cristo. Una vez que ha probado la dulzura del Señor y su eterna verdad, siente el anhelo de compartir el evangelio redentor. Hace lo que hizo la hormiga del experimento: comunica a otros –amigos, parientes y allegados– el gran descubrimiento que ha hecho y que ha cambiado su vida.

Cuando Jesús sanó a un hombre endemoniado le dijo: *“Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho por ti”*. Y el hombre *“proclamó por todo el pueblo lo mucho que Jesús había hecho por él”* (S. Lucas 8:39). Hoy el Señor nos hace el mismo pedido. ¿Eres creyente y amas a Jesús? *Habla a otros acerca de él*, para que puedan conocer y seguir a Cristo. ¡Es lo mejor que podría ocurrirle al mundo y a cada uno de sus habitantes!

Sin embargo, la misión de predicar no fue confiada a la casualidad. La iglesia es la agencia creada por Dios para esparcir al mundo el mensaje de su amor. Pensada para cumplir tan noble misión, la iglesia es una comunidad de fe, amor y esperanza. Llamada, en el Nuevo Testamento, el “cuerpo de Cristo”, la iglesia verdadera sigue las indicaciones de la Cabeza. Valora las enseñanzas de Jesús y obedece sus mandamientos. Por eso el apóstol San Pablo dijo que la iglesia del Dios vivo es “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15, RVR). Por encima de todo, los miembros de esta comunidad aman a Jesús y comparten las buenas nuevas con otros. Son amigos y mensajeros de esperanza.

Años atrás mi esposa y yo volábamos de Tokio a Taipei, capital de Taiwán. La joven azafata que nos atendía hablaba algo de español. Por esa razón, varias veces vino hasta nosotros para practicar la nueva lengua que estaba aprendiendo. Finalmente nos hicimos amigos de ella, y ella de nosotros. Antes de abandonar el avión, nuestra

amiga azafata, que también descendía en Taipei y vivía allí, nos invitó para llevarnos de paseo al día siguiente por los sitios más importantes de la ciudad.

Y así, desde la mañana hasta el atardecer del día siguiente, pasamos horas encantadoras acompañados por nuestra buena amiga no menos encantadora. Y llegó la hora de la despedida... Entonces la invitamos a pasar a nuestra habitación del hotel, para obsequiarle uno de mis libros. Allí le hablamos de Jesús, y de cómo él nos ama y murió para darnos vida eterna. Nuestra amiga nos escuchaba con sumo interés. Y cuando la invitamos a aceptar al Señor como su Salvador personal, ella lloró de emoción. Luego ella y nosotros sentimos gran gozo y paz. En el corazón de esa joven mujer oriental había nacido una nueva esperanza...

¡Qué privilegio nos da Jesús de poder hablar a otros acerca de su amor redentor!

¿Qué haré?

El 8 de octubre de 1871, el predicador Dwight L. Moody le habló a la mayor concurrencia que había reunido alguna vez en la ciudad de Chicago. Su tema estuvo basado en la pregunta formulada por Pilato: “¿*Qué voy a hacer con Jesús, al que llaman Cristo?*” (S. Mateo 27:22). Al término de su ferviente palabra, Moody le dijo a la audiencia: “Deseo que lleven este texto bíblico en el corazón y mediten en él durante la semana. Cuando nos volvamos a reunir la semana próxima podremos decidir qué haremos con Jesús”.

Pero ese público nunca volvió a reunirse, porque horas después se produjo el terrible incendio que destruyó gran parte de la ciudad de Chicago. Años más tarde, recordando este hecho, Moody confesó: “Nunca más he osado proponer *una semana* para que la gente pensara en su salvación. Nunca más he vuelto a ver a aquella congregación... Muchas veces le he pedido perdón a Dios, por haberle dicho al público, esa noche, que esperara una semana”. ¡Se perdió para siempre esa única oportunidad!

Recordando esta experiencia del citado predicador, no quisiera proponerte que hoy te tomes *una semana* o unos días para decidir qué harás con Cristo: si lo aceptarás como el Salvador de tu vida, si le entregarás tu corazón y si lo convertirás en tu mejor Amigo... Quizá ya tomaste esta sabia decisión. En tal caso, ¡te felicito!

Pero si aún te falta saber qué harás con Jesús, te invito a que tomes tu decisión *hoy, ahora*. (Quizá nunca te lo podré decir otra vez.) No esperes siquiera unos días. Al finalizar la lectura de este capítulo podrías decirle a Jesús: “*Te acepto como mi Señor y Salvador. Deseo que mores en mi vida y me guíes en todo lo que haga*”.

Después de expresar esas palabras ¡te sentirás mucho mejor! Finalmente te recuerdo que quien ama con lealtad a Jesús siempre se muestra dispuesto a practicar su fe cristiana. Conoce la voluntad de Dios y procura cumplirla en toda ocasión. *Jesús necesita*

tener seguidores de esta clase. ¡Sé tú uno de ellos, y vivirás feliz con la bendición de Dios!

Pero esto no es todo. La gloriosa historia de la suprema esperanza todavía continúa...

PARA RECORDAR

1. MOTIVADOS POR AL AMOR, LOS CRISTIANOS AUTÉNTICOS SIGUEN EL MODELO DE CRISTO Y BUSCAN TENER UNA VIDA EJEMPLAR. SU IGLESIA ES UNA “NACIÓN SANTA” (1 S. PEDRO 2:9).
2. LA IGLESIA VERDADERA VALORA LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS Y OBEDECE SUS MANDAMIENTOS (APOCALIPSIS 14:12).
3. LA IGLESIA TIENE LA MISIÓN DE TESTIFICAR AL MUNDO ACERCA DEL AMOR DE CRISTO. EN ESE PROCESO, ÉL SIEMPRE ESTÁ PRESENTE COMO AMIGO DE ELLOS (S. MATEO 28:19, 20).

La esperanza del futuro

En 1972 los autores C. Christians, E. J. Schipper y W. Smedes describían así la condición del mundo: “Imagínese que toda la población mundial fuera reducida al tamaño de una aldea de 100 habitantes. De ellos, 67 serían pobres, y los otros 33 pertenecerían a diversos niveles de vida. Del total de esa población, sólo 7 serían estadounidenses. Los otros 93 habitantes observarían a los 7 estadounidenses gastar la mitad de todo el dinero, comer una séptima parte del alimento y utilizar la mitad de todas las bañeras. Estas 7 personas tendrían 10 veces más médicos que las 93 restantes. Mientras tanto, los 7 seguirían poseyendo cada día más, y los 93 cada día menos”.

Estas cifras han cambiado, en parte, con el correr de los años. Sin embargo, el irritante contraste entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco todavía se mantiene lamentablemente en pie. Aun dentro de un mismo país aparecen estas diferencias socioeconómicas, las cuales producen inevitable pesadumbre y rechazo entre los menos favorecidos.

Pero ante semejante cuadro de mala distribución de la riqueza mundial, es alentador saber que algún día desaparecerán todas estas odiosas diferencias. Entretanto, San Pablo nos exhorta a alegrarnos “en la esperanza” (Romanos 12:12) y a aguardar “la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13). La esperanza no ha muerto. Todavía existe. Y cada vez es más luminosa... Pues el Señor hará “cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia” (2 S. Pedro 3:13).

Esta esperanza del regreso de Jesús, para terminar con el mal y crear un nuevo mundo, aparece prácticamente en todos los libros del Nuevo Testamento. No se ha extinguido a lo largo de dos mil años de historia de la iglesia cristiana. Los verdaderos seguidores de Jesús viven siempre con la expectativa de que regresará en breve. Y saben que la demora no se debe a una promesa fallida sino a la misericordia de Dios, que ofrece la oportunidad al mayor número posible de personas. En el primer siglo los cristianos ya lo entendían así. El apóstol San Pedro escribió: “El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más

bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan” (2 S. Pedro 3:9).

La gran promesa

No existe promesa más reconfortante que la que formuló nuestro Señor acerca de su regreso a la Tierra. Dijo él: *“No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas; si no fuera así, ya se lo habría dicho a ustedes. Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté”* (S. Juan 14:1-3).

***Hemos
llegado a
un callejón
sin salida
en nuestro
esfuerzo por
cambiar la
corriente de
la historia.***

Los gobernantes más optimistas podrán prometer tiempos mejores. Pero ni aun con toda la concentración del poder humano será posible construir un mundo mejor.

Hemos llegado a un callejón sin salida en el esfuerzo por cambiar la corriente de la historia. Sin embargo, en medio de esta incapacidad humana aparece la luminosa promesa divina. Jesús nos pide que no nos alteremos, que mantengamos la calma, porque hay una gloriosa esperanza, un remedio para la angustiada enfermedad de nuestro mundo.

Ese remedio es la segunda venida de Cristo, la cual pondrá fin a todas las desgracias y las dolencias terrenales. Esta vez Jesús no vendrá como Niño de pesebre. Vendrá como *“Rey de reyes y Señor de señores”* (Apocalipsis 19:16). *“Ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles”* (S. Mateo 16:27). Vendrá *“sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria”* (24:30). Vendrá como el Cristo vencedor, victorioso sobre el mal, habiendo derrotado definitivamente al enemigo.

Será un fenómeno tan glorioso y espectacular que *“todos lo verán con sus propios ojos”* (Apocalipsis 1:7). *“Vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse”* (Hechos 1:11). Es decir, así como sus discípulos *lo vieron* ascender al cielo, así, de modo visible, regresará el Señor para cumplir su promesa de hacer *“nuevas todas las cosas”* (Apocalipsis 21:5). Y cuando lo veamos venir, exclamaremos con gozo indecible: *“¡Sí, éste es nuestro Dios; en él confiamos, y él nos salvó!”* (Isaías 25:9).

Así, la idea difundida en algunos círculos cristianos de que Jesús llevará a las personas al cielo mediante un “rpto secreto” no es bíblica. El regreso de Jesús será personal, visible y glorioso. Él vendrá al sonido de las trompetas, como Rey de reyes. Del mismo modo, la idea de que un grupo será dejado atrás durante un período de

siete años, donde todavía será posible convertirse, no es bíblica.³⁴ La oportunidad de salvación es ahora, porque cuando él regrese lo hará con otra finalidad.

¿No se alegra tu corazón, al pensar que Jesús regresará y cambiará para siempre toda la faz de la Tierra? ¡Alegrémonos! *La maldad de nuestro mundo tiene sus días contados*. ¡Falta poco para que vuelva el Redentor y nos lleve a su reino!

Señales anunciadoras

Aunque la promesa es segura, nadie sabe el día ni la hora del regreso del Señor (S. Mateo 24:36). Quien pretenda predecirlo, aun con la mejor intención, cometerá el peor error. Porque Jesús *“vendrá cuando menos lo esperen”* (24:44). Sin embargo, sí podemos conocer el *tiempo* en que vendrá. Él mismo enseñó que, inmediatamente antes de su venida, habría *señales anunciadoras* que indicarían la proximidad de ese día.

¿Cuáles son esas “señales” o indicios precursores? Esta misma fue la pregunta que le formularon los discípulos al Maestro: *“¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?”* (S. Mateo 24:3). Y la respuesta no se hizo esperar. El Maestro dijo que habría engañadores y falsos cristos, que enseñarían el error y confundirían a la gente (24:24). De esta manera la verdad divina quedaría eclipsada y el engaño ocuparía su lugar.

La creciente *confusión espiritual* de nuestros días no es más que el cumplimiento de lo predicho por Jesús. Y a esta confusión mental y vacío del corazón se une la *corrupción de la conducta*, con efectos destructivos sobre la sociedad en general.

El cáncer de la corrupción está arruinando al mundo de hoy. ¡Cuántos países de la Tierra sufren los estragos de esta maldición sin que se la pueda detener! Robo, mentira, soborno, falsedad, codicia: todo al servicio del bolsillo insaciable del alma corrompida... Esto estaba predicho...

Jesús dijo también que, antes de su venida, el mundo sería como *en los días anteriores al diluvio* (S. Mateo 24:37-39), cuando la gente practicaba una vida licenciosa y *“la tierra estaba corrompida y llena de violencia”* (Génesis 6:11, 13). ¿No es esto lo que vemos en nuestros días? La *violencia* está descontrolada. Secuestros, asesinatos, violaciones, asaltos diversos, robos callejeros, piratas del asfalto, agresión de toda especie... Estas formas de violencia han sembrado la inseguridad y el temor en la población. Ya lo anticipó el Señor: *“Se desmayarán de terror los hombres, temerosos por lo que va a sucederle al mundo, porque los cuerpos celestes serán sacudidos”* (S. Lucas 21:26). Y añadió: *“Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención”* (21:28).

Asimismo, Jesús habló de guerras, pestes, hambres y terremotos “por todas partes” (S. Mateo 24:7), con las desgracias y las muertes que producen estas calamidades.

³⁴ Para saber más sobre este tema, ver Dwight K. Nelson, *Ninguém Será Deixado Para Trás* [Nadie será dejado para después] (Tatui: Casa Publicadora Brasileira, 2004).

¡Cuánta sangre inútilmente derramada en la *guerra* entre naciones! ¡Cuántos millones de personas destruidas por *las epidemias y las pestes* más variadas! ¡Cuántos otros millones que enferman y mueren por causa del *hambre* que los deja sin comida! Y

**Entre las
señales del
fin, Jesús
mencionó los
fenómenos
naturales.**

¡cuánta otra gente pierde la vida en los gigantescos *maremotos y terremotos*!

Entre las señales del fin, Jesús mencionó fenómenos naturales como la frecuencia de los terremotos. De hecho, actualmente estos fenómenos han alarmado a la población mundial. Esto no es para menos, porque la naturaleza tiene un gran potencial de destrucción. Basta mencionar el volcán localizado en Eyjafjallajökull, Islandia, que entró en erupción en abril de 2010 y causó un perjuicio de miles de millones de dólares a la economía europea, en especial en el área aeronáutica. ¡Es increíble cómo un solo volcán puede paralizar a todo un continente!

Por algo el Señor predijo todo esto: *para mostramos el tiempo de su venida*. Y añadió: “El cielo y la tierra pasarán, pero *mis palabras jamás pasarán*” (S. Mateo 24:35). Con lo cual indicó que la promesa de su venida es firme y segura. Podemos confiar en ella, y mantenernos gozosos y optimistas con esta gloriosa esperanza.

Siempre preparados

En vista de que Jesús regresará a la Tierra, resulta evidente que debemos prepararnos para recibirlo. Él mismo aconsejó: “*Por lo tanto, manténganse despiertos, porque no saben qué día vendrá su Señor... Por eso también ustedes deben estar preparados*” (S. Mateo 24:42-44). Se trata de una preparación espiritual, que consiste en *amar* al Señor, *aceptarlo* como nuestro Redentor y *hacer* su divina voluntad.

En un gigantesco avión de transporte, que volaba sobre los Montes Himalayas, surgió inesperadamente un desperfecto en uno de sus motores. Era imposible regresar al aeropuerto de partida. Entonces el comandante decidió arrojar al espacio su preciosa carga de casi 100 toneladas de peso. Y así pudieron atravesar la cordillera. El copiloto, que era un profundo cristiano, hizo luego este comentario: “Si el haber abandonado la carga del avión salvó mi vida física, ¿por qué no debería también abandonar el pecado de mi corazón, para salvar mi vida espiritual?”

Como los tripulantes de ese avión, tú y yo también estamos de viaje. *De viaje hacia la eternidad*. Por tanto, ¿no deberíamos abandonar toda carga de mal que nos impida llegar a ese glorioso destino? Así nos aconseja la divina Escritura: “*Despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante*” (Hebreos 12:1).

Jesús desea volver cuanto antes para llevarnos al hogar celestial (Hebreos 10:37; Apocalipsis 22:7, 12, 20). Pero para ello nos invita a estar preparados. Nos dice que debemos mantener una *“conducta intachable”*, y esforzarnos *“para que Dios [nos] halle sin mancha y sin defecto, y en paz con él”* (2 S. Pedro 3:11, 14). ¿Estamos tomando en cuenta estos sabios consejos del Señor?

El mundo del mañana

Hace poco viajábamos sobre las aguas del Atlántico con días soleados de mar sereno. Al observar sus aguas de azul limpio y profundo, nuestra mirada también captaba la imponencia de los atardeceres y la gloriosa salida del sol cada mañana. Ante esa impresionante belleza del firmamento, nuestro asombro crecía sin límite.

Desde la cubierta superior del barco pensábamos y orábamos con admiración: “Señor, cuán grande y hermoso es el mundo que tú creaste. Cuánta perfección y armonía vemos en el cielo, y también en la Tierra, a pesar de que los hombres la están contaminando... Si así de maravilloso es el mundo donde vivimos y el cielo que nos rodea, ¡cómo ha de ser el mundo sublime y resplandeciente que tú nos has prometido para pasar contigo la eternidad!”

La Sagrada Escritura declara que en el reino de Dios no habrá siquiera la más mínima sombra de imperfección. Allí no existirá la maldad, ni la injusticia, ni la enfermedad, ni tampoco la muerte (Apocalipsis 21:4). ¡La vida será eterna, sin fin! A *“los rescatados por el Señor... los alcanzarán la alegría y el regocijo, y se alejarán la tristeza y el gemido”* (Isaías 35:10). ¡Qué mundo maravilloso nos espera! Sin egoísmo ni agresión, sin inseguridad ni temor, sin guerras ni fuerza militar, sin quejas ni dolor, sin hospitales ni cementerios; donde todo, absolutamente todo, será perfecto y eterno, y donde la alegría colmará por siempre el corazón de los redimidos...

Por más que imaginemos ese mundo de gloria, jamás tendremos una idea cabal de cómo será. *“Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman”* (1 Corintios 2:9). Tal es el mundo inimaginable que nos dará nuestro Redentor en su segunda venida.

En ese día se producirá la *resurrección* de los justos y la *transformación* de los vivos que serán redimidos. *“El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre”* (1 Tesalonicenses 4:16, 17).

La Escritura también afirma: “Sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados... entonces se cumplirá lo

que está escrito: 'La muerte ha sido devorada por la victoria' '¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?' " (1 Corintios 15:52-55).

***¡Cuán
maravilloso
ha de ser el
prometido
mundo futuro!***

Para entrar más en detalles, los muertos regresarán a la vida en dos grupos diferentes: (1) los salvos y (2) los perdidos. Los salvos resucitarán cuando Jesús regrese y reinarán con Cristo durante mil años en el cielo. Luego regresarán a la Tierra renovada con el fin de establecerse para siempre. Los perdidos resucitarán mil años más tarde, para recibir el castigo por su maldad y ser destruidos para siempre. En este intervalo de mil años entre las dos resurrecciones, el llamado "milenio", los que están en el Cielo juzgarán los casos de los que serán destruidos. Puedes leer acerca de esto en Apocalipsis 20. ¡Dios es tan justo y amoroso que no desea dejar dudas, a ningún habitante del universo, acerca de su decisión!

Viajeros del espacio

El hombre siempre ha soñado con viajar por el espacio. Por eso en julio de 1969 los astronautas llegaron a la Luna. En abril de 2001 el millonario estadounidense Dennis Tito se convirtió en el primer turista espacial... al costo de 20 millones de dólares. Su excitante "paseo" duró unos pocos días, antes de regresar exitosamente a la Tierra.

Quizá tú y yo nunca lleguemos a tener la fascinante experiencia de los astronautas ni de Dennis Tito. Pero, de todos modos, tú y yo estamos viajando continuamente por el espacio. Nuestro planeta, como admirable vehículo espacial, se desplaza ya 1.800 kilómetros por minuto! en su órbita perfecta alrededor del Sol. ¡Viajamos permanentemente por el maravilloso universo del Creador!

Pero algún día podremos realizar el más espectacular de los viajes espaciales. Dejaremos atrás la Luna, el Sol y todos los planetas de nuestro sistema. Viajaremos a una velocidad desconocida, hacia la casa de Dios, el reino de los cielos, donde podremos vivir con eterna felicidad junto a nuestro supremo Redentor.

¡Cuánto perderíamos si no hiciéramos ese viaje! ¡Perderíamos la vida misma! *Nuestra salvación gratuita y eterna incluye este viaje, "con todos los gastos pagos". El costo ya lo pagó Jesús, cuando ofrendó su vida por nuestra redención.*

Si deseas realizar este viaje incomparable de la muerte a la vida eterna, de tu casa terrenal a la mansión celestial, ruega con el Padrenuestro: "*Venga tu reino*" (S. Mateo 6:10). Pide, con la última oración bíblica: "*¡Ven, Señor Jesús!*" (Apocalipsis 22:20, RVR). Y puedes decirle al Señor: "Sácame de este mundo cargado de problemas y dolor. ¡Prepárame para ir contigo a tu reino!"

A esta altura final del libro, bien podríamos preguntarnos qué sería hoy de nosotros si Jesús no hubiese venido como el Salvador del mundo. *¡Pero él vino, tomó nuestra naturaleza humana y nos ofreció su vida!* También podríamos preguntarnos qué sentido tendría nuestra fe si Cristo no hubiese resucitado y vencido la muerte. *¡Pero Cristo resucitó y vive para siempre!* Igualmente podríamos preguntarnos cuál sería el destino de la humanidad si Jesús no volviera a la Tierra. *¡Pero él ciertamente volverá, hará nuevas todas las cosas y nos dará vida eterna en su reino!*

Sin Cristo, ¿qué sería de nosotros, de ti y de mí? Pero con él, ¡cuán dulce es vivir! Todo lo bueno que tenemos se lo debemos a él. Toda nuestra esperanza está basada en su amor. Todas nuestras debilidades se acaban a su lado, porque él es nuestro poderoso Salvador...

Continuará...

Al final de cada capítulo o episodio de la obra hemos dicho: *"La historia continúa..."* Y ahora, con mayor convicción, me gozo en reiterarte que la historia del amor de Dios jamás tendrá fin. *¡Continuará por la eternidad!* En el glorioso reino de Dios *continuará* para siempre la vida de los redimidos, con plena armonía entre unos y otros... *Continuarán* también la paz y la alegría, porque allí no se conocerán la angustia y el pesar de la humanidad...

Allí nadie deseará alguna cosa mejor. Todo será feliz, perfecto, sublime y eterno (Apocalipsis 22:1-5). ¿Te imaginas vivir en un mundo así? ¡Ese será nuestro hogar, el tuyo y el mío! Allí *continuaremos* viviendo junto a Jesús para siempre. ¡Qué destino de gloria nos espera!... Y cuando por la gracia de Dios lleguemos allí, por favor, búscame. Será una inmensa alegría conocerte, para luego llegar a ser entrañables amigos por los siglos de los siglos...

PARA RECORDAR

1. JESÚS VOLVERÁ DE MANERA PERSONAL, VISIBLE Y MAJESTUOSA, Y SERÁ VISTO POR TODOS LOS QUE ESTÉN VIVOS (S. MATEO 24:27-30).
2. NADIE SABE LA FECHA DEL REGRESO DE JESÚS, QUE NO FUE REVELADA, PERO LAS SEÑALES INDICAN QUE ESTE EVENTO GLORIOSO ES INMINENTE (S. LUCAS 21:25-28).
3. EN LA TIERRA RENOVADA NO HABRÁ SUFRIMIENTO NI DOLOR, PUES EL MAL SERÁ ELIMINADO Y EL MUNDO VOLVERÁ A SER PERFECTO (APOCALIPSIS 21:1-4).

Conclusión

El camino de la esperanza

En este libro hemos visto a Jesús desde su nacimiento en Belén hasta su muerte en el Calvario, con su posterior resurrección y ascensión al cielo. Nos hemos asombrado recordando sus obras y prodigios. Nos hemos gozado viéndolo como nuestro divino Maestro, nuestro amante Creador y Redentor, y nuestro constante Proveedor, *que sabe dónde vivimos, en qué trabajamos, qué necesitamos... y quien nos extiende, con amor, su mano de ayuda para suplir todas nuestras necesidades* (ver Filipenses 4:19).

También hemos visto a Jesús como el Señor que desea morar en la intimidad de nuestro corazón. Y ahora lo acabamos de ver como nuestro Salvador, quien pronto vendrá en gloria para llevarnos a su reino eterno. *¡No lo dudes! ¡Jesús viene! Prepárate, ámallo y permíte que él inunde tu vida con su santa presencia. ¡Así serás cada día más semejante a él!...*

De todo corazón, deseo que hayas disfrutado de la lectura de estas páginas. Ahora sabes que el Señor es tu poderoso y amante compañero, que puede sostenerte y salvarte en el viaje diario de tu vida. Por eso, sin falta, *¡haz el viaje con él!* Un tramo exitoso cada día...

- Un camino puede tener subidas y bajadas, como en la vida: con éxitos y fracasos. Pero recuerda que el camino de Cristo siempre sube, porque lleva a la cumbre. *¡Asciende, entonces, por él, y alcanzarás tus mejores aspiraciones!*

- Un camino puede tener sus bordes definidos o irregulares, como en la vida: con principios de contención, o sin principio alguno. Pero el camino de Cristo nos contiene, y evita que caigamos en la banquina y nos quedemos detenidos en ella. *¡Permite, entonces, que Cristo te contenga, para que puedas hacer sólo lo bueno!*

- Un camino puede ser resbaladizo cuando llueve, como pasa en la vida: con resbalones y deslizos. Pero en el camino de Cristo puedes avanzar sin peligro, si obedeces sus indicaciones. *¡Sigue, entonces, las instrucciones del Señor, y evitarás tropiezos!*

Conclusión

- Un camino puede llevarnos a buen destino o conducirnos al precipicio, como en la vida: según sea nuestro modo de actuar. Pero el camino de Cristo nos lleva al lugar más feliz: el reino de Dios, donde la vida será eterna. *¡Recorre, entonces, este camino junto a Jesús, y llegarás a la meta celestial!*

No existen muchos caminos para llegar a Dios y la redención. Jesús dice claramente: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida... **Nadie llega al Padre sino por mí**"* (S. Juan 14:6). ¡Qué privilegio conocer este Camino y recorrerlo con fidelidad! Por eso te invito amistosamente a caminar con Cristo. Transita cada día con él, y pon tu vida bajo su divina dirección. Permite que la Palabra de Jesús ilumine tu mente y te haga amar la verdad de Dios.

Si estas páginas te han ayudado a iniciar o a profundizar tu *peregrinaje* espiritual con Jesús, no te detengas; continúa fortaleciendo tu relación con él. Él te sostendrá en tus luchas y te levantará de tus caídas. *Nunca te fallará. Nunca se alejará de ti. ¡Hoy y siempre será –para ti y para mí– nuestra suprema esperanza y nuestro maravilloso Redentor!*

Otórgale a Dios el primer lugar en tu vida. ¡Aférrate a la feliz certeza de la salvación mediante Jesús! *¡No la dejes pasar!* El Señor tiene reservada para ti una mansión en su reino. Y está por venir para entregarte esa mansión celestial. ¡Prepara tu corazón para recibir ese inefable regalo de su amor! ¿Lo harás sin demora? ¡Felicitaciones por tu inteligente decisión! Todo el que acepta a Jesús todavía tiene esperanza, porque él es el Autor de la esperanza.

Para obtener mayor información:

**www.esperanzaweb.com
atencion@esperanzaweb.com**

Argentina:

Casilla 2020, CP 1000 Buenos Aires
Teléfono: 0800-555-0201
contacto@ulc.org.ar
www.estudielabiblia.com

Bolivia:

esperanza@nuevotiempo.org.bo
www.nuevotiempo.org.bo
Teléfonos: (591-4) 440-2685; 443-0509
Cochabamba

Chile:

Casilla 71, Correo 34, Las Condes - Santiago

Ecuador:

Casilla 17-21-1908, Quito
www.adventistas.ec

Paraguay:

Casilla 312, Asunción

Perú:

Casilla 1472, Lima 18

Uruguay:

Mateo Vidal 3211, 11600 - Montevideo
contacto@adventistas.org.uy
www.adventistas.org.uy

TODAVÍA EXISTE ESPERANZA

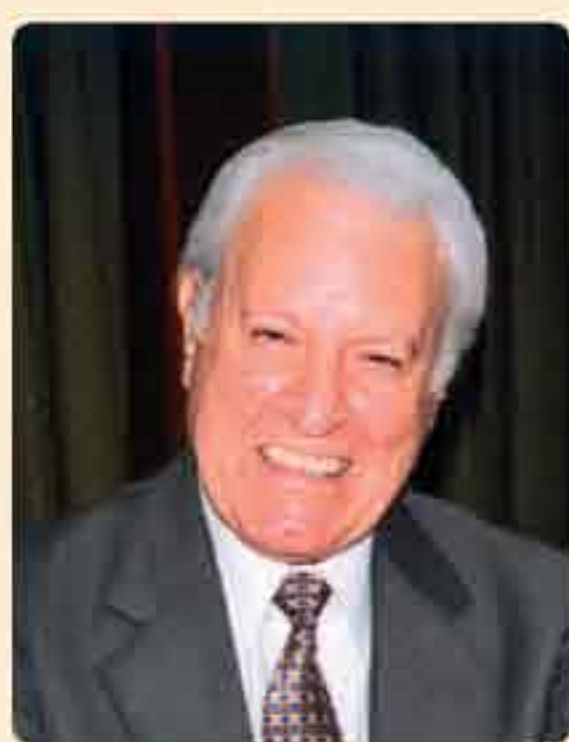
*¿En qué consiste la esperanza?
¿Cómo se la puede cultivar?
¿Qué beneficios ofrece?*

Una persona sin esperanza es alguien sin sueños, sin ideales, sin optimismo, sin porvenir. Cuando no hay esperanza, la desesperanza ocupa su lugar. Aparece entonces el espíritu derrotista y sobreviene el fracaso.

La persona con esperanza tiene una mente positiva y optimista. Cree en el triunfo del bien sobre el mal. No desfallece en la lucha, se levanta cuando cae,

confía en la dirección divina y conserva la alegría de vivir.

La verdadera esperanza nos ayuda a resolver nuestros problemas y nos anticipa el amanecer de un día mejor, cuando cesarán las angustias humanas y habrá bienestar completo para todos. Este es el tema luminoso de estas páginas. ¡Conozca la fuente de la esperanza y renueve su vida!



Enrique Chaij es escritor y conferenciante. Autor de treinta libros, entre ellos *¡Qué linda es la vida!*, *El poder del amor* y *Nuestro amigo Jesús*, es fundador y ex director del programa radial “Una Luz en el Camino” y del programa televisivo “Encuentro con la Vida”.



ISBN 978-987-567-688-6

